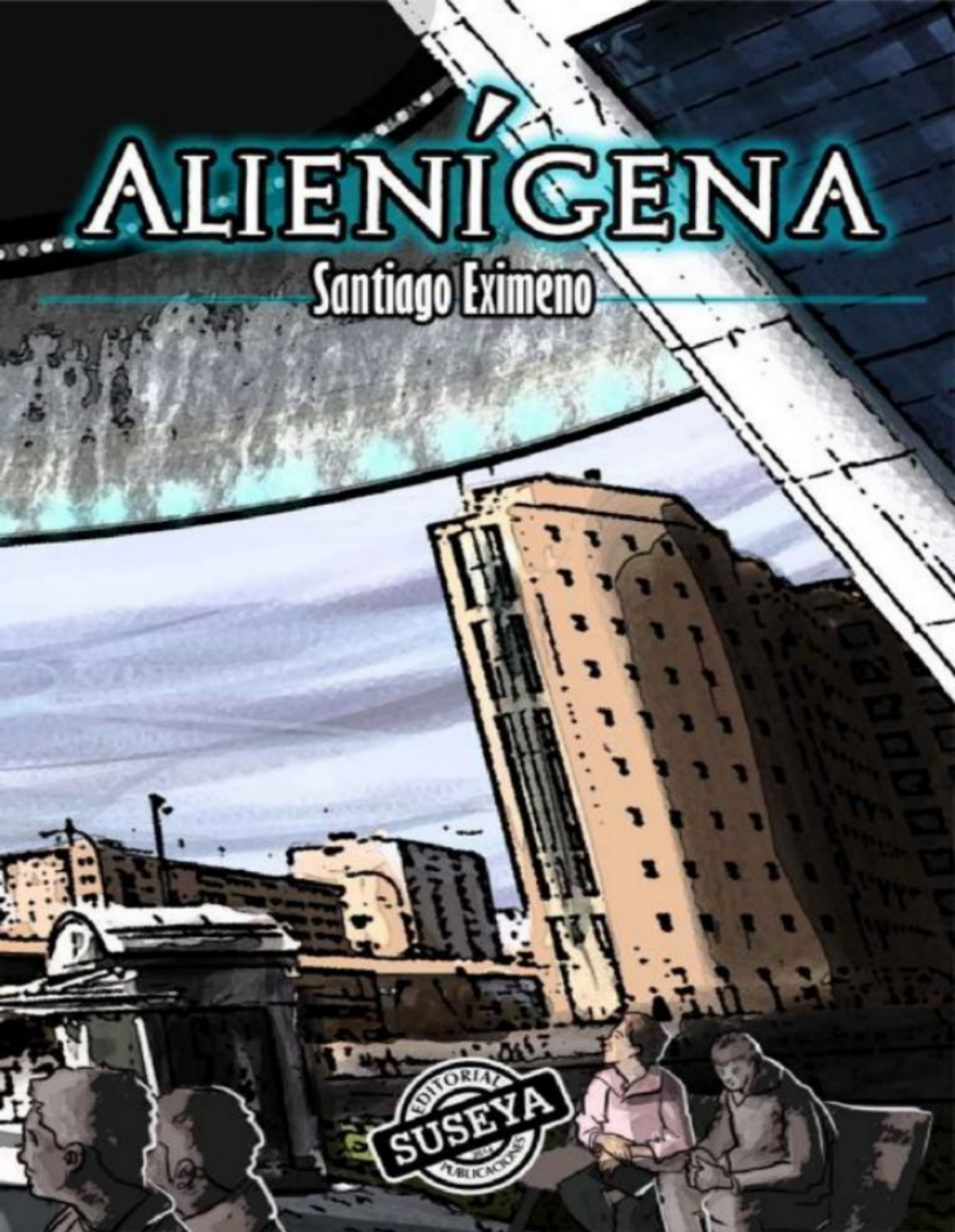

ALIENÍGENA
Santiago Eximeno
EDITORIAL
SUSEYA
PUBLICACIONES

Alienígena

Santiago Eximeno

alienígena. (Del lat. *alienigĕna*).

1. adj. extranjero. U. t. c. s.

2. adj. extraterrestre (supuestamente venido desde el espacio exterior). U. t. c. s.

alienígeno, na. (Del lat. *alienigĕnus*).

1. adj. Extraño, no natural.

Título: Alienígena.
Autor: Santiago Eximeno.
Portada: Jéremi Pirot.
Maquetación: José luis Pastor Diez.
Edita: Suseya ediciones.
www.suseyaediciones.com
Impreso en España.

A ti, alienígena. Nadie se lo merece más.

No desapareceremos en silencio en la oscuridad,
no nos desvaneceremos sin luchar.
Vamos a vivir, vamos a sobrevivir.
Independence Day

I don't exist when you don't see me
I don't exist when you're not here
The Sisters of Mercy

Nadie que no tenga alas puede reaparecer
después de caerse de un séptimo piso
Mario Levrero

Primera parte

Carlos

1

Cuando yo nací la nave ya flotaba en el cielo de Madrid, suspendida a una altura aproximada de ochocientos metros sobre Plaza de Castilla. Mi madre estaba embarazada de seis semanas cuando aquel artefacto maravilloso apareció y siempre me ha dicho que fue su debilidad, su miedo, lo que no le permitió abortar. Hablaba de ello como si existiera una relación directa entre mi concepción y la llegada de los alienígenas, como si pudiera culparles a ellos del embarazo no deseado. Creo que a lo largo de mi vida me lo ha repetido un centenar de veces: no te esperábamos, con tu hermana ya estábamos contentos, fue un error, algo inesperado. Dicen que ese tipo de cosas o te matan o te hacen más fuerte. No es cierto. A mí solo me sirvieron para crecer como un niño introvertido, asustado. Un niño que cuando se quedaba a dormir con sus abuelos tenía el convencimiento absoluto de que sus padres no volverían. O que lo harían de noche, entrarían en la habitación en la que descansábamos mi hermana y yo y se la llevarían a ella, en silencio, aguantándose las carcajadas. Aunque no tenía gracia, claro. Maldita la gracia que puede tener que tus padres te repitan una y otra vez que te quieren porque, ya sabes, ¿cómo no te van a querer?

Mis padres vivían a pocos metros de Plaza de Castilla. Tuvieron que abandonar su casa y fueron reubicados en un pequeño piso en el barrio de Salamanca, en la calle Azcona. Treinta y tres metros cuadrados, construidos. Una habitación. Ellos persistieron en su decisión de no abandonar su barrio, como otros pocos. Muy pocos. La mayoría, antes de que las autoridades evacuaran todos los edificios situados bajo la superficie de la nave, ya habían abandonado sus casas y se habían refugiado en otros lugares de la ciudad. Porque no querían estar cerca de aquello, pero tampoco demasiado lejos para no saber qué era lo siguiente que iba a ocurrir. Mi padre siempre mencionaba a los lagartos de una serie de su infancia cuando se refería a la primera vez que habían visto la nave.

No he visto esa serie, soy demasiado joven para eso, pero la conozco. La verdad es que no es el icono que viene a mi mente cuando pienso en extraterrestres. No somos de la misma generación, hay un abismo entre nosotros. En su mente solo existen invasores violentos, guerras interestelares, maestros *jedi*. En la mía es inconcebible pensar en enfrentarnos a ellos. ¿Por qué debíamos hacerlo? Les debemos la vida.

Dice mi madre que aquellos fueron días locos. Me viene a la mente esa vieja maldición china, eso de que ojalá vivas tiempos interesantes. Nadie quiere vivirlos. Nadie quiere que su vida se quiebre. Si hay algo que pasa de generación en generación es el miedo a vivir tiempos interesantes. Quizá por ello los que nos gobiernan pueden controlarnos con tanta facilidad. Por los niños.

Por lo que nos han contado la llegada de los extraterrestres fue providencial. Si algo positivo podemos decir de nuestros padres es que no dispararon primero y preguntaron después. Al menos les concedieron el beneficio de la duda. No sé cómo habría reaccionado yo al ver materializarse la nave sobre mi propia casa. Imagino que habría llamado a la policía, al ejército. Como hicieron casi todos. Otros salieron a la calle y se limitaron a observar en silencio, maravillados. Algunos rezaban, se congregaban en las iglesias de sus barrios tratando de encontrar en la fe una respuesta a lo que estaba ocurriendo. La mayoría se limitó a permanecer frente al televisor, frente al monitor del ordenador, frente a la pantalla del móvil, con la esperanza de que otros actuaran y pensaran por ellos. Así había sido antes, así sería hoy. Sin duda es la posición más cómoda. Más humana.

Las redes sociales se hicieron eco de la noticia al instante. Las imágenes de nuestros helicópteros militares desplazándose por el espacio aéreo cercano a la nave se repitieron una y mil veces en todos los medios. Eso solo fue el principio. La red no tardó en contar al mundo que aquel espectáculo imposible que vibraba sobre el cielo contaminado de Madrid no era único. La escena se repetía en otras ciudades. Europeas, americanas, africanas. En todas partes. Centenares de naves alienígenas desperdigadas por todo el globo sin una relación clara entre ellas. No en todos los lugares nuestra reacción fue pacífica. En Estados Unidos los niños de cinco años llevan chaleco antibalas cuando acuden al colegio, ¿cómo esperaban que reaccionasen? Sin embargo aquellas colosales estructuras no parecían verse afectadas por nuestras armas primitivas. Gracias a Dios.

Esos primeros días fueron complicados. Terribles. Ahora que la

edad empieza a permitirme echar la vista atrás y sentir nostalgia por todo lo que no he podido vivir, me duele no haber podido estar ahí en esos primeros momentos. Sí, lo estaba, y crecí compartiendo el día a día de los visitantes, pero me hubiera gustado ser parte de la historia, que su llegada hubiera ocurrido más tarde. Que me hubieran dado la oportunidad de vivirlo en mi madurez. Quizá así podría haber valorado lo que ahora no son más que imágenes en programas que reponen una y otra vez en canales locales, en vídeos subidos a la red, en iconos reutilizados para absurdas campañas publicitarias. Quizá así podría entender los titulares de los periódicos que guarda mi padre.

Esos primeros días, esos primeros años, vistos desde la distancia, fueron los que cimentaron nuestra relación con ellos. Cometimos errores, claro. Dos helicópteros de combate se estrellaron contra la superficie de una de aquellas naves, la que flotaba sobre la nube de contaminación que cubría el cielo de México D.F. Una avioneta desapareció al entrar en contacto con el campo que irradiaba la nave de París. El primer grupo de personalidades invitado a conocerlos en Chicago ocultaba, sin que ellos fueran conscientes, un chalado con una bomba adosada a su espalda, que hizo estallar en cuanto entraron en la zona de influencia alienígena. Errores que pudieron dar al traste con la convivencia pacífica que pretendíamos. Errores que ellos perdonaron, que ellos no tomaron en cuenta, como si no fuésemos más que un puñado de animalillos juguetones que ni siquiera merecían ser castigados.

Creo que la primera vez que vi el rostro de uno de ellos tenía seis años. Quizá siete. Recuerdo que estaba en el colegio y la profesora nos invitó a salir al patio, a contemplar la pantalla que habían improvisado en una de las paredes del campo de fútbol sala con unas sábanas blancas. Habían traído el proyector de la biblioteca y las imágenes bailaban frente a nosotros, desdibujadas, desenfocadas. El patio estaba lleno de alumnos, de profesores. De curiosos que habían llegado de todas partes para poder ver en directo el primer encuentro. Nosotros éramos muy pequeños para entender lo que estaba ocurriendo, para comprender que había sido necesario esperar años para poder comunicarnos directamente con ellos. Nos sentamos entre la multitud. Miramos la pantalla embobados. Aquel rostro alienígena inundó la tela blanca.

En ese momento me pareció la persona más hermosa que jamás había contemplado. Allí plantado, inexpresivo, miraba a su alrededor sin vernos. No habló. Aunque lo hubiera hecho no hubiéramos podido oírlo, en el patio no habían montado un sistema

de sonido. Se limitó a mirar a su alrededor, moviendo ligeramente la cabeza. Mirar y mirar y mirar, como un turista que acaba de aterrizar en su primer día de vacaciones. Como un faraón contemplando sus dominios. Solo que detrás de él había más. La cámara nos mostró dos, tres alienígenas más. Todos tan parecidos al que presidía la reunión que parecían hermanos gemelos. Todos altos y delgados, de pelo liso y rubio, de ojos negros. Vestidos con ropas oscuras, flexibles. Una especie de chándal de diseño, ajustado al cuerpo. Se mantuvieron allí, en la pared del patio, como estatuas. Había gente gritando. Algunos profesores lloraban. El murmullo general no se podía controlar.

Recuerdo que algunos chicos mayores se levantaron, se dirigieron hacia las puertas para largarse de allí. Yo también quise marcharme a casa. Tenía miedo. Tenía miedo de aquellas personas hermosas, de aquellas personas extremadamente hermosas que no sabía catalogar como chicos o chicas.

Recuerdo que un profesor dijo en voz alta la palabra andrógino.

2

Conocí a Javier en la universidad. Tardé menos de un mes en tener su polla en mi boca.

Entre ambos eventos ocurrieron muchas cosas, claro, pero quizá también merezca la pena reflexionar sobre cómo llegué hasta allí. Lo cierto es que nunca pensé que lo lograría, y no fue hasta mis últimos años en la escuela cuando me planteé la posibilidad de continuar mis estudios. Mis padres me hablaban de un pasado de crisis y falta de empleo en España, pero con la Llegada —así, con mayúscula— todo había cambiado. Su presencia en nuestro país significaba, entre otras muchas cosas menos prosaicas, una fuente de ingresos más que atractiva. Principalmente, aunque resulte sorprendente y demuestre de alguna forma lo mezquino de la especie humana, por el turismo. Madrid se había reconvertido en la ciudad turística de España por antonomasia. Atrás habían quedado los bañistas que desembarcaban en nuestras playas, ahora todo el que podía pagarlo quería ver una de aquellas naves de cerca. Alojarse, si era posible, en la zona cero, y pasar allí una noche de emociones sin fin. La hostelería parecía, por tanto, ser el futuro más apropiado para alguien como yo. Así al menos pensaban mis padres, que habían volcado todo su interés en la carrera de su hija. La mayor. Quizá esté siendo injusto, no lo sé. Al fin y al cabo, soy yo quien narro esta historia, así que dejaré que todos los demonios que escondo se vuelquen en el texto. Qué más da, ellos nunca lo leerán. Como mucho esperarían a que se rodara la película.

En fin, al grano, entré en la universidad por mis propios medios. Por mi ambición. Por mi deseo. Por ese motivo quizá sea más valiosa mi entrega a Javier, una entrega que aunque ninguno lo pretendía terminó por obligarme a dejar los estudios. Pero me estoy anticipando. Os hablaré de la primera vez que lo vi.

Aunque mi nota media me permitía escoger otras carreras opté por estudiar una ingeniería de informática. Tres años. Otra

decepción para mis padres, otro clavo que hundir en la tapa del ataúd que alojaba nuestras buenas relaciones. No es que me preocupara especialmente, pero como todavía vivía en su casa, bajo su techo, sabía que me lo recordarían durante años. Aún así insistieron en pagarme la matrícula, algo que yo no podía costearme por mucho que lo deseara. Durante el primer año, como regalo por su esfuerzo, me dediqué exclusivamente a beber. Dormía hasta tarde en casa y acudía a la facultad por la tarde. Una vez allí entraba en el bar y, con constancia, me tomaba seis o siete botellines de cerveza y un par de raciones de bravas. A veces coincidía con algunos desconocidos y compartíamos mesa. Me relajaba ese silencio absurdo que nos rodeaba, esas miradas que brillaban como las estrellas que engalanaban las botellas que vaciábamos. Bebía, reía. Visitaba de vez en cuando el cuarto de baño. A veces charlaba, pero el desinterés que mostraba por todo no me ayudaba a forjar demasiadas amistades. Apenas tres personas entablaron conversación conmigo ese primer año. Todas ellas llamaban bar a la cafetería. Esas tres personas estuvieron conmigo mucho tiempo más, durante todos los años que estuve allí perdiendo el tiempo. Ninguna de ellas planteó jamás el tema de mi homosexualidad. Y lo cierto es que era tan evidente que a mí me iban los tíos que me sorprendió tanto que no fuera un inconveniente como que nunca bromearan sobre ello.

Supongo que no estaba acostumbrado al respeto.

Para mis padres asumir que su único hijo era homosexual no fue fácil. En realidad nunca lo asumieron. Se limitaron a seguir pagando las facturas como si yo tuviera una enfermedad terminal. Era lo mejor para todos. Muchas veces me preguntaba si no eran conscientes del dolor que me causaba ese rechazo silencioso, ese refugio en la indiferencia. Imagino que no se sentían culpables, que lo habían consultado con su Dios, con mi Dios, y habían llegado a la conclusión de que mi existencia era algo que debían soportar como un castigo divino. Yo era su expiación.

Muchas veces me pregunté por qué mis sentimientos eran los que eran. No había respuesta, claro. A menos que quisieras preguntárselo a los alienígenas. Ellos te darían una respuesta, aunque quizá no fuera la que esperabas. Quizá fuese demasiado dolorosa.

Javier era distinto a todo. A todos.

Nos conocimos de una forma absurda. Un cruce de correos con un editor de una revista electrónica sobre música oscura. The Sisters of Mercy compartiendo espacio con :Wumpscut: o Hedningarna.

Iconoclastas, heterogéneos. Oscuros. Adorables. Lo vi como una oportunidad de colarme en conciertos, de conocer grupos, de acostarme con otros tíos. Cuando descubrí que lo llevaba un tipo que estudiaba en mi facultad me quedé a cuadros. Oscuros, pero a cuadros. Imaginaba que esas iniciativas siempre estaban en manos de tíos mayores, con un par de hijos, que no sabían bien en qué emplear su tiempo libre, ese que le robaban a su familia porque no la soportaban. Estaba equivocado. Cruzamos varios correos más para quedar un día. Él asistía a clase por las mañanas, yo vegetaba en el bar por las tardes. Al final me propuso vernos en el Centro de Cálculo, el mayor depósito de ordenadores obsoletos que alguien pueda imaginar; una tarde, sobre las ocho. Recuerdo que yo estaba dentro, incómodo, navegando por la red en un equipo que ronroneaba como una gata asmática. Uno de mis colegas de cervezas me vio y se me acercó.

—Creo que tu colega está fuera —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú sal.

Y salí. Y allí estaba. Por aquella época yo me vestía de riguroso negro. Y me peinaba como una loca. Añadía a todo ello unos cuantos pendientes y unos cuantos anillos, de rigurosa plata. Incluso mi carpeta era negra. Y mi *smartphone* comprado en una tienda china online. Javier, sentado en uno de los bancos junto a la puerta de entrada del Centro de Cálculo, bien podía haber sido uno de los vampiros de una de esas novelas baratas de romances sobrenaturales. Alto, delgado, con perilla. Jodidamente atractivo. Nos miramos durante unos segundos antes de estrecharnos las manos. Nos fuimos a la cafetería, al bar, y nos tomamos unas cervezas mientras hablábamos de la revista. Del próximo concierto en España de Kult of Red Pyramid. De los locales que frecuentábamos. Obvié los más evidentes, los que me delatarían. No quería escandalizarlo en la primera cita. Había algo en su mirada, en su voz, en su forma de mover las manos, que me invitaba a tirarle los tejos. No lo hice, claro. No ese primer día.

Recuerdo que hablamos de ellos. Imagino que para aquellos que vivían antes de la Llegada resultará extraño que no fuera un tema recurrente, que no estuviera a todas horas en boca de todos. No lo era. La gente apenas hablaba de ello. Ya habíamos aceptado su presencia como algo inevitable, pero también como algo lejano. No frecuentaban los bares de moda. Apenas salían de su nave. Sabíamos que estaban intercambiando algún tipo de información con nuestros gobiernos, algo que nos beneficiaba a nosotros, quizá

también a ellos. Nadie tenía claro de qué se trataba, pero tras los primeros años de información desmedida, intentos de allanamiento, combates de guerrilla sin sentido y mesías surgidos de la nada, todos nos habíamos olvidado de su presencia. Nos preocupaba más ver los partidos del Real Madrid. O conseguir acceso a esa nueva discoteca donde se reunía lo mejor del colectivo. Por eso me sorprendió lo fascinado que se sentía Javier por ellos. Los detalles. El tiempo que le había dedicado al tema.

—Estamos ante el momento histórico más importante de nuestra generación. De la humanidad entera, Carlos. Esto es algo tan grande que deberíamos caer al suelo de rodillas y dar gracias por estar viviéndolo. ¿Y qué es lo que hacemos? ¡Pasamos de todo! Seguimos con nuestras vidas aburridas, grises. Con nuestras vidas absurdas. ¿Es que nadie tiene sangre en las venas?

Yo asentía y escuchaba. Su voz tenía un timbre femenino, demasiado susurrada para su porte aristocrático. Creo que él lo sabía, pero no hablaba de ello. Con el tiempo descubriría lo poco que se gustaba a sí mismo. Aquella tarde me limité a suspirar, a tratar de no verlo como un trozo de carne que llevar a mi cama. Fue más difícil de lo que esperaba.

—¿Por qué no tenemos acceso a ellos? ¿Por qué no dejan que nos acerquemos? Hay algo que nos esconden, Carlos, hay algo que nos ocultan porque saben que es peligroso. Pero yo voy a conocerlos. Lograré hablar con ellos, Carlos. Lo haré porque necesito saber. No soy como el resto de personas que viven en este mundo. No, no, no te ofendas, no hablo por ti. Ni por nadie en concreto. Yo necesito conocerlos. Comprenderlos. Voy a sentarme en una silla dentro de una de sus naves y voy a limitarme a escuchar. Quiero que me cuenten de dónde vienen. Quiénes son. Pero sobre todo quiero que me digan por qué están aquí.

Volvimos juntos en el autobús. Él se bajaba en Conde de Casal, pero prefirió seguir conmigo hasta Goya. Quería hablar y yo quería escuchar. Cada vez que el autobús se detenía en una parada, cada vez que nos encontrábamos con un semáforo en rojo, yo daba gracias a Dios. No quería que aquel viaje terminara nunca. Era apasionante escuchar las palabras de Javier. Salían de su boca (de esa boca en la que yo quería hundir mi lengua) en tropel, se enredaban y a veces incluso desaparecían cuando él me miraba y yo, sabedor de que lo necesitaba, asentía, sonreía y le invitaba a continuar.

—No sé si eres consciente de cómo los llamamos. Alienígenas. Existen cientos de palabras que podríamos emplear para referirnos a

ellos, pero pocas veces lo hacemos. Nadie los llama públicamente extraterrestres. Ni marcianos. Ni visitantes. Ni cualquier otra cosa que no sea alienígenas. Es como si de alguna forma ellos pudieran determinar cómo debemos tratarlos y nosotros lo aceptamos sin más. Como su misma existencia. Vivimos en un estado de shock. No cuestionamos nada, y los que lo hacen son acusados de locos. De terroristas.

—Bueno, los atentados…

—¡Eso es! Los atentados. Es lo único que recuerda la gente. ¿Y por qué pensamos en ellos, en los que han intentado matarlos, como parte de la resistencia? ¿Y si no lo fueran? Carlos, piensa en ello. Piensa que quizá todo ha estado preparado desde el principio. Lo sé, lo sé, la teoría de la conspiración, pero qué coño, ¡tenemos una nave alienígena encima de nuestras cabezas! No, no creo que la gente que ha entrado armada en esas naves tuviera la intención de matar a nadie. Mira sus perfiles. Científicos de renombre. Militares con años de carrera. No tenían pinta de ser unos perturbados.

El monólogo me emocionaba. En un determinado momento Javier se exaltó tanto que puso su mano derecha en mi hombro, la izquierda sobre mi rodilla. Me faltó valor para abalanzarme sobre él y besarle. Comerme sus labios. No lo hice porque pensaba que semejante acto le provocaría inmediatamente rechazo. No porque creyera que a Javier no le podían gustar los tíos como yo, sino porque lo veía mucho más reposado, más reflexivo, menos impulsivo. Así que me contuve y amplié mi sonrisa y escuché.

Nos bajamos en Goya. Busqué alguna excusa para continuar en su compañía, pero no la encontré. Lo dejé marchar escaleras abajo en el metro. Me despedí agitando una mano, como esas colegialas japonesas de calcetines blancos y faldas a cuadros que aparecen en todas las series de robots gigantes. Javier sonrió y me dijo que nos veríamos al día siguiente. No le di importancia a su sonrisa, no ese primer día. Ya me daría cuenta con el tiempo cuánto le costaba sonreír a Javier. Cuánto le costaba exhibir su felicidad.

3

Mi padre conservaba periódicos de fechas que él consideraba históricas. En papel. Algo que no podemos imaginar ahora que el periodismo se reduce al nicho más olvidado de la red de redes, ahora que los medios no son más que instrumentos de los poderosos. Los guardaba en uno de sus armarios, apelmazados en una bolsa de plástico. De esas que tienen un agujero para que conectes una aspiradora y le saques el aire. Excéntrico o loco, vaya usted a saber, solo era una más en su larga lista de peculiaridades. Las mismas que enamoraron a mi madre, las mismas que odiábamos sus hijos. En ocasiones señaladas, fechas cuya relevancia histórica solo comprendíamos cuando teníamos desplegado ante nosotros uno de aquellos periódicos, mi padre sacaba del armario el fajo envasado al vacío y lo colocaba sobre la mesa del salón, previamente despejada. Había algo de ritual en todo aquello. Para nosotros, una familia católica mancillada por la perversión de un hijo maricón, esas ocasiones formaban parte de una gran blasfemia. Al menos para mi hermana y para mí. No podía entender cómo lo toleraba mi madre. Quizá ya en aquella época se había rendido. Es lo que tiene superar un cáncer que te arrebata un pecho y media sonrisa.

Mi padre colocaba la bolsa sobre la mesa del salón y después, sin decir palabra, la abría. Cuando lo hacía un sonido de succión apagado brotaba de aquella cosa, como si fuera un bebé que tratara de respirar por primera vez. Era tan desagradable que todos lo notábamos. Todos, porque en aquellas reuniones nos sentábamos a la mesa los tres. No tendría nada de particular si no fuera porque mi hermana negaba la mayor. Para ella los extraterrestres no existían. Extraterrestres, así los llamaba. No, aquellos tenían que ser enviados de Dios. Ah, cuánto daño ha hecho a nuestra educación el colegio de curas.

—No quiero saber nada de esto —decía mi hermana en cuanto mi padre hurgaba en el interior de la bolsa con hábiles manos de

cirujano de clínica privada de la agencia EFE.

—No empieces otra vez —decía mi madre.

Yo no decía nada, bastante tenía con lo mío. La verdad es que no decía nada casi nunca. ¿Para qué? Allí no interesaba la opinión de un crío adolescente que tenía cara de haberse comido más pollas que una actriz porno en su primer *casting*. Oh, vale, quizá no era así, quizá simplemente les incomodaba mi actitud beligerante, qué se yo. En el fondo no tiene importancia. Decía que mi padre extraía uno de los periódicos, el adecuado, como el médico extrae el apéndice del paciente, y lo depositaba con veneración sobre la mesa. Después lo desplegaba por la página correcta, la que mostraba el titular con grandes letras, y señalaba cada una de ellas con su dedo tembloroso mientras leía.

—Primeras palabras en público

Y allí estaba la imagen, triste pero certera. El rostro de uno de ellos tras una marabunta de micrófonos de todos los colores del arcoíris. Ese rostro que pronto nos acostumbraríamos a ver, pues todos ellos eran tan parecidos entre sí que costaba individualizarlos. Comprenderíamos después el sentido de esa uniformidad en sus rostros, en sus cuerpos, en sus ademanes. Todavía no era el momento. En aquella foto se congelaban esas primeras palabras, ese primer mensaje voluntario emitido simultáneamente por uno de ellos en todas las ciudades que, orgullosas, exhibían en sus panfletos turísticos la nave alienígena. Antes habían contactado con nosotros, incluso habían tratado de comunicarse empleando ese idioma incomprensible suyo, un galimatías musical que embobaba al que lo escuchaba con atención. Pero aquel periódico que nos mostraba mi padre ofrecía las primeras palabras que comprendimos.

mi mute pona.

Mi-mu-te-po-na.

Dos años habían tardado en hablar con nosotros. Dos años escuchando, aprendiendo, absorbiendo nuestra cultura y nuestra vida. Quizá no estaban a la altura de las primeras palabras de Neil Amstrong al posar un pie en la Luna. Quizá decepcionaron por la obviedad de lo que transmitían. No lo sé. Sí es cierto que aquellas tres primeras palabras fueron comentadas durante días, durante semanas, en todos los medios de comunicación. Había mucho de qué hablar. En vez de dirigirse a nosotros en inglés o en castellano o en un lenguaje universal, habían escogido un lenguaje artificial de mínima difusión como el Toki Pona para hacerlo. ¿Por qué? No

tardamos demasiado en saberlo, pero el ser humano adora los rumores y las preguntas que conducen a respuestas vacías, así que llenamos las redes sociales debatiendo sobre ello. Allí oí por primera vez el nombre de Sonja Elen Kisa, la inventora. La fama la encumbró, la devoró y la escupió, para gloria de todos sus acólitos. En un año se abrieron cientos de academias que impartían clases de Toki Pona. Un idioma formado por algo más de cien palabras y hablado por un millar de personas en todo el mundo se convirtió de la noche a la mañana en una necesidad vital. Y con el paso del tiempo comprendimos que ellos ni siquiera lo hablaban correctamente. Ni les importaba. Y supimos que podían hablar otras lenguas si se lo proponían, aunque la elección del Toki Pona no era arbitraria. Era un lenguaje simple, que transmitía valores positivos. Y ofrecía otras características que se adecuaban a la perfección a la vida alienígena.

Características aterradoras.

Mi mute pona. Nosotros somos buenos. Algo así como venimos en son de paz pero sin cachondeo. No, no es cierto. Es algo completamente distinto. Nosotros somos buenos. Eso es exactamente lo que ellos querían decir. Es lo que pensaban, no me cabe la menor duda. No querían hacernos nada malo. Si lo hicieron fue inevitable, provocado. Si lo hicieron fue porque en ningún momento fueron conscientes de nuestras enormes diferencias. O, si lo fueron, no quisieron comprenderlo.

Si lo hubieran hecho tendrían que haber dejado a un lado eso de venimos en son de paz.

Los periódicos de mi padre recogían todos esos momentos importantes en nuestra relación con los alienígenas. Sus primeras palabras. El primer contacto. Las negociaciones con nuestros gobiernos. La primera de las muchas maravillas que nos mostraron. La primera que nos entregaron. Los atentados que provocaron el distanciamiento. La muerte de hombres y mujeres que trataron, por una u otra razón, de hacerles daño. Aquella bolsa albergaba las esperanzas y temores de la humanidad. Yo hubiera preferido guardar todo aquello en la memoria de mi *smartphone*, pero podía entender a mi padre. Con el paso de los años nos habíamos distanciado tanto que él no me creería si le dijera que le entendía. Aquel fajo de periódicos era su vida. Lo que había ocurrido antes de la llegada de los alienígenas no importaba. La historia había comenzado a escribirse de nuevo cuando la primera nave se materializó en el cielo. El resto estaba olvidado.

Con los años he comprendido muchas cosas. He comprendido la

necesidad de la existencia de los alienígenas, he comprendido que sin ellos mis padres no existirían. Todo lo que ha ocurrido después de su llegada ha estado, como no podía ser de otra manera, condicionado por su existencia. Y para mis padres ha sido una bendición poder contar con la presencia de un poder superior, de una presencia tangible, palpable, ahí arriba, en el cielo. Me sorprende que en las iglesias no hayan sustituido la imagen de un Cristo torturado por el rostro de uno de ellos. Lo sé, es una blasfemia, pero es asombroso que unos seres que han sido reverenciados como dioses después hayan pasado desapercibidos para la humanidad durante años. Durante demasiado tiempo.

Tiempo.

Una palabra que carece de significado.

4

Rambo es un filósofo. Frases obtusas acompañadas de un incuestionable carisma. Eso me lo dijo Javier una noche en una de esas discotecas que frecuentábamos. Locales ubicados en zonas afines al colectivo. Sitios donde podíamos enlazar nuestras lenguas y dejar que nuestros rostros sin afeitar se adosaran sin tener que dar explicaciones, sin justificarnos. Frecuentábamos por igual locales de ambiente y locales góticos. Imagino que los dos nos sentíamos cómodos en ambos ambientes. Era agradable escuchar canciones de Depeche Mode mientras apurabas un Gin Tonic en la barra y hablabas de la vida, de los planes, de los fracasos, de todo. También lo era bailar canciones de Rafaella Carrá abrazados en el centro de la pista. En ambas situaciones éramos Carlos y Javier, Javier y Carlos. Nadie más. No necesitábamos a nadie más.

Cuando Javier decía cosas como aquellas me hacía reflexionar sobre nuestra vida en pareja. Al fin y al cabo eso éramos, una pareja de enamorados que había dejado atrás la fase de exploración se empezaba a plantear si la relación tenía sentido. Si existía eso que llamábamos lo nuestro.

Llevábamos juntos casi un año. A pesar de ello, dado que yo seguía viviendo en casa de mis padres y no tenía un trabajo de verdad, no nos veíamos tanto como hubiéramos querido. Al menos yo. Durante ese año habíamos dado tumbos en nuestra relación. Un día alquilábamos una habitación de un hotel para pasar la noche y pedíamos una botella de champán para celebrarlo, otro discutíamos porque Javier no aceptaba que utilizara diminutivos como Javi para referirme a él. Ni en privado ni en público. Si nos conocías de vista y prestabas atención una noche nos encontrabas abrazados y comiéndonos la boca en cualquier calle. La siguiente nos veías discutiendo en la puerta del Gris, nuestro local fetiche, sobre si debíamos tomar la última o marcharnos a casa de una puta vez. No llegábamos a perder el respeto en nuestras discusiones, pero a veces perdíamos las formas y rozábamos límites que nunca debimos

sobrepasar. Y eso que aunque ambos teníamos nuestro carácter Javier era una persona muy tranquila, muy serena. No como yo, bastante más voluble, capaz de estropear una noche especial por una discusión previa sin sentido con mi hermana.

Nos apasionaba asistir a conciertos. Rodeados de la multitud éramos más que nunca uno solo. Javier apenas se movía cuando en el escenario se desplegaban los fuegos artificiales. Permanecía con los brazos cruzados, los labios apretados. Miraba al frente, escuchaba. Si prestabas atención a todos los microgestos que no trataba de controlar podías ver la pasión, la ansiedad. La desesperación. Yo saltaba, cantaba, me dejaba llevar. Aún así, nos sentíamos unidos por lazos imposibles de compartir con terceros. Bastaba una breve mirada. Que nuestros ojos se encontraran. Entonces yo me detenía y me abría paso entre la multitud de cuerpos ardientes hasta llegar a él. Y le besaba y él abría sus brazos y hundía mi cabeza en su pecho y todo estaba bien.

Los fines de semana eran nuestros. El resto del tiempo me sentía solo, desamparado. No podía confirmar qué sentía Javier, pero siempre lo imaginaba distante, sin preocupaciones. Sin pensar en mí. Aquello, fuese o no cierto, me cabreaba. Cuando nos volvíamos a encontrar, ya fuera el viernes por la tarde ya fuese un día entre semana, jamás le preguntaba por ello. Era absurdo. ¿Cómo no iba a pensar en mí? Sus ojos me amaban, sus labios me deseaban. Lástima que no pudiera controlar aquella sensación estúpida, hubiéramos disfrutado mucho más de nuestra breve relación. Como decía, los fines de semana eran nuestros. Salía el viernes de casa de mis padres y no volvía hasta el domingo por la noche, después de cenar. Mi madre no se lo tomaba bien. Volvía y me encontraba con su mirada vacía, con sus murmullos continuos en la cocina, con sus gritos cuando hablaba con mi padre. Quería hablar con ella y explicarle cómo me sentía, pero no era posible. Ella toleraba mi homosexualidad, pero no la aprobaba. No podía exigirle una confianza que ella consideraba que yo no había correspondido. Así que los domingos por la noche terminaba encerrado en mi cuarto. Oía algo de música, leía —o trataba de hacerlo, la lectura nunca fue lo mío— alguno de los libros que Javier me había prestado. Música que no pinchaban en la radio, libros en verso que hablaban de vírgenes violadas que podían volar y de perros famélicos que se alimentaban de carroña. Después, mientras mis padres se sentaban a ver la televisión —a ver qué echan, esa era su frase favorita— y mi hermana simulaba estudiar en su cuarto, yo aprovechaba para darme una ducha rápida y me iba a dormir.

El día a día entre semana era completamente distinto. Me empeñaba en asistir a la universidad aún a sabiendas de que sería incapaz de terminar la carrera. Buscaba trabajos breves que me permitieran sacar algo de dinero y así evitarme la vergüenza de tener que pedir a mis padres la paga semanal.

—Tendría que haberte llevado de putas hace unos años —me dijo una vez mi padre antes de tenderme un billete de veinte.

Y no podía negar que tenía razón. Eso nos hubiera simplificado las cosas a todos. Habría podido explicarle a solas lo que sentía. Lo que era. Habría podido sentarme con él durante unas horas y hablar largo y tendido, de hombre a hombre. De hombre a loca. A lo mejor las cosas no hubieran sido muy distintas. Sin embargo algo me decía que sí, que si se lo hubiera comunicado oficialmente y no me hubiera limitado a dejar que las evidencias mostraran lo que todos sabíamos, mi relación con él sería totalmente distinta. Quizá hasta me daría una palmada en el culo todas las mañanas, antes de salir de casa.

Los martes mi hermana los dedicaba a cabrearme. No creo que tuviera el día marcado en el calendario, aunque lo cierto es que todos los martes decía o hacía algo que terminaba por joderme el día. Quizá también lo hacía los lunes y los jueves, no podría negarlo. Pero los martes eran especiales. Ella daba clases de música los martes y llegaba a casa algo más tarde que yo. Llevaba más de cinco años dándole al solfeo y todavía no le había visto tocar en mi vida un instrumento. Vale, en casa teníamos una flauta y de vez en cuando la veía con ella en la boca emitiendo un soniquete que me resultaba vagamente familiar, pero todos sabemos que la flauta, como la armónica o el triángulo, no son instrumentos musicales. Son excusas para llamar la atención de tus abuelos cuando tienes cuatro años, y para parecer una retrasada cuando, como mi hermana, habías superado los veinte. Necesitaba un piano, pero claro, nadie en esta casa iba a pagarlo. El caso es que los martes llegaba dispuesta a montar gresca, y siempre lo lograba. ¿Por qué es relevante para esta historia esta estúpida discusión recurrente con mi hermana? Imagino que por el mismo motivo por el que no menciono su nombre, por el mismo motivo por el que no la he visitado nunca en la residencia desde que ingresó. De alguna forma nuestra relación, desde muy pequeño, me marcó y añadió su grano de arena para convertirme en lo que soy.

Durante toda la semana no hacía más que rezar para que llegara el viernes. Y cuando digo rezar es literalmente lo que quiero decir. El hecho de masturbarme en el cuarto de baño pensando en Javier

no ha invalidado, al menos a mis ojos, mis creencias religiosas. He sido educado por unos padres católicos practicantes y siempre me he considerado católico. Creo en Dios, pero no tanto como para creer que los alienígenas son ángeles, teoría muy extendida entre chiflados y visionarios. Creo en una vida después de la muerte y creo que no me encontraré con Javier en ella. Ni con mi hermana, atea convencida. Y, si Dios quiere, tampoco con mis padres. Supongo que la fe, la esperanza de una vida mejor, es lo que me mantenía con vida durante la semana.

Si vuelvo la vista atrás, mi vida no era ni mucho menos mala. Discutía con mi hermana. Discutía con mi padre, con mi madre. Discutía con Javier. Claro, como todos los seres humanos discuten. No era algo que ocurriera todos los días, no era algo que condicionara mi existencia. Y, sin embargo, me empeño en retratarme así, me empeño en obviar esas cenas en las que mi padre reía a carcajadas, en las que mi hermana nos contaba una de sus extravagantes anécdotas y todos asentíamos embobados, en las que mi madre cruzaba las manos y nos contemplaba a todos con arrobo. ¿Por qué pretendo engañarme? No, mi día a día no era ni mucho menos infeliz. Será que mi mente selectiva se empeña en recordar las cosas tristes y olvidar los momentos felices, por mucho que estos superaran por mucho a los otros.

Y quizá uno de los mejores momentos de mi vida llegó cuando Javier me pidió que me fuera a vivir con él.

5

Mi padre me dijo una vez que el único motivo de discusión entre ellos era yo. Tendría cinco, quizá seis años. No tenía todavía edad suficiente para entender todas las implicaciones que ocultaba esa frase, pero sí la suficiente para echarme a llorar. Con los años he vuelto muchas veces a ese recuerdo. Mi padre sentado en el sofá. Serio, no me mira a los ojos. Mi madre está en el dormitorio. Puedo oír el rumor de la plancha exhalando vapor. Murmura entre dientes, como siempre hace cuando está enfadada. Mi padre no habla: es su mecanismo de defensa. Sostiene el mando de la televisión en su mano derecha. Pulsa una y otra vez las flechas que cambian de canal, recorre de arriba a abajo la limitada oferta digital que nos regalan. Las imágenes son diapositivas ruidosas en la pantalla. No se detiene en ninguna, ni siquiera las ve. Y es en ese momento, cuando los canales se suceden, cuando la plancha exhala, cuando el silencio y los murmullos pesan como una losa, es en ese momento cuando me mira y me dice que yo soy el motivo de todas sus discusiones. Así, sin más. Después se levanta, deja el mando en el sofá y se va a la cocina a por una cerveza.

Yo siempre pensé que era su animadversión hacia mí lo que reforzaba sus lazos y les mantenía unidos. Esos viejos matrimonios que no paran de tirarse cosas a la cabeza y que cuando encuentran un enemigo común se ensañan con él como hienas hambrientas. Todos lo hemos visto alguna vez. Todos lo hemos vivido. Con Javier lo hacíamos a menudo. Si aquel día habíamos tenido una pelea de gatas bastaba una mirada incómoda de un compañero de universidad para saltar sobre su cuello. La vida es injusta y no somos más que un puñado de reacciones químicas estúpidas. No tiene sentido que nadie nos juzgue. Discutíamos mucho, sí, pero al contrario que otras parejas yo creo que lo hacíamos porque no pasábamos juntos el tiempo suficiente. Javier también lo pensaba. Reclamaba para nosotros una intimidad que mi vida no nos permitía. Yo seguía atado a mis padres, dependiente de sus

ingresos, incapaz de encontrar un trabajo temporal, de esos que compaginas con tus estudios y te hacen creer que eres mejor persona. Javier no podía entenderlo. ¿Qué me retenía allí? Por el amor de Dios, si ni siquiera me querían.

No tenía fuerzas para discutir con él.

Javier se había marchado de casa poco después de entrar en la facultad. Había compartido piso con un par de estudiantes que venían de Cáceres. Gente sencilla y callada, me había dicho. No le entendían, ni su forma de pensar ni su forma de vestir, pero tampoco le cuestionaban. Para Javier era suficiente. Tenía su habitación y su reproductor con sus altavoces para disfrutar de su música, tenía su portátil para ver sus películas y navegar por la red; no necesitaba mucho más. Bueno, sí, me necesitaba a mí, pero eso todavía no lo sabíamos. En cualquier caso, en cuanto pudo compaginar un trabajo —diseñador gráfico, con sus contactos en el mundillo de la música gótica tenía todos los clientes que necesitaba— con el alquiler de un pequeño piso de treinta metros cuadrados en el centro, se marchó a vivir solo. Y allí quería llevarme. Y yo encantado.

Trasladar a mis padres la decisión no fue fácil. Mi carrera no tenía visos de llegar a buen puerto, pero un amigo de mis padres me había ofrecido trabajo en su empresa. Una cárnica, de esas que reclutaban a incautos con contratos temporales y te mandaban a un cliente para que te las apañaras tú solo. Pagaban lo mínimo, pero para mí era más de lo que podía esperar. Eso sí, tenía que aprobar al menos el tercer curso y, francamente, no estaba muy por la labor de hacerlo. Así que hice lo que cualquiera con dos huevos hubiera hecho: me presenté en la empresa y les dije que podía hacerlo. Que contaran conmigo. Que se aprovecharan de mí y me explotaran. Lo hicieron. Y Javier me llevó a nuestro pequeño, diminuto, nido de amor.

Era una casita breve. Abrías la puerta y te encontrabas con el salón. Que también era dormitorio y pasillo y *hall* y todo lo que quisieras que fuera. Las paredes estaban empapeladas con libros y películas y cedés de música. Empapeladas de nostalgia. De arriba a abajo. Parecía que hubieras entrado en una antigua tienda de esas de todo a cien, regentadas por chinos aburridos que matan el tiempo viendo películas en su idioma. Provocaba una sensación de agobio difícil de explicar, pues hasta ahora yo había sido propietario —simbólicamente— de menos de diez metros cuadrados: el dormitorio del niño en casa de mis padres. Este lugar era más grande, pero no era mío; no al menos de la misma forma

que lo era mi dormitorio. Allí, en casa, mi familia se había visto forzada a cedérmelo en régimen de alquiler simbólico, aquí tendría que ganarme mi espacio.

Llegué a la casa de Javier acompañado por una maleta pequeña. Nada más. Había traído lo imprescindible para vivir unos días, ya tendría tiempo de vaciar mi habitación cuando fuera necesario. Además de aquella forma no rompía por completo el vínculo con mis padres, lo que por un lado les aportaba esa esperanza de que alguna vez volviera. Esperanza que yo no quería negarles explícitamente, pues sabía que, por desgracia para mí, todavía los necesitaba. Por otro lado le estaba diciendo a Javier que adelante, que allí estaba, pero que si las cosas se complicaban siempre estaba a tiempo de marcharme. Marcaba mi ritmo, mostraba mis cartas en su propio territorio.

A él, sin embargo, todo le parecía bien.

Me enseñó su casa en menos de cinco minutos. Con el nivel de detalle con el que hacía referencia a objetos y mobiliarios tampoco daba para más. Aquí el salón, el sofá cama. Ahí dormiremos. El portátil, imagino que has traído el tuyo. La cocina. El calentador de agua, da para ducharnos una vez cada uno. Claro que podemos ducharnos juntos, no es tan diminuto el cuarto de baño. Y esto es el armario, te he preparado hueco para tus cosas. Y claro, yo apenas había traído nada, así que no hubo problemas.

Esa tarde le desnudé con cuidado y me senté tras él, en la cama. Le masturbé con mucha, mucha tranquilidad, mientras nos besábamos y él buscaba con sus manos mi polla. Fue una tarde lenta, sudorosa. De cariño pero también de deseo. Me mordió un hombro mientras jugábamos una segunda vez. Grité, pero me dejé hacer. Nos estábamos descubriendo. Le estaba permitiendo tomarme en la seguridad de su hogar, donde más confiado se sentía en sus posibilidades. De nuevo tuvo problemas durante la penetración, de nuevo le dije que no era necesario. Pero esa tarde, en un puñado de metros cuadrados, no había sitio para excusas.

Tumbados en la cama, abrazados, viendo uno de esos documentales antropológicos que solo aprecian cuatro gatos, sentí que todo estaba bien, que habíamos dado otro paso más y que este era definitivo.

Entonces Javier me habló de los alienígenas.

Con el paso del tiempo llegué a pensar que nuestros escarceos sexuales le condicionaban de alguna forma, que despertaban en él un instinto atávico que le obligaba a manifestar su deseo de luchar por su especie. Como si la evidencia de que en una pareja como la

nuestra la descendencia fuera una quimera y tuviera que expresar de otra forma su ansiedad por continuar la vida.

—¿Has leído sobre la doctrina del *shock*? Hay un libro, de Klein. En ese libro explican a la perfección lo que nos está ocurriendo. Fue escrito antes de que ellos llegaran, claro. Después nadie ha tenido el valor de reflexionar de esa forma sobre lo que le sucede a la humanidad. Puedes tachar de paranoica a Klein, no te lo discuto. Nos habla de la manipulación de masas, de cómo puedes trabajar sobre la mente de las personas cuando están afrontando una gran tragedia global. ¿Y qué es esto sino algo global y trágico? Deberías leer a Chomsky. Incluso a Amanda Ripley.

—Estoy con el libro de Baudelaire que me dejaste. Es interesante.

—No es lo mismo. No te hablo de estética, te hablo de la vida. De nuestras vidas. De cómo estamos siendo manipulados para que continuemos viviendo nuestra existencia plácidamente, sin participar, sin afrontar la realidad. Sin enfrentarnos a lo que nos está sucediendo.

—¿Qué nos está sucediendo, Javier? ¿La crisis? La estamos superando. Sí, hemos perdido cosas en el camino, pero…

—¡Olvida la puta crisis! ¡Los alienígenas! ¿Es que nadie es consciente de que los alienígenas están aquí?

Y lo cierto es que tenía razón. Nadie era consciente. Nadie mostraba el más mínimo interés por ellos. Deberíamos estar asustados al comprenderlo. Pero no lo estábamos. Y los que luchaban contra ello terminaban encerrados en un manicomio, como mi hermana. Como no-quiero-nombrarla-pero-se-llama-Laura. Yo quería reaccionar con la misma vehemencia que Javier, salir a la calle armado con un rifle de mira telescópica y disparar simbólicamente contra la nave. Quería, pero no lo hacía. Los alienígenas no me habían hecho daño. No me habían hecho nada. Si tenía sentido coger un arma y salir a la calle era para abatir políticos sin escrúpulos. Banqueros. A todos los que habían vendido la sanidad pública y habían limitado las pensiones y habían acabado con el significado de las palabras «clase media». Vivíamos tiempos extraños, tiempos que nadie querría volver a vivir.

Nos quedamos dormidos hechos un lazo. Fue hermoso. Y triste. Me desperté de madrugada. Abrí los ojos, me acostumbré a la penumbra. Un hilo de luz se colaba desde las ventanas ubicadas en la pared de la cocina. Eran las únicas de toda la casa, si exceptuábamos el ventanuco del cuarto de baño. La casa era tan pequeña que alzando mi cabeza podía ver las cuatro esquinas.

Javier dormía, su brazo sobre mi pecho. Cuando me incorporé lo hice con cuidado, para que no se apartara de mí. Volví a tumbarme. A escuchar los sonidos de aquella casa, sonidos que no conocía y a los que poco a poco me acostumbraría. A lo lejos oí el gruñido del motor de un vehículo de gran cilindrada. Si aguzabas el oído podías sentir el ronroneo del frigorífico. La casa no tenía calefacción, no la necesitaba. Demasiado pequeña para instalarla, bastaba con una pequeña estufa. Y dormíamos con un edredón que cada mañana se plegaba y se guarda encima del armario. Javier tosió, se movió. Estaba dormido. Pensé en despertarle, en animarle a tener otra pequeña jornada de sexo nocturno. Lo descarté casi al instante, a pesar del principio de erección. No, quería estar solo. Pensar. En nosotros. Solo en nosotros.

Como el resto de la humanidad, no quería pensar en ellos.

6

Una vez, solo una vez, Javier me hizo daño. Físico, me refiero. Me dio un bofetón. Me cruzó la cara de un guantazo. No había bebido, yo sí. Yo le provoqué insinuándome con otros tíos. Me lo gané a pulso. Y sin embargo me sorprendió tanto que lo hiciera que lo primero que pensé fue en salir corriendo. Como la chica esquizofrénica que soy. Fue Javier el que se marchó. Estábamos en una discoteca en Barcelona, recuerdo perfectamente que bramaba Rammstein por los altavoces. No recuerdo el rostro del tío que me tenía atrapado como un pulpo en el cuarto de baño, que había bajado la cremallera de mi bragueta y me estaba trabajando la polla con mano temblorosa. Solo recuerdo el rostro ardiente de Javier, su mirada de desprecio, su bofetada. El otro chico también se marchó y me dejó allí, a medias, con la polla fuera. Yo me encerré en uno de los cuartos y me quedé allí sentado durante algo más de una hora. Me dediqué a tratar de adivinar quién era el intérprete de cada tema que sonaba por los altavoces. El sonido llegaba apagado, matizado por la distancia. Había jugado tantas veces a eso mismo con Javier, tantas veces.

Aquella noche no supe si debía volver a nuestra casa, a su casa, o simplemente aceptar que me había comportado como un gilipollas y pasar la noche en la calle. No se me pasó por la cabeza volver a casa de mis padres. Hacerlo sería concederles el privilegio de compartir mi derrota, y no estaba dispuesto a hacerlo. Antes de marcharme me tomé una copa. No tenía muy claro qué esperaba, quizá que pusieran nuestra canción y Javier volviera y me cogiera en brazos como si él fuera un príncipe azul y yo una zorra afortunada. Esas cosas solo ocurren en las mejores películas. En la vida no queda espacio para la disculpa y el arrepentimiento, todos tenemos prisa por vivir lo que nos dejen. Terminé la copa y salí de allí con lágrimas en los ojos. Nenaza.

Comprendí al salir a la calle que aunque quisiera volver a casa no podía hacerlo. Estábamos en Barcelona, alojados en un hotel

cerca de Las Ramblas, a no mucha distancia del museo de cera. Lo habíamos visitado la tarde anterior y ahora lo único que se me ocurría era pagar la entrada y esconderme dentro hasta que se me pasara el cabreo. El enfado conmigo mismo por ser tan idiota, por no entender que Javier simplemente estaba nervioso por su trabajo. Porque después de tanto tiempo lo había conseguido, había logrado entrar en contacto con los alienígenas.

Javier se había dedicado en cuerpo y alma al Toki Pona. Había estudiado aquella estúpida lengua artificial hasta ser capaz de hablarla de forma fluida. No había sido ni el primero ni el único, claro. Desde que los alienígenas eligieran esa lengua para comunicarse miles de personas se habían dedicado a estudiarla. Sin embargo en los últimos años el interés hacia ellos había decaído, tanto que muy pocas personas mantenían contacto con nuestros benevolentes benefactores y menos aún tenían conocimientos elevados de esa lengua. Javier, además, había leído todo lo que se había escrito sobre los visitantes y había visto todo lo que se había grabado sobre ellos. En contra de lo que pudiera parecer, no era mucho. Lo acompañé en un par de ocasiones a bibliotecas para consultar la información que, por una u otra razón, no había sido ofrecida en la red, y apenas encontramos una docena de libros y unos pocos documentales, así como apariciones fugaces en telediarios y programas varios. Todos de hacía más de diez años. O a nadie le interesaba el tema lo suficiente para escribir sobre él, o a nadie le interesaba publicarlo.

Le pregunté a Javier si había hablado con alguna editorial. Me dijo que no, que a nadie le interesaría lo que tenía que contar. Yo sabía que estaba recopilando información sobre todos los temas relacionados con los alienígenas, que tenía material suficiente para escribir un libro, si no lo había escrito ya. Javier había publicado algunos artículos sobre el uso del Toki Pona como elemento de comunicación entre nuestras especies en revistas electrónicas en la red, pero no habían llamado la atención. No había recibido ni un solo comentario sobre ellos. Ni siquiera negativos. Nada. Era como si se hubieran publicado y nadie los hubiera leído. No sería de extrañar si las revistas no tuvieran repercusión. No era así. En cada número varios artículos habían provocado encendidos debates. Uno de ellos, que abogaba por recuperar la Ley del Matrimonio Homosexual, me había invitado a mí a participar incluso. Lo curioso es que ni siquiera yo había comentado en los artículos de Javier.

También había mandado cartas a diferentes periódicos nacionales e internacionales y varias de ellas habían sido

publicadas. Lejos estaba ya la época en la que podías encontrar los periódicos en los quioscos, pero aún así era importante aparecer en ellos, ya fuera en su edición electrónica, ya fuera en su edición por suscripción. Javier estaba suscrito a varios de ellos. Leyó sus textos, en los que reflexionaba sobre la presencia de los alienígenas en la economía mundial, su influencia en los gobiernos liberales, en la crisis del sistema capitalista y la pérdida de derechos sociales. Su participación en las revoluciones en países africanos y asiáticos. Incluso especulaba sobre la posibilidad de que la nave que los chinos decían que flotaba sobre Beijing no fuera en realidad más que un montaje. Ninguna de aquellas cartas, la mayoría como ya digo publicadas, provocaron reacción en los lectores. Javier estaba solo, o eso pensaba.

Lo que sí logró, de forma inesperada, fue llamar la atención de los alienígenas. Un efecto con el que, francamente, no contábamos. No se nos había pasado por la cabeza que aquellos seres pudieran sentir interés en las aportaciones de un joven revolucionario en medios de comunicación menores. Y digo menores porque Javier no había logrado ser invitado a ningún debate promocionado, ni había podido participar en un programa exponiendo sus teorías. Básicamente, creo yo, porque a excepción de las reposiciones y apariciones muy puntuales en telediarios concertados en todo el mundo, los alienígenas no aparecían en antena, ni en la televisión, ni en la red. En ninguna parte. En fin, más allá de la relevancia de las acciones de Javier, lo cierto es que un día un hombre llamó a la puerta de nuestra pequeña casita de chocolate y nos trajo una carta. Javier firmó para que nos la entregara. Era un sobre blanco, alargado, sin señal o membrete que identificara al posible remitente, pero con el nombre de Javier y su dirección escrito con grandes letras mayúsculas en el reverso.

—Toma, ábrela tú —Recuerdo que me dijo.

Supongo que no tenía ni idea de que podía ser y, francamente, no le interesaba. Esa dejadez que mostraba en ocasiones a mí me contagiaba y dejamos la carta sobre el sofá durante toda la tarde. Comimos en la mesa plegable de la cocina —otro invento de los suecos para ganar espacio— y después salimos a dar un paseo por el barrio. No lo hacíamos cogidos de la mano porque los tiempos habían cambiado en los últimos años y además vivíamos en un barrio viejo, tranquilo, de costumbres clásicas. Nos habíamos planteado mudarnos a Chueca, a una de esas coquetas buhardillas que para tender la ropa tienes que tumbarte en el suelo, ya que el único ventanuco que da acceso a las cuerdas está a ras de suelo. Lo

ideal hubiera sido un ático de tropecientos metros, claro, pero no podíamos pagarlo. Ir a Chueca era algo así como aceptar lo inevitable. Allí estaba confinado la mayor parte del colectivo, como los judíos en sus barrios antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial. Nos lo habíamos planteado pero considerábamos nuestra marcha a aquel recinto como una derrota. Como si aceptáramos que éramos distintos y tuviéramos que estar apartados del resto, en nuestra Sodoma particular. La verdad, preferíamos ser estatuas de sal. Así que dimos una vuelta por el barrio con discreción. Nos sentamos en un banco del parque y vimos a los niños jugar en el tobogán, en el columpio. Vimos cómo se peleaban, cómo reclamaban la atención de sus padres. Sentí envidia, pues sabía que nunca podría tener un hijo, no al menos con la persona a la que quería. Y sentí también lástima de mí mismo, pues ese deseo mostraba a las claras dos cosas: que no me aceptaba a mí mismo y que no estaba capacitado para luchar por lo que quería.

Cuando volvimos a casa yo estaba en mi fase gárgola. No tenía ganas de hablar con nadie, solo quería sentarme delante del televisor y olvidarme un poco de todo. Fue al sentarme en el sofá cuando recordé la carta. Seguía allí, olvidada, esperándonos. Javier había sacado un par de cervezas del frigorífico. Abrió ambas latas y las dejó junto al sofá, en la mesita en la que amontonábamos papeles, bolígrafos, mandos a distancia y todo lo que no encontrara por sí mismo su hábitat natural.

—¿Todavía no la has abierto? —dijo.

—Ahora mismo lo hago.

Me levanté, cogí un cuchillo de cocina y rasgué el sobre. En el interior encontré una hoja doblada en tres pliegues. Tiré el sobre en la papelera y le tendí la carta a Javier.

—Es para ti.

Javier bebió un trago de cerveza, sonrió, leyó la carta. Es curioso que algunos de los momentos más relevantes en tu vida transcurran rodeados de absoluta mediocridad. Había encendido la televisión y estaban emitiendo un episodio de *American Dad* que habíamos visto medio centenar de veces. La bolsa de basura nos esperaba junto a la puerta, habíamos olvidado sacarla en nuestro anterior paseo. Y Javier bebía cerveza sin parar mientras leía. Como luego pude comprobar estaba escrita en Toki Pona. Una cortesía que los alienígenas habían tenido con él. Porque aquella carta era un primer paso, un primer contacto. Una muestra de interés por el trabajo de Javier y una oferta para que trabajara para ellos. Una oferta remota, vaga, que cristalizaría tiempo después, pero que

significó tanto en nuestras vidas que tuve después mucho tiempo para arrepentirme por no haberla quemado en el mismo instante que la sostuve entre mis manos.

7

A mi abuelo, que en paz descanse, le gustaba cambiar cromos en El Rastro. Había empezado con aquella afición de muy pequeño, supongo que como cualquier niño cuyos padres tuvieran poca cabeza y suficiente dinero. Después había continuado con ella acompañando a su hijo y, posteriormente, a mí, su único nieto. Mi hermana Laura nunca había sentido inquietud por los cromos, y mira que existía una amplia oferta destinada a su género y a una amplia gama de edad, desde la inefable Hello Kitty hasta cosas más absurdas como Justin Bieber o personajes de una catadura similar. Todavía tengo recuerdos de esas mañanas de domingo en la plaza donde se realizaban los intercambios. Dejando a un lado vagabundos, policías y mirones ocasionales, allí nos encontrábamos mi abuelo y yo rodeados de niños exhibiendo sus cromos repetidos en las manos, con la goma elástica alrededor. Solo para los baratos y comunes, los caros y raros los llevaban en pequeñas cajitas de plástico, o colocados con habilidad entre las páginas de libros de bolsillo. Nos acercábamos unos a otros como leones protegiendo a su prole. Intercambiábamos esas palabras concretas que despertaban el interés en el otro —repes, no repes, tengo fichajes, busco escudos, esta es mi lista— y después iniciábamos el ritual: dedos que pasan cromos con rapidez, ojos ávidos los observan al son de la cantinela sile nole sile nole sile nole.

Esas mañanas, alegres mañanas, terminaban siempre en un bar cercano. El abuelo tomaba un carajillo y yo un vaso de leche con cola cao. Convertíamos un hecho banal en una tradición y de esa forma estrechábamos unos lazos que ambos pretendíamos eternos. El abuelo bebía su café sin prisas y me miraba de reojo con una sonrisa enorme en la cara. Yo apenas dejaba que el vaso se enfriara. Estaba ansioso por llegar a casa y pegar en el álbum los cuatro o cinco cromos nuevos que había obtenido como botín en aquella incursión, cromos que notaba cómo ardían en mis manos.

Con el paso del tiempo, como la mayoría de los jóvenes, perdí el

interés por las colecciones. Mi abuelo, sin embargo, lo mantuvo durante toda su vida. Nunca le abandonó la pasión por los cromos. Supe que había pasado por lo mismo con mi padre, que cuando él había mostrado desinterés por continuar esos viajes iniciáticos mi abuelo se había resistido a abandonar y había perseverado allí donde su hijo, y después su nieto, le defraudaba. Él iba solo hasta El Rastro en el metro y caminaba desde la Puerta de Toledo hasta esa mítica plaza de intercambio sin quejarse ni una sola vez, a pesar de que por entonces la cadera ya le estaba matando. Allí primero trataba de intercambiar sus repetidos con particulares que, como él, pululaban mostrando abiertamente su interés. Solían ser padres —muy a menudo solo la madre— acompañados de sus hijos, jóvenes que mantenían su cariño por los cromos, alguna mujer sola. También algún abuelo, pero eran los menos, por lo que muchas veces se sentía obligado a dar explicaciones. Son para mis nietos, decía. Antes habría dicho que eran para su hijo. Los profesionales, apostados junto a las farolas exhibiendo su mercancía, ya le conocían. No le preguntaban nada. Se limitaban a escucharle con atención, a compartir una sonrisa, un cigarrillo, una anécdota. Conectar un instante de sus vidas, ese mismo instante que nosotros, su familia, le negábamos.

Cuando murió, todas sus colecciones salieron a la luz. Docenas de álbumes de cromos de todos los tipos inimaginables. De fútbol, de monstruos del espacio exterior, de Hello Kitty. Yo tenía diecinueve años cuando murió y hacía meses que ni siquiera cruzaba unas palabras con él. Aún así debo reconocer que me sentí triste cuando me enteré de la noticia. Me sentí como una mierda. Me llamó mi padre al teléfono móvil, yo estaba en la cafetería de la facultad. En el bar. Tomando unas cervezas. Triste forma de saber que has perdido a una persona que te ha querido.

Al velatorio trajeron a mi hermana. Ya por aquella época estaba perdiendo la cabeza y no veíamos forma de evitarlo. Laura insistió durante horas en que los alienígenas lo habían matado. Que ellos le habían provocado el infarto que se lo había llevado, que llevaban haciéndolo durante años. Así nos controlaban, acabando con todos los que suponían una amenaza. Y con sus familiares y amigos, para que no pudieran extender el virus del odio hacia ellos. Fue una de las últimas veces que compartimos espacio en una reunión familiar. Ella no hacía más que tirar cosas al suelo y gritar —hablar en voz alta, decía mi madre, pero para mí era igual de incómodo—, de ponerse en evidencia delante de todos. Cuando mi padre insistió en llevársela a casa, que Dios me perdone, me sentí aliviado.

Mi madre se dedicó a atender a los invitados con esa habilidad que solo ella tenía en momentos como aquellos. Todos llegaban ante ella con cara de circunstancias, presentaban sus respetos y no tardaban en soltar chanzas y recordar desternillantes anécdotas de aquel simpático tipo al que íbamos a incinerar en unos minutos. No me encontraba cómodo rodeado de aquellas personas. Muchas eran de mi familia, al menos cuando empleas esa palabra para referirte a un centenar de personas con la que tienes vínculos tan remotos que siempre asocian un ordinal a su tipo. Primo tercero. Tía segunda. Estuve tentando de bajarme al bar del tanatorio y, aprovechando la coyuntura, pedirme un Gin Tonic, pero opté por el estoicismo y me senté en uno de los sofás de cuero negro que había en la salita de la entrada. Allí sonreía a los que entraban y les tendía la mano, y aprovechaba los momentos de intimidad para mordisquear alguno de los sándwiches que amablemente nos habían dejado en una bandeja. Intuyo que pensaban que íbamos a quedarnos toda la noche, aunque redujéramos el cuerpo a cenizas. Cosas más raras se han visto.

Llegó mi tío, el hermano de mi padre. Él había encontrado el cuerpo. Mi abuela había muerto hacía ya diez años, consumida por un cáncer piadoso que, tras mostrarse al público oncológico, había devorado sus ganas de vivir en menos de un mes. Un mes terrible, eterno, pero podía haber sido mucho peor para ella. Desde entonces mi abuelo vivía solo. Se había negado a entrar en una residencia. Si me metéis allí no duro más de una semana, decía siempre. Podía valerse por sí mismo y la pena de perder a la que había sido su mujer durante cincuenta años le parecía soportable. ¿Qué podía hacer la familia, más que dejarlo de lado? Mi tío se comprometió a visitarle al menos una vez por semana. Al final prácticamente se pasaba a diario, así que no es de extrañar que fuera él quien tuviera el disgusto de hallar muerto a su padre.

Mi tío traía un paquete entre sus brazos, una caja de cartón que parecía pesar un quintal. Se detuvo solo un instante para besar en la mejilla a mi madre sin soltar la caja, lo que requirió una exhibición de habilidad en malabarismos, y después vino hasta donde yo me encontraba. Dejó la caja a mis pies y yo me incorporé y farfullé un lo siento y nos abrazamos. Y por estúpido e inadecuado que parezca, me eché a llorar. Me eché a llorar como un idiota porque en esa caja estaban los álbumes de cromos de mi abuelo, porque mi tío me los había traído a mí, precisamente a mí.

—Mira, Carlos, sé que al abuelo le hubiera gustado que te los quedaras tú. Si no los vamos a tirar, no tiene sentido para nosotros

guardarlos.

Y yo continué llorando mientras asentía y aceptaba la última voluntad de un hombre acostumbrado al rechazo.

Tres semanas después acudí al Rastro. Fui en metro y bajé hasta la plaza de los cromos andando desde Puerta de Toledo. Caminé en procesión, rodeado de padres y niños y abuelos que me acompañaban en mi camino. Todos íbamos al Rastro, aunque nuestros destinos probablemente fueran múltiples. Estábamos en octubre y, aunque no llovía, hacía bastante frío y no había demasiada gente en la plaza. Yo arrastraba tras de mí uno de esos pequeños maletines negros ideados para guardar un ordenador portátil. Lo había llenado con los álbumes de mi abuelo, los que más valor tenían. Había consultado en la red precios y demás datos. Los que no tenían apenas valor los había cortado en pedazos con unas tijeras y los había tirado a la basura. Llevaba hasta allí un puñado de escogidos. De fútbol, de monstruos del espacio exterior, de Hello Kitty.

No me costó demasiado deshacerme de ellos. Para ser honestos, fue bastante beneficioso. Con el dinero que saqué por ellos tuve suficiente para tomarme unas rondas más de cerveza durante varias semanas.

Si pienso en ello y trato de sentirme culpable no lo logro. Supongo que siempre he sido así, que desgraciadamente no puedo culpar a mis padres, a mis profesores, a mis amigos, a nadie, de mi retorcida forma de ser.

8

Percibimos el tiempo como un flujo, una secuencia de eventos que nuestra mente ordena y cataloga. Eso nos permite valorar nuestras acciones pasadas y fantasear con situaciones futuras. La inmediatez del presente guía nuestras vidas en la infancia, y quizá también en la adolescencia, pero cuando llegas a esa edad en la que has dejado de ser un consumidor cultural y crees que cualquier tiempo pasado fue mejor, el presente se desdibuja y solo tenemos en mente la nostalgia y la esperanza. El tiempo pasa más deprisa, sentimos la urgencia que nos provoca la cercanía de la muerte. No disfrutamos el instante. Así somos los seres humanos, la mayoría al menos. No soy capaz de concebir una realidad en la que el tiempo no exista, en la que no determine mis pasos, mis acciones. Cada pequeña escena de mi vida comienza en un instante y termina en otro, y saberlo me permite sentir que sé quién soy. Esos años que han pasado son los que han conformado mi mente, los que me han otorgado la experiencia y los conocimientos que me definen como persona.

Ellos no.

Ellos no eran como nosotros.

Lo primero que trataron de explicarnos fue que ellos eran ellos. Dicho así puede parecer un absurdo. Incluso matizado. Incluso explicado durante horas a las mentes más brillantes de la generación humana que tuvo el privilegio de entablar conversación con ellos. Se esforzaron en hacerlo y, al final, derrotados, tuvimos que admitir que lo que decían, de alguna forma, era cierto. Ellos no tenían el concepto de individuo que nosotros ensalzábamos. Ellos eran un conjunto. Fragmentado en centenares de seres individuales que se presentaban ante nosotros con un aspecto humanoide, aceptable para nuestras mentes. Nos venían a la mente ejemplos como las hormigas, como las abejas. Estábamos equivocados. Quizá, si tratábamos de buscar un símil, podríamos ubicarlos junto a los cefalópodos, con su cerebro desorganizado distribuido por su cuerpo. O con los helechos. Lo que nos querían transmitir es que

ellos eran uno, que aunque los viéramos como seres individuales que hablaban con nosotros e interactuaban con el resto como si cada ente fuera independiente, en realidad eran uno. Si habían escogido presentarse como lo habían hecho, con apariencia de hombres con reminiscencias de elfos de película fantástica barata, era por nuestra comodidad. Y por desconocimiento, pues tampoco habían esperado entablar relación con millones de seres efímeros, conscientes de sí mismos.

Lo segundo que debíamos tener en mente era que su imagen se correspondía a la perfección con lo que eran. Vistos de cerca los alienígenas semejaban elfos andróginos, de ademanes suaves y delicados pero de rostros pétreos y distantes. Sus formas no invitaban a asociarlos con un sexo determinado, y así debía ser, pues carecían de sexo. No entendían la diferencia entre hombre y mujer, no concebían la necesidad del coito para la reproducción. Al ser poco más que apéndices de una criatura global, su gestación distaba mucho de parecerse a la humana. Eran, como decía antes, algo parecido a un helecho. Se reproducían por necesidad, y su reproducción se realizaba en el interior de las naves, en complejas estructuras biomecánicas que algunos de nuestros más célebres científicos pudieron observar desde la distancia. No pusieron reparos en mostrarnos su tecnología, aquí en Madrid y en el resto de emplazamientos repartidos por el mundo. A pesar de los atentados en ningún momento mostraron temor, quizá ni siquiera respeto. A veces pensaba que para ellos no éramos más que gusanos sin mente. Lo extraño era que estuvieran allí y no nos hicieran daño. Que no pensaran siquiera en hacerlo. Lo extraño era que nosotros a veces ni siquiera pensáramos en ellos.

Cuando las torres gemelas de Nueva York fueron derribadas muchos dijeron que el mundo cambiaría. Y cambió, claro que lo hizo, pero las vidas de nuestros padres, nuestras vidas, más allá de verse privadas de privilegios que terminamos por olvidar, no cambiaron en esencia. La llegada de los alienígenas tampoco revolucionó nuestras vidas. Maldita sea, tendría que haberlo hecho. Vida extraterrestre. Primer contacto. ¿Cómo era posible que veinte años después de la Llegada la convivencia fuera tan distante? ¿Cómo era posible que la humanidad apenas prestara atención a sus vecinos, desplegados en cientos de ciudades por todo el mundo? A veces es mejor no hacer preguntas. Las respuestas no siempre son las que quieres oír.

La tercera información que debíamos tener en cuenta al tratar con ellos era que el tiempo no existía. Así, sin anestesia. Para ellos

el tiempo no era lineal. Eso es lo que nos explicaron. Lo hicieron porque vieron que nuestras mentes se mantenían cuerdas gracias a la línea del tiempo. A la causalidad. Sin el tiempo la relación causa–efecto no existiría. Pues bien, para ellos era así. Se esforzaban en tratarnos como a niños deficientes. Nos hablaban y actuaban respetando nuestras convenciones. Sin embargo en ocasiones no estaban allí, o estaban demasiadas veces, superpuestos. Y en esas ocasiones ocurrían incidentes terribles. Y la gente moría. Los alienígenas tardaron años de nuestro tiempo en comprender el valor de la vida humana. Tardaron años en entender lo que significaba para nosotros morir. Una vez que lo comprendieron mostraron su respeto, un respeto no exento de cierta incomprensión.

¿Qué relación absurda buscaron los alienígenas con el lenguaje artificial Toki Pona? Bueno, es evidente que trataron de comunicarse con nosotros por medio de un lenguaje que les permitiera simplificar y eludir las diferencias que existían entre nuestras especies. El Toki Pona eliminaba el factor tiempo y reducía al absurdo el concepto de individualidad. Con una pequeña modificación más podían prescindir del sexo. Sí, era bastante útil para la comunicación. Lo que debería preocuparnos es cómo lograron saber de él. Santo Dios, si el noventa por ciento de la humanidad lo desconocía. ¿Acaso les habíamos proporcionado, sin saberlo, acceso a toda nuestra cultura? ¿Por qué nadie hablaba de ello? Lo más preocupante, ¿por qué nadie lo había preguntado?

Imaginad la dificultad que entraña un primer contacto con una especie que no está formada por individuos conscientes, que carece de sexo definido, que existe y no existe al mismo tiempo. Como esos malditos gatos encerrados en cajas. Una especie cuántica. Tratad de imaginarlo. No podéis, ¿verdad? Y no podéis hacerlo porque convivís con ellos y os parece todo lógico, aceptable. Os parece normal formar parte de este mundo loco que alberga una comunión imposible entre alienígenas y humanos. A la mayoría de vosotros la presencia de los alienígenas en nuestro planeta os resulta indiferente.

A Javier todo aquello le perturbaba.

Después de todos estos años, a mí me aterra.

9

A veces nos acercábamos hasta los aledaños de Plaza de Castilla, buscábamos un banco y nos sentábamos allí, a la sombra de las cuatro torres, a contemplar la nave alienígena. Javier miraba al cielo prácticamente sin pestañear, en silencio. Yo a veces me levantaba, estiraba las piernas. En alguna ocasión incluso me llevaba un libro, ya que Javier era capaz de pasar allí más de dos horas y no le gustaba que perdiera el tiempo con mi *smartphone*. Javier se sentaba y miraba al cielo sin pronunciar una sola palabra. Observando, los ojos muy abiertos, como si estuviera reuniendo toda su fuerza de voluntad para mandar un mensaje telepático a los alienígenas. Ni una sola vez de las que acudimos a Plaza de Castilla me burlé de él. Comprendía su necesidad de contactar con ellos, de formar parte de una historia que nos eludía, que a la mayor parte de la gente le resultaba indiferente.

Siempre nos acercábamos por la mañana, a primera hora, cuando la plaza estaba más viva. Personas de todo credo y condición cruzaban frente a nosotros. Algunos caminaban hacia su trabajo, otros llevaban a sus niños al colegio. En todos los rostros se reflejaba el estrés, el apresuramiento. La vida en la gran ciudad implica la necesidad de competir, de correr, de llegar el primero a todas partes. Nunca me marcharía a un pueblo a vivir. Mientras Javier no cejaba en su empeño yo me entretenía con el devenir de esas personas. Si algo les caracterizaba, fueran adultos o niños, era que ninguno de ellos alzaba la vista al cielo. Ninguno estaba interesado en esa gigantesca nave que flotaba sobre sus cabezas. Todos habían aceptado la presencia de aquella infraestructura colosal como una parte más del paisaje de la ciudad. Asombroso. Pero no eran solo ellos. La nave ni siquiera aparecía en las televisiones, en la red, salvo en contadas ocasiones. Perturbador. Si de mí hubiera dependido la hubiera exhibido una y otra vez. Por todas partes. Algo tan sencillo hubiera acabado como esa eterna lucha entre Madrid y Barcelona. El mejor equipo de fútbol, las

mejores instalaciones deportivas, la ciudad más europea. Nosotros tenemos una nave alienígena, vosotros no. Jodeos.

—¿Nos vamos?

Javier asentía y se levantaba. Ya había movido cielo y tierra para entrar en contacto con los alienígenas, pero no parecía dar resultado. Era como si nadie tuviera interés en hablar con ellos. En ocasiones aparecían en una fiesta en sociedad, o hablaban en público junto a un líder del gobierno. Nada más. Mientras tanto la vida continuaba, aquí y en todas partes. Naves desplegadas en Chicago y en ciudades de nombre impronunciable en países desmoronados de África. Y todo continuaba igual. No habían desaparecido las guerras, no habíamos erradicado el hambre. ¿Para qué habían venido entonces? ¿Por qué nos parecía tan poco relevante su presencia?

Javier tenía respuestas para estas preguntas, claro.

—No han venido a aniquilarnos. Sea lo que sea lo que buscan, nos necesitan. Lo que me preocupa es nuestra falta de interés como especie. Creo que estamos siendo manipulados. Resulta obvio que la mayoría de los seres humanos se está comportando como borregos. No actúan, no muestran interés por ellos. De alguna forma que no alcanzo a comprender, pero que lo haré antes o después, nos cambian. Nos modifican. La pregunta es, ¿para qué? ¿Qué obtienen estando ahí sin hacer nada, sin interaccionar con nosotros? ¿Qué pretenden?

Respuestas que generaban más preguntas que continuaban ese ciclo enfermizo del que no podíamos escapar. Al menos nosotros nos hacíamos preguntas, eso me decía. Lo cierto era que yo no me las hacía, solo funcionaba como un repetidor, sirviendo a los propósitos de Javier.

—Es necesario que nos sentemos con ellos, que dialoguemos. En el maldito lenguaje que ellos nos indiquen. Es evidente que existen terribles diferencias entre nosotros, pero podemos salvarlas. Entender sus motivaciones. Comprender por qué han venido hasta aquí, por qué han decidido quedarse. Ni siquiera sabemos de dónde vienen. No tiene sentido que nos sigamos preocupando por el paro o por la posibilidad de que nos dejen casarnos en un futuro mientras ellos sigan por aquí.

Y de toda esa perorata yo solo extraía la posibilidad de que algún día Javier fuera mi marido. Muchas veces, tras la visita obligada a la zona cero, le proponía a Javier encerrarnos en una habitación de hotel y pasar allí el resto de la tarde. Desnudos y con una botella de champán del caro. En esas ocasiones él sonreía y,

dependiendo de su humor, aceptaba la propuesta o la rechazaba con un beso cariñoso. En las ocasiones en las que aceptaba se quedaba despierto prácticamente toda la noche. A veces tenía que trabajar al día siguiente y me lo reprochaba, como si yo tuviera la culpa de la fascinación que aquella nave ejercía sobre él. A veces hablaba sin parar, animado por el alcohol.

—Haz el amor y no la guerra. Es lo que siempre nos han enseñado nuestros padres. ¿Por qué? Porque pretendían ser una generación benevolente, porque se jactaban de no caer en los mismos errores que sus padres. Se están mintiendo a sí mismos, Carlos. Son unos cobardes. Sus padres se enfrentaron a sus demonios y los vencieron. Los nuestros se limitaron a dilapidar todo lo que ellos habían conseguido. La crisis económica es un ejemplo perfecto. Los alienígenas son el paradigma de su fracaso. ¿Por qué están aquí? ¿Por qué no entablamos una conversación fluida y continua con ellos? Porque nos desprecian. No nos tratan como sus iguales. Están aquí porque necesitan algo de nosotros, algo que pueden arrebatarnos. Pero lo harán sin emplear la violencia. Y nosotros lo asumiremos, como hemos asumido todas las derrotas anteriores.

—¿Qué quieren de nosotros?

—¡Es lo que debemos saber! Puedo intuirlo. Puedo verlos como gobernantes magnánimos que utilizan a su pueblo sometido para obtener algún tipo de beneficio que no llegamos a comprender. Quizá quieran nuestra vida, no lo sé. Creo que se asemejan más a pastores benévolos. Debemos ser sus ovejas, o sus vacas. A lo mejor deciden un día sacrificarnos a todos.

—Tenemos armas…

—¿Y de qué han servido? ¿Acaso las hemos utilizado contra ellos? Sí, pequeños actos terroristas han llamado su atención, pero no han pasado de simples anécdotas. En Rusia les lanzaron algunos misiles sin resultado alguno. Después, el silencio. Mira las noticias internacionales. Lee los periódicos de otros países, las bitácoras de los ciudadanos que viven bajo una de esas naves. Nadie habla de ello, Carlos. Apenas nadie. Algunas personas lo hacen, pero son pocas, muy pocas. Y al cabo de un tiempo desaparecen. Van a la cárcel. O a una de esas residencias para locos.

—Como Laura.

—Como Laura. Perdona. No me refería a ella. No quería decir eso. Entiéndeme, Carlos. La gente que ha tratado de comunicarse con ellos, de entenderlos, ha terminado perdiendo la cabeza.

Y continuábamos la conversación hasta que el sol nos indicaba

que era la hora de marchar.

¿Cuántas veces escuché a Javier hablar de los alienígenas? No lo recuerdo. Tantas y tantas y tantas. Nunca me quejé, pues me fascinaba tumbarme a su lado, o sentarme frente a él con los codos en la mesa, con mi barbilla entra las manos. Me fascinaba escucharle. En algunos instantes perdía el hilo de sus reflexiones pues anticipaba la sensación de sus manos recorriendo mi espalda, mi pecho. Así era él, así era yo. En cualquier caso, había dos ideas dando vueltas en mi mente como esos bailarines griegos que no cesan de girar, dos ideas que se convertían en preguntas, que exigían una respuesta. La primera, claro, se refería a nuestra relación. Si Javier condenaba a todos aquellos seres humanos que no se enfrentaban a esta realidad venida de Dios sabe dónde, ¿por qué continuaba a mi lado? ¿Por qué me amaba? ¿Acaso me imaginaba yo su pasión, su deseo, su cariño? ¿Acaso todo era una pantomima? No tenía las respuestas y la sangre me hervía de rabia. Yo quería a Javier y sentía que él, a su manera, me quería, pero si yo era el vivo ejemplo de todos los síntomas de debilidad que despreciaba, ¿por qué seguía a mi lado?

La segunda pregunta era evidente.

¿Cuánto tardaría Javier en enloquecer?

10

Mis padres acudían todos los fines de semana a la residencia que mantenía encerrada a mi hermana. No, no los culpo. Hicieron lo único lógico, lo único aceptable. No todos fueron capaces de asumir la presencia en nuestro mundo de los alienígenas. Las reacciones ante la presencia de las naves en nuestros cielos fueron diversas. En los primeros días, cuando reinaba la confusión y el pánico, no pocas personas decidieron suicidarse. En las iglesias se congregaban los fieles, que suplicaban por el perdón de sus pecados como si los recién llegados fueran el preludio del día del Juicio Final. Los representantes de los gobiernos dimitían, las sectas que vivían entre las sombras se lanzaban a las calles a la caza de acólitos desprevenidos. Ese caos murió de forma tan abrupta que debimos haber sospechado, pero no lo hicimos. Las cosas volvieron tan pronto a la normalidad que nadie se cuestionó que había ocurrido durante esas dos primeras semanas. Cuando, años más tarde, le pregunté a mis padres sobre aquellos primeros días, me dijeron que apenas tenían recuerdos. Tuve que tirar de hemeroteca para comprender la magnitud de lo ocurrido. Para poder imaginar el horror que muchas personas habían vivido. Por eso no podía extrañarme que mis padres hubieran terminado encerrando a mi hermana en una residencia.

Durante muchos años siguieron alzándose voces que clamaban contra los alienígenas. Eran voces que podíamos desprestigiar con facilidad. Locos, visionarios, nuevos mesías de sectas dementes. Si algo tenían en común todos ellos era que su desprecio hacia los alienígenas había surgido de improviso. No era algo gestado durante años. De un día para otro cambiaban y salían a las calles a enfrentarse a una presencia que consideraban diabólica. Muchos de ellos acababan detenidos por la policía y llevados ante un juez. Otros se entregaban voluntariamente, afirmando que estarían más seguros encerrados en una cárcel de alta seguridad, lejos de la influencia de aquellos seres que los acosaban. Que acabarían con la

humanidad.

Si lo piensas bien, es perturbador. La mayor parte de la humanidad continuaba sus vidas, ajenas a la presencia de los alienígenas. Los pocos que manifestaban interés por ellos lo hacían desde un punto de vista malsano. Habíamos visto las terribles escenas de los primeros hombres que se habían inmolado ante ellos. Sus actos se acercaban tanto a los actos terroristas que habíamos vivido tantas veces que queríamos cerrar los ojos. Los condenábamos sin juzgarlos. En un país como España, en Europa, cualquier acto terrorista nos traía recuerdos horribles. Injustificados muchas veces, siempre llenos de prejuicios; al fin y al cabo, recuerdos de acciones que siempre juzgábamos como ajenas, perpetradas por los otros, los ciegos, los malvados, los asesinos. Nunca los pobres, los olvidados, los esclavizados. Pero no solo aquí se alzaron hombres contra ellos. En Rusia llegaron incluso a lanzar un misil contra una de las naves. En Marruecos un grupo de insurgentes se abalanzó contra el primer alienígena que se mostró ante ellos. Iban armados con rifles y no dudaron en disparar hasta vaciar sus cargadores.

Muchos más ejemplos nos vienen a la mente. Todos terminaron de la misma forma. No llegamos a ver los cadáveres de los alienígenas, nuestros gobiernos nos dijeron que no habían sufrido daño alguno. Sin embargo la mayor parte de aquellos chiflados desapareció. Para siempre. Los dimos por muertos porque no volvimos a saber nada de ellos. Algunas voces se indignaron por la falta de transparencia, por la ausencia de interés en la vida de nuestros congéneres. Fueron acalladas con facilidad. Con el paso del tiempo comprendimos que no todos habían fallecido, que muchos de ellos habían sido recluidos en las residencias. No teníamos pruebas de ello, pero todos teníamos algún familiar en esas residencias y sabíamos que si habían encerrado a simples agitadores qué no habrían hecho con asesinos en potencia.

Con los niños ocurrió algo similar. Quizá similar no sea la palabra más adecuada, pero había una analogía entre el comportamiento de aquellos que se resistían a ser invadidos —aunque muchos pensábamos que esa invasión en realidad nunca había existido, que era un fantasma que poblaba los cuartos más oscuros de sus cabezas— y los niños. Ambos grupos se sentían incómodos y reaccionaban con aversión en su presencia. Esta actitud surgía entre los tres y cuatro años y desaparecía en pocos meses. Como las rabietas. Los psicólogos lo asociaban a la fijación de la personalidad. No le daban importancia. Yo no recuerdo mi

infancia, no sé cómo me comporté, y mis padres, aunque lo recuerden, prefieren no hablar de ello.

Los locos y los niños dicen la verdad. ¿O eran los borrachos? No tiene importancia. Lo que me viene a la mente es que precisamente los más débiles eran los que reaccionaban con mayor antagonismo ante los alienígenas. El resto no hacíamos nada. A veces incluso me costaba recordar que estaban allí, como si el hecho de ir a trabajar o preparar una cita romántica con Javier fuera más importante que su presencia. Y lo era, sí, lo era, pero Javier, día a día, me convencía de lo contrario. Siempre estaba dispuesto a mostrarme mis errores, a recalcar mi falta de interés ante la presencia de aquellas cosas (sí, una vez habló de ellos como «aquellas cosas»; todavía me sorprende poder hacer yo lo mismo), a recriminarme mi falta de entrega hacia una causa que yo desconocía.

Lo extraño era que en aquel momento era cuando más cerca estaba de formar parte de todo aquello.

—No lo entiendo. ¿Qué más te da? ¡Si vas a trabajar para ellos!

Javier me miraba como el que mira a un perro callejero atropellado por un coche. Valoraba si merecía la pena perder el tiempo con él, dedicarle unos minutos a tratar de hacerle comprender que ya estaba muerto.

—Nunca lo entenderás si no quieres, Carlos. Yo no quiero trabajar para ellos. Quiero comprenderlos. Quiero entrar ahí y entender qué es lo que están haciendo. Por qué están aquí. Qué esperan de nosotros. Y si para lograrlo tengo que trabajar para ellos, lo haré. Es mi pase VIP, mi entrada para el *backstage*. Si no aprovecho esta oportunidad que yo mismo me he fabricado con años de esfuerzo, todo habrá sido una estúpida pérdida de tiempo.

—¿Vas a ir allí con una bomba en los calzoncillos? —le preguntaba, y Javier se reía como un chiquillo.

—Quizá debería. Quizá fuese la mejor solución. Pero ya has visto el resultado que han obtenido los que lo han intentado antes que yo. Cero. Nada. Ni siquiera diez minutos de fama en un telediario en un canal local. Nada. Solo una pequeña nota al margen leída sin demasiado interés. Incluso ignorada. Yo no quiero acabar así, Carlos. Ni siquiera quiero cambiar el mundo, solo entenderlo.

Y así transcurrían nuestras veladas románticas. Divagaciones sobre alienígenas y sexo, mucho sexo.

A veces pensaba en mi hermana Laura. No habíamos sido unos hermanos inseparables pero tampoco nos habíamos llegado a odiar. Cuando tus padres dicen que vas a tener un hermanito lo que esperas es eso, un hermanito. Que sea un niño que te arrebate tu

posición social en el hogar no se debe llevar bien. Yo no lo recuerdo. Mis padres lo mencionaban algunas veces cuando éramos mayores. Pocas. Supongo que no es sano para la familia. En cualquier caso, cada año que pasaba era más sencillo para nosotros. De pronto yo ya no era el mocoso insoportable que se apropiaba de sus juguetes, el niño consentido y mimado al que siempre defendían mis padres cuando discutíamos. Es más pequeño, es un niño, es tu hermano. Excusas para justificar que ella no podía hacer lo que quisiera conmigo. Pero con el paso de los años descubrí que era más cosas, muchas más cosas. Que mi hermana era una amiga. Una persona que me quería y a la que le agradaba estar a mi lado. Una persona que me perdonaba siempre, por mucho que me equivocara.

Y una confidente.

Cuántos secretos le había revelado y ella, como esas cajas fuertes de las habitaciones de los hoteles, los había guardado sin cuestionarlos y jamás los había entregado. Si algo echaba de menos de Laura era su faceta receptora, esa maravillosa cualidad que tenía que le permitía escucharme sin hacerme después sentir remordimientos, esa virtud que la permitía absorber mis secretos más inconfesables y almacenarnos en su interior durante años. Siglos. Toda una vida.

Cuando se volvió loca pensé que los revelaría todos. Que les hablaría de todo lo que yo había ocultado durante años. No lo hizo. Simplemente desapareció de mi vida. Se la llevaron de mi lado y la encerraron, y jamás tuve valor para ir a verla. No quería encontrarme con ella, con su rabia por lo que había ocurrido. No quería que me juzgase y me tirara a la cara todos los esqueletos que había acumulado durante años, los esqueletos que guardaba en mi armario y que le entregué cuando salí de allí. Eso es lo que me repetía, eso es lo que le decía a Javier. Que temía que su respuesta me hiciera tanto daño que enturbiara ese recuerdo mágico que guardaba de ella.

Los borrachos y los niños dicen la verdad. Los homosexuales reprimidos no.

No volví a verla porque pensaba que yo tenía la culpa de que la hubieran encerrado.

11

Hubo un tiempo en el que escuchar en vivo a The Sisters of Mercy era una necesidad. Después, con el paso de los años, se convirtió en una excusa. Javier y yo la utilizábamos a menudo para planificar algunos viajes que nunca llegábamos a hacer. A veces por falta de dinero, otras por falta de tiempo. La mayor parte de las veces por falta de motivación. Estábamos tan bien juntos, tumbados en la cama, abrazados, el rostro del uno contra el otro, que pensar en salir de nuestro país y conocer mundo nos incomodaba. Sin embargo Javier tenía otras motivaciones en la cabeza a la hora de viajar. No las compartíamos, pues mi única obsesión era él. Javier tenía demasiadas cosas en la cabeza para ser consciente de ello.

The Sisters of Mercy daban un concierto en Londres. Para ser exactos lo hacía Andrew Eldritch. Ya no quedaba nadie más del grupo, si en realidad existió alguna vez un concepto de grupo en la cabeza de Andrew. La excusa perfecta para visitar una ciudad que había sido la cuna de la música que ambos adorábamos, por más que con el tiempo se hubieran difuminado sus orígenes y Berlín se hubiera convertido en el nuevo lugar de peregrinación. Javier me sorprendió una mañana con dos entradas para el concierto. Estábamos desayunando en la cama, desnudos, y él se las arregló para colocar las entradas debajo del plato de las tostadas. Me reí como un idiota cuando me las enseñó hasta que las implicaciones de lo que había hecho despertaron mis dormidas conexiones neuronales.

—¿A Londres? Bueno, no sé. ¿Nos lo podemos permitir?

—Claro —dijo él, todo sonrisa—. De hecho ya he adquirido los pasajes de avión. A buen precio. Viajamos con una de esas compañías de nombre impronunciable. No creo que sea un problema, seguro que nos dan un zumo de naranja caducado como mucho, pero aterrizaremos sanos y salvos a primera hora de la mañana. No te voy a decir que sea la única oportunidad de verlos. Habrá otras. Simplemente quería darte una sorpresa.

Ah, qué inocente era yo en aquellos tiempos. Cuánto me costaba

leer entre líneas. Y mira que Javier era como un libro abierto, pero yo me empeñaba en no querer escudriñar entre sus páginas.

Salíamos en quince días, así que tenía tiempo de avisar en el trabajo y pedirme unos días libres para pasar allí una semana. Preparé a conciencia el viaje. Quería que fuera algo especial, algo inolvidable. Me pasé una tarde por la FNAC y me compré todas las guías de Londres que encontré. En casa ya teníamos la que Javier consideraba imprescindible, editada por Lonely Planet. Yo me hice con otras cinco, cada cual más rocambolesca. Una de ellas se centraba en los lugares mágicos de la ciudad. Durante mucho tiempo se ha asociado el esoterismo y ese tipo de cosas con los siniestros, como si el hecho de vestir de negro o tener inquietudes victorianas automáticamente te convirtiera en un adepto de satán. Yo no era de los que creía en esos temas pero sabía que a Javier le fascinaban. Otra de las guías hablaba solo de restaurantes de comida extranjera. Una curiosidad: ir a Londres a comer en un restaurante coreano, por ejemplo. Era tan absurdo que no podía fallar. Estuve navegando por un centenar de páginas de Internet buscando información de todo tipo, empapándome de Londres. Aproveché también para poner al día mi inglés decadente y para comprar ropa. Quería estar atractivo para Javier. Allí, en Londres, no se sentiría incómodo besándome en mitad de la calle. Yo no me sentiría incómodo.

En ninguna de las guías que compré mencionaban la nave. Estaba suspendida sobre el Puente de la Torre. Durante los primeros meses había sido una gran fuente de ingresos, ya que visitar el puente permitía sentirse más cerca de los alienígenas. Después, como todo, se fue olvidando. Dejando de lado. Tanto que ni siquiera le dedicaban una página en las guías. Nada. Como si no existiera. Reconozco que ese detalle llamó tanto mi atención que volví a la FNAC, me agencié una docena de guías de distintos países y me senté en el pequeño auditorio de la tercera planta, rodeado de mujeres y jóvenes. En ninguna de las guías hablaban de las naves. Ni en la de Madrid, ni en la de Berlín, ni en la de Casablanca ni en la de Chicago ni en ninguna otra. En ninguna.

Supe entonces por qué íbamos a Londres.

Cinco días antes de coger nuestro avión salimos a cenar. Decidí por una vez plegarme a la sociedad y nos fuimos a cenar a un restaurante de Chueca, uno de esos con decoración minimalista y una cocina remedo de la alta cocina francesa, mezclada con cualquier detalle exótico que le proporcionara un color incluido en la bandera arcoiris. Javier estaba encantado. Nos sentamos, nos

trajeron una copa de cava antes de pedir la comida. Dejé que bebiera de su copa, que me besara en la boca —labios helados, burbujas deslizándose entre mis dientes— antes de hablar.

—¿Vas a entrar en la nave? —pregunté.

Javier asintió. No tenía sentido jugar conmigo, engatusarme con circunloquios. Javier extendió los brazos, ofreciéndome sus manos. Las acepté, enredamos nuestros dedos. En cualquier otro momento, en cualquier otro lugar, me hubiera sentido estúpido. Aquí simplemente estábamos tratando de mostrarnos tal y como éramos, de ofrecernos el uno al otro. Lo sé, yo mismo me ruborizo cuando planteo este instante como un punto de inflexión en nuestra relación, pero lo fue. Sin duda lo fue.

—No quería decírtelo, Carlos. No quería preocuparte. Soy un imbécil. Tendría que habértelo dicho desde el principio y no haber buscado una excusa tan absurda como lo del concierto. No dudes que quiero ver a Andrew Eldritch sobre el escenario por mucho que su voz sea una parodia de lo que fue. Claro que quiero verlo, Carlos. Quiero compartirlo contigo.

—Estás divagando —dije.

Javier se calló. El camarero, vestido de riguroso luto, se acercó a nuestra mesa.

—¿Saben ya lo que van a tomar?

Pedimos. El resto de la cena transcurrió en completo silencio. Compartimos un *brownie* con helado de vainilla como postre, una declaración de paz. Nos permitimos una sonrisa, un beso.

—¿Tomamos la última? —le dije a Javier al marcharnos del restaurante.

—Sí. Me gustaría explicarte algo más en detalle cómo surgió todo. Si quieres.

—Claro —dije.

Caminamos cogidos de la mano por esas calles que tantas veces habíamos recorrido hasta que terminamos en el Gris. Nuestro bar fetiche. Nos tomamos unos chupitos de absenta, nos besamos —labios ardientes, mi mano deslizándose por su entrepierna— antes de hablar. Por los altavoces brotaban los primeros acordes de Temple of Love. Decidimos seguir las escaleras huyendo de la música demasiado alta y terminamos en la planta baja. No nos acostumbrábamos a que unos días estuviera abierta, otros cerrada. Había menos gente abajo. Nos sentamos en el suelo, junto al futbolín que acumulaba polvo día tras día. Dos chicas empapeladas del negro más gótico se buscaban con cierta ansiedad en la puerta de los baños.

—Me han invitado oficialmente a hablar con ellos. De alguna manera he llamado su atención y quieren que los vea. Pero no me han permitido visitar la nave de Madrid. Como si se tratara de una prueba, ¿comprendes? Si quieres conocernos tendrás que viajar. Que gastar tu dinero. No sé por qué han escogido Londres, quizá signifique algo. Quizá sea un guiño o un símbolo. Se lo preguntaré cuando esté frente a ellos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—¿Qué voy a hacer? —Había cierto tono de indignación en la voz de Javier—. Acudiré, claro. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Le interrumpí alzando una mano, ya que no lo lograría nunca si me limitaba a hablar. Javier se calló, me miró.

—Demasiado vehemente otra vez, ¿verdad? —dijo.

—No, no —dije yo—. No se trata de eso. Has entendido mal mi pregunta. Me refiero a qué harás cuando estés frente a ellos.

Javier sonrió.

—Había pensado hacer explotar el cinturón de explosivos que llevaré adosado al pecho. No, en serio, Carlos, todavía no lo sé. Estoy reflexionando sobre ello. Quiero formular un millón de preguntas, pero no me concederán el tiempo necesario para hacerlo. Quiero saber también por qué me permiten hablar con ellos, pero no sé si es relevante para mi conocimiento de los alienígenas, más allá de satisfacer mi ego. Quiero preguntarles por el tiempo, por el sexo, por el yo. Los tres temas, a mi modo de ver, más importantes para tratar con ellos. No lo sé, Carlos, no sé qué les preguntaré.

Asentí con la cabeza, le indiqué por gesto a Javier que iba a pedir un par de cervezas. Llevábamos tanto tiempo juntos que en muchas ocasiones las palabras no eran necesarias. Javier no parecía consciente de ello y llenaba cada silencio, cada vacío, con su discurso. No me importaba. Él era así. Subí las escaleras y el volumen de la música me apabulló. La barra estaba repleta de gente. Charlando, bebiendo, ligando. Alguien me tocó el culo. Ni siquiera me volví. Me abrí paso hasta la barra como una anguila, resbalando entre cuerpos sudorosos, pantalones de cuero negro, risas y besos.

—¡Dos tercios!

Cerveza. Dos cervezas para relajarnos, para tratar el tema más importante de nuestras vidas —al menos sí de la de Javier y, dependiendo de lo que él sintiera, de la mía por añadidura— desde la distancia y la protección que proporcionaba el alcohol de baja graduación. La pausa necesaria para que Javier meditara en ello, para que yo aceptara cómo iban a ser las cosas. Y lo estaba

aceptando. Para mí Javier era lo primero. Quizá incluso lo único, aunque es difícil ver así una relación. Para él yo era su acompañante, la persona que estaba a su lado mientras hacía cosas importantes. No, no significa que yo le quisiera más, que yo me entregara más. Ni siquiera que yo le proporcionara más tiempo de lo que él me dedicaba a mí. Era, simplemente, una realidad constatable. Javier tenía una vida, un destino, y yo, que me creía más entero, más formado, vivía mi vida a través de Javier.

Bajé con las cervezas. Javier se había ido al servicio. Volvió un par de minutos después, pero la charla ya se había enfriado y las cervezas se habían calentado. Nos las tomamos con rapidez y, de mutuo acuerdo, decidimos marcharnos a casa.

12

En el aeropuerto de Barajas. Desde el asiento en el que estaba sentado podía ver el morro de uno de los aviones de la compañía Iberia. Unos niños —hermano y hermana, de entre tres y cinco años — pegaban sus rostros al cristal y observaban fascinados cómo despegaban. Yo me limitaba a esperar. Ya habíamos facturado el equipaje y conocíamos la puerta de embarque. No tardarían en llamarnos. En la zona donde estábamos había un poco de todo, pero para mi sorpresa abundaban las familias. Nunca hubiera pensando en Londres como un destino turístico para padres con hijos pequeños. Mientras esperaba jugaba con unos folletos que nos habían entregado en la zona de *Duty Free*. Trípticos con instrucciones para consumir sin cargo de conciencia. Los había partido en tres trozos y había fabricado con cada uno de ellos un avión de papel. Los había dejado en uno de los asientos contiguos, a la vista. Hasta ahora ningún niño se había atrevido a acercarse a ellos. Imagino que sus padres, al comprender por nuestra actitud que Javier y yo éramos pareja, preferían retenerlos a su lado, no permitir que entraran en contacto con nosotros y se contaminaran. O se volvieran maricones directamente.

Javier daba vueltas por el aeropuerto. No le apetecía estar sentado en silencio y yo no tenía ganas de hablar, así que lo mejor era que durante esta pausa necesaria estuviéramos separados. Ambos afrontábamos nuestros miedos, nuestras dudas, de forma muy distinta. Mientras Javier liberaba su verborrea incontinente yo prefería cruzarme de brazos, bajar la cabeza y pensar. Actitudes antagónicas en una pareja de amantes para enfentrarse a una misma situación. Lo único que podía conllevar era una retahíla de disculpas tardías y sexo de reconciliación. Al fin y al cabo no todo iba a ser malo.

—Señor —dijo un niño.

Estaba de pie, a mi lado, pendiente de los aviones que había aterrizado sobre el asiento de plástico naranja. Los miraba con la

ansiedad indisimulada que solo puede ofrecer un niño. ¿Cuántos años tendría? No más de cinco. Y me había llamado señor. Solo por eso merecía que le prestara toda mi atención.

—Dime.

Ah, lacónico, buscando una respuesta. Me sentí culpable en cuanto cerré la boca, pero no podía evitar comportarme así. Mi padre me había educado en términos similares: si quieres algo, gánatelo. Lástima que después mi afición por los culos masculinos deteriorara nuestra relación. Mi padre y yo podríamos haber tenido un vínculo especial. Yo le adoraba en su severidad, él esperaba mucho de mí. Supongo que ambos terminamos decepcionados.

—¿Podría coger uno de los aviones? —dijo el niño.

Señaló con su mano el más alejado de mí. Era evidente que le imponía cierto respeto. Miré alrededor en busca de sus progenitores y mis ojos se cruzaron con los de una mujer joven, vestido verde, piel pálida, que no apartaba la mirada del niño. Me sonrió al ser consciente de mi interés, le devolví la sonrisa.

—Claro —dije, todo sonrisa—. Pero no uno. Puedes cogerlos todos.

Al niño se le iluminó la cara. Es algo que solo puedes descubrir en un rostro infantil, los mayores perdemos esa capacidad mágica para mostrar tan abiertamente nuestras emociones.

—¿Todos? ¡Muchas gracias! —dijo.

Los atrapó entre sus manos y se dio media vuelta en dirección a su madre. Fue a la carrera y uno se le cayó por el camino. Volvió a por él y, antes de recogerlo, me saludó con la mano. Le devolví el saludo sin perder en ningún momento la sonrisa.

Son esas pequeñas cosas las que hacen que un mal día se convierta en algo especial. Cuando volvió Javier —gesto hosco, mirada baja— y descubrió la sonrisa que devoraba mi rostro se sentó a mi lado y habló.

—¿Todo bien? —dijo.

—Claro, más que bien —respondí.

Javier sonrió. Lo hizo con naturalidad, sin forzarlo. Realmente ahora estaba todo bien. Estuve tentado de besarle. No lo hice. No quería perturbar a ese niño que nos había devuelto momentáneamente la sonrisa. Vi cómo lanzaba los aviones una y otra vez. Cada uno volaba de una forma distinta, más o menos afortunada, pero al niño parecía no importarle. El hecho de lanzarlos y ver cómo aterrizaban, bien en el suelo bien en un asiento, bastaba para hacerle reír. Uno de ellos acabó en el regazo de la que presuponía era su madre y ella lo cogió y se lo devolvió

no sin antes reclamarle un beso. Sí, todo estaba bien.

Embarcamos a la hora prevista. Recorrimos el túnel hasta la puerta de entrada al avión con ese hormigueo que siempre me acompaña cuando vuelo. El rumor de los motores reverberaba en mis oídos. La azafata, tan delgada que su rostro parecía tallado en plástico, nos sonrió y nos indicó nuestros asientos. Dejamos atrás la primera clase y nos sentamos en la misma fila, pero al otro lado del pasillo, que una pareja joven que hablaba en voz baja. Dos niños entraron corriendo por el pasillo, persiguiéndose. La madre trataba de calmarlos desde las primeras filas. Me senté junto a la ventana, miré afuera. El aeropuerto se extendía como una manta de hormigón sobre el paisaje. A lo lejos un avión se desplazaba velozmente, con la clara intención de remontar el vuelo. Mientras tanto un sobrecargo se colocó en las primeras filas y se dispuso a realizar el ritual del chaleco salvavidas. La mayoría de los viajeros no le prestó atención, los niños le observaron fascinados. Me pregunté si a aquel tipo tan estirado le irían los tíos.

La voz del capitán brotó de los altavoces. Una voz serena, clara. A veces pensaba que una cualidad obligatoria en un piloto comercial, más allá de sus habilidades para controlar el avión o dominar varios idiomas, debía ser una voz relajante. De esas que oyes en los anuncios de televisión. No creo que pudiera permanecer en el interior de un avión en el que las voces que surgieran de los altavoces invitaran al histerismo.

Se encendieron las luces que nos indicaban que nos abrocháramos el cinturón. La prohibición de fumar ya había pasado a la historia hace años. El avión empezó a moverse y yo, inconscientemente, apreté la mano de Javier. Él me miró.

—No va a pasar nada —dijo—. Todo va a ir bien, Carlos.

—No lo sabes —respondí.

—Te lo prometo —dijo—. Te lo prometo.

Cerré los ojos. Sí, todo iba a ir bien. Javier tenía razón. Me agarraría a su promesa como si fuera mi última oportunidad. No podía ocurrirnos nada malo. No podía faltar a su promesa.

13

Estamos sentados en un bar, en un reservado en la esquina más oscura de este tugurio de Londres. Nos han servido dos pintas de cerveza negra. Yo ya me he terminado la mía, Javier apenas ha tomado un sorbo de la densa espuma que pugna por saltar de su vaso. Veo pasar al camarero y llamo su atención: otra pinta, por favor. Me hace un gesto con la mano. ¿Dos? No, solo una. Por favor. Me vuelvo y miro a Javier. Tiene la mirada perdida, fija en un punto más allá de mi cabeza. Apoya su barbilla sobre las manos cruzadas, los codos sobre la mesa. Entre ambos codos descansa la cerveza. Nos han colocado un platito de metal con unos cacahuetes, pensarán que somos monos. Javier lleva toda la tarde sin hablar. Yo también. Solo le miro y espero que él me mire, que responda a mis acercamientos. Extiendo una mano sobre la mesa. Este tipo de cosas solemos controlarlas cuando estamos en Madrid. Tocarnos en público. No queremos escandalizar a nadie. Javier ni siquiera se percata de la cercanía de mis dedos. Sigue absorto en sus pensamientos. Me aterra.

Hace unas horas que volvió. No sé cómo llegó hasta el hotel. Quizá le trajeron en coche, a lo mejor lo eyectaron de la nave alienígena y aterrizó en la azotea. No lo sé. No ha querido contarme nada. Se ha sumido en un mutismo incómodo. A pesar de ello ha aceptado salir a dar un paseo, a tomar una cerveza. Creo que era lo mejor. Cuando llamó a la puerta del cuarto y le abrí la puerta estuve a punto de echarme a llorar. Aquello no era Javier. He tardado unas horas en comprender que sí era él, que no estaba en una versión amariconada de *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Le he preguntado que si le apetecía que nos diéramos una ducha antes de salir. Juntos. Ha negado con la cabeza. Se le veía tan agotado. Tan derrotado.

Ahora, frente a mí, sin prestarme atención, semeja un cadáver reanimado, un vivo al que le han robado el alma y se mantiene en pie por medios artificiales. Quizá estoy dejando que mi imaginación

se apodere de mi cordura. Quizá. Javier está tan cambiado. Siento ganas de abrazarle, de decirle que llore sobre mi pecho, y al mismo tiempo me repugna, siento deseos de abofetearle. ¿Qué coño le han hecho allá arriba? ¿Qué coño le han hecho?

—Javier —digo.

Me mira. Cuánta tristeza anida en sus ojos. Te podrías perder en ellos y no volver nunca a la superficie. Cuánto dolor. Quiero decirle que no pasa nada, que todo está bien. Sin embargo callo.

—A veces —dice, me mira—, a veces las respuestas que obtenemos no corresponden con las preguntas que formulamos.

—¿Qué cojones significa eso?

Esto no es una conversación. Ya no me está mirando. Yo estoy cabreado. Puedo ser muy injusto cuando estoy nervioso. Y Javier me está poniendo muy muy nervioso. Mucho. El camarero me trae la cerveza. Le doy las gracias mecánicamente, bebo un trago. Está templada. Echo de menos la cerveza helada de los bares de Madrid. Será de peor calidad pero la prefiero. Javier da un sorbo de la suya. ¿Es una sonrisa esa mueca demente que trata de formar en su rostro? Señor, señor, cómo has permitido que le hagan… lo que sea que le han hecho.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —pregunto.

Javier bebe otro trago de su cerveza. Un trago largo. Mientras bebe me mira. Deja el vaso sobre la mesa con suavidad. Sonríe. Es una sonrisa torva, malsana. Desagradable.

—A su debido tiempo —dice.

Debería alegrarme, al menos habla. No lo logro.

—Mañana tengo que volver —añade.

Siento un escalofrío que me recorre la espalda. He estado a punto de dejar escapar un grito, la cerveza me ha ayudado a evitarlo. No sé si habré podido controlar el pánico en mis ojos. Javier no da síntomas de haberse percatado de ello.

—No te preocupes —dice Javier—. De verdad. Mañana debo volver y después nos marcharemos a casa.

—Estoy preocupado —digo.

—Lo sé. No va a ocurrir nada malo. De verdad. Solo debo volver allí arriba una vez más. Después… después te lo contaré todo, Carlos. ¿Sabes por qué? Porque alguien tiene que contarlo, y ese alguien, cariño, eres tú.

Y, de alguna extraña forma, sé que, como siempre, tiene razón.

14

Javier se ahorcó una mañana de Agosto.

Hacía calor aquel día, ese calor sofocante que solo los gilipollas que vestimos de negro todo el año podemos apreciar. Toda la ropa se me pegaba al cuerpo, sudaba y no sabía qué hacer para evitar que el sudor resbalara por mi rostro. Estaba incómodo y me sentía especialmente sucio. Habíamos discutido varias veces esa semana, habíamos estado sin hablar todo el día. Cada uno sentado en un lado del sofá. Mirando la tele sin verla. Navegando por Internet con el iPad. Preparé una ensalada para cenar y la tomamos en silencio. Ni siquiera recuerdo por qué discutimos. Cuando nos acostamos las cosas habían mejorado lo suficiente para que me permitiera abrazarle. Me hubiera gustado mostrarme más atento, preocuparme por cómo estaba afrontando sus problemas. No lo hice, me quedé dormido y me desperté a la mañana siguiente solo. No era algo habitual, pero tampoco me lo tomé a mal. Era sábado, pensé que habría ido a dar un paseo. O quizá a comprar algo para desayunar y darme una sorpresa.

El agua de la ducha por fin volvía a salir caliente. Habíamos estado hablando con el casero para solucionar el problema del calentador eléctrico, y en vista de su dejadez al final habíamos optado por comprar uno. Ya hablaríamos más adelante de cómo nos lo pagaría. Si era necesario cuando nos marcháramos del piso, algo que habíamos hablado alguna vez, nos los llevábamos. Faltaría más. Tengo la imagen de mí mismo duchándome. Lo veo en mis recuerdos como si estuviera fuera de mi cuerpo, uno de esos jodidos viajes astrales. Supongo que prefiero verlo así, como si no fuera yo el que se masturbaba bajo el agua mientras Javier se ahorcaba. Nunca sabes lo que va a ocurrir mientras tienes tus genitales en las manos.

Después de ducharme fui a la cocina vestido únicamente con unos calzoncillos de Javier y me preparé un desayuno. Una taza de leche con cereales, unas magdalenas. No llegué a tomármelo, no

todo. Preparé la mesa como hacíamos habitualmente y esperé unos minutos. Quería hacer tiempo hasta que Javier apareciera, no quería discutir otra vez. Paseé por la casa, ordenando al azar revistas y papeles. Cambiando de sitio el teléfono móvil, el mando de la televisión. Saqué otra taza limpia para Javier y terminé el cartón de leche. Todo excusas para no afrontar que Javier no aparecía. Fui al dormitorio y me senté en la cama. Nervioso. Incómodo. Fue entonces cuando vi el sobre en mi mesilla. Con mi nombre escrito en letras grandes. Carlos. Al lado del sobre había dejado el bolígrafo. Y las llaves de casa. No eran las mías, el llavero del niño con un corazón entre las manos se lo había regalado a Javier algunos días atrás. No sé si en ese instante intuí lo que estaba pasando, pero sí es cierto que ver las llaves allí me revolvió el estómago inmediatamente. Javier nunca salía de casa sin las llaves.

Grité su nombre un par de veces y le busqué por la casa. Una casa de treinta metros cuadrados. Lo busqué como si viviéramos en un castillo, como si tuviera que tardar horas en recorrer todas las estancias. Todo por no volver al cuarto, por no abrir el sobre. Creo que en aquel momento pensaba en un adiós. No en ese tipo de adiós, en uno más convencional. Como si aquella casa fuera en realidad mía, como si no le bastara con echarme a la puta calle. Miré debajo de la cama, abrí la puerta del armario. Las puertas de todos los jodidos muebles de la cocina. Incluso miré detrás del televisor. ¿Qué esperaba encontrar allí? No lo sé.

Volví al dormitorio, me senté en la cama, en su lado. El edredón estaba en el suelo. Nos habíamos peleado con él y habíamos perdido. Me froté los ojos, quizá quería forzar un llanto que tardaba en llegar. Cogí el sobre. No se había molestado en cerrarlo. Saqué la hoja que había en su interior. No había escrito demasiado, probablemente por si me despertaba. Apenas dos párrafos. Ni siquiera me decía a dónde había ido. Solo me decía que no iba a volver. Nunca. Que nada de esto tenía sentido. Ni lo nuestro ni lo de ellos. Los alienígenas. Me sentí incómodo al ver involucrados a los alienígenas en un momento como aquel. Incómodo no. Me sentí cabreado. Como una mierda. Fue una sensación terrible. Estaba leyendo cómo Javier tiraba nuestra relación por la alcantarilla y los hijos de puta de los alienígenas estaba allí para compartirlo.

Hice la hoja pedazos y la tiré al cubo de la basura.

Lloré como una niña pequeña a la que sus padres le niegan otro episodio más de Dora la Exploradora. Una rabieta de marica consentido. No, ahora que pienso en ello, en ningún momento pensé que algo malo le había sucedido. Era tan egoísta, pensaba tanto en

mí que lo único que se me ocurrió pensar fue cómo podría hacerme cargo del alquiler completo.

Tardaron más de quince horas en encontrarlo. Lo curioso es que no se había escondido, no al menos conscientemente. Se había limitado a coger el tren hasta Aranjuez y después se había internado en la zona de los restaurantes de verano, esos que tienen parrilla y una zona de juegos con columpios y demás para tener a los niños entretenidos. Había buscado un árbol resistente, de esos achaparrados y obesos, y se había colgado de una de las ramas. Lo tenía todo preparado. En la mochila llevaba la cuerda que había comprado el día anterior en el Leroy Merlin. No había acudido al trabajo, yo no podía saberlo. Durante todo el día había trabajado en su muerte y yo había sido completamente ajeno a ello. Me sentí dolido, claro. Rebajado, ninguneado. No tenía ninguna razón para sentirme así, Javier estaba muerto y eso era mucho más importante que ninguno de aquellos sentimientos egoístas, absurdos. Quise sentirme de otra manera, quise valorar su suicidio con entereza. No pude. Cuando me lo comunicaron grité como una loca y le insulté y rompí cosas que ambos habíamos compartido. Los agentes de policía que habían acudido a mi casa tuvieron que tranquilizarme empleando cierta violencia. Después un médico que no sabía de dónde había salido me dio una pastilla para que me relajara. Me dijeron que habían llamado a sus padres, les pedí que no llamaran a los míos.

Mientras trasladaban el cuerpo sin vida de Javier al tanatorio yo roncaba en el cuarto.

Sentirme culpable no tendría sentido a estas alturas.

No acudí al velatorio, no estuve en el entierro ni en el funeral. Lo que hice fue comprar una maleta enorme, una Samsonite de color gris que tenía prácticamente mi altura, y metí en ella todo lo que consideraba que me pertenecía. Saqueé la casa de Javier antes de que volvieran sus padres y me señalaran con el dedo. No tenía ni fuerzas ni ganas de verlos. Solo quería escapar de allí. Cobarde, cobarde, cobarde. En la calle, con la maleta a mi lado, me sentí como un ladrón. Como un asesino. Cobarde. Pensé que no tenía ningún lugar a donde ir. Ninguno. Sin Javier no me quedaba nada. No podía volver a casa de mis padres, hacerlo sería un acto similar al que había decidido realizar Javier. Solo que a mí me llevaría años marcharme. Años de sufrimiento.

Recorrí las calles con la maleta detrás. Era tan grande que me hacía pensar que dentro llevaba un cadáver y, de alguna forma, así era. Me llevaba a mi amor conmigo. Al ser humano que más me

había querido, al único que había correspondido. Decidí hundirme aún más y entré en el metro. Un billete a ninguna parte. Sentado en el vagón, mirando pasar las estaciones, las personas. Sin rumbo.

Decidí que nada de lo que yo hiciera cambiaría el mundo. Decidí lo contrario.

Y cuando el vagón se detuvo y bajé a la estación, supe que solo había una cosa que podía hacer, algo que había estado retrasando durante demasiado tiempo. Y supe que al hacerlo mi historia ya no sería mi historia, y que debería ser contada a través de los ojos de otros. Y que después podría retomarla y dotarla de sentido. Así debería ser.

Segunda parte

Laura

1

Estoy tranquila. Eso es lo que importa. Estoy relajada. Permanezco sentada en el sofá, con los ojos cerrados, ajena a conversaciones, a presencias. Tranquila. Siento mi respiración invadiendo mi cuerpo con suavidad, sin ánimo de causar dolor. El picor en la nuca se intensifica. A pesar de ello no abro los ojos. No me muevo. Sé que este instante no durará mucho, sé que antes de lo que deseo seré interrumpida y tendré que volver a la realidad.

A ser quien soy.

A ser Laura.

Respiro una vez más, retengo el aire en mis pulmones uno, dos, tres, cuatro segundos. A mi alrededor las conversaciones se recrudecen. Oigo algún grito aislado, sofocado con palabras cariñosas. Puedo imaginarme a la enfermera acariciando la mano del paciente, al resto contemplando con una mezcla de miedo y orgullo por no ser ellos los que son reprendidos. Dejo que el aire salga de mi cuerpo y abro los ojos cuando noto una mano en mi hombro.

—¿Laura? ¿Te encuentras bien?

Es la nueva. Ahora tendría que dedicarme unos minutos a explicarle qué soy, por qué hago esto. Pero ya no tengo la misma paciencia que antes. No, desde que soy una prisionera en mi propio cuerpo medicado me limito a portarme bien, a aceptar las cosas tal y como son. A tratar de quererme y querer a los demás. Sin esperanzas, sin dudas. Tranquila.

—Estoy bien —digo—. Solo pensaba.

—Ah, perdona. Me habías preocupado.

Asustado. La palabra que busca es asustado. No voy a corregirla. Nunca lo hago. Lo que aprendes aquí dentro con el tiempo es que siempre estás equivocada. Siempre. Sonrío. Me estiro como una gata en celo. Sonrío más. Cuenta hasta diez antes de decir cualquier otra cosa. No rompas la rutina. Tranquila.

—¿Puedes venir un momento? —dice.

Diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Parpadeo. Tres. Dos. Uno.

—Claro, voy.

Y la sigo. Recorremos un pasillo de paredes blancas, dejamos atrás el cuarto de juegos. Ella lleva zapatillas de goma, yo las que nos proporcionan en la residencia. Los pasos suenan amortiguados. Es agradable. Como pasear sobre neumáticos pintados de blanco. Las paredes también son blancas. No hay cuadros. Solo pulsadores. Y un extintor. Nunca me había fijado en él. O lo había hecho y lo he olvidado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —me pregunta.

No quiero responder. Tengo que hacerlo. Si me comporto de forma desobediente se enfadan. No me pegan, no me castigan. Solo modifican mi medicación y duermo más. Aunque eso no es dormir. A veces creo que por las noches entra gente en mi habitación. Antes lo decía, ahora prefiero mantenerme callada. Dos. Uno.

—Años —digo—. Te acostumbras.

Ella se detiene, me mira. Sonríe. Tiene una sonrisa bonita. Si te fijas en ella puedes intuir que le falta una pieza, una muela. Casi no se nota, pero el hueco está ahí. La imagino ahorrando para el implante. Pluriempleada. Aquí no puede ganar lo suficiente. Nos hemos detenido frente a la garita de seguridad. Dentro dos hombres uniformados —grises, negros, rojos sangre— simulan no advertir nuestra presencia. En el reloj digital instalado sobre sus cabezas veo las cifras cero uno uno cero. Pronto será la hora de comer.

—Tienes visita —dice.

Tienes visita. Nueve. Tienes visita. Ocho. Tranquila. Siete. Qué inesperado. Seis. Tienes una visita inesperada. Tranquila. ¿Cómo se llama esta enfermera? Ni siquiera conozco su nombre. Uno.

—Qué sorpresa.

Ella sonríe de nuevo. Llama a uno de los hombres de seguridad. Es gordo. Calvo, pero con perilla. Tiene unos ojos azules enormes. No parece buena persona. El otro es más joven. Callado. Ni siquiera levanta la cabeza cuando su compañero sale de la garita. Con una tarjeta magnética abre la puerta. Chak. Así suena el chasquido de apertura. Chak. El hombre de seguridad va armado.

—Vamos, por aquí —nos dice a ambas, y le seguimos.

Esta parte de la residencia la frecuento menos. Solo cuando salimos al exterior. Cuando salimos al jardín utilizamos la parte de atrás. Esto conduce a la entrada. Antes de girar por un pasillo a la derecha puedo ver la puerta de entrada. Blanca. Acristalada. Una de las hojas abierta. No llegaría a ninguna parte. Aunque lo lograra,

¿dónde iría?

Me llevan a la sala de visitas, me dicen que me siente. La enfermera se sienta a mi lado. La butaca es cómoda. Se abre una puerta al fondo. Mi visita entra. Dieznueveocho7654321. Carlos.

Carlos.

Mi hermano.

Mi hermano pequeño.

Inmediatamente pienso en mis padres. Los veo pequeños en mi cabeza, como si estuvieran muy lejos. En lo alto de una colina. Despidiéndose con un gesto de la mano. Mis padres me trajeron aquí, me abandonaron. Desde que lo hicieron no han vuelto. Mi hermano tampoco. Y ahora está aquí, frente a mí. No sonríe. Lo agradezco en silencio. Cierro los ojos. Inspiro. Expiro. Tranquila.

—Hola, Laura. Supongo que esperabas a papá y mamá. Lo siento.

Diez. No tiene buen aspecto. Parece triste. Envejecido. Durante un instante pienso que quizá sabe. Quizá ha comprendido. Reprimo esa idea, la destruyo. Nadie quiere que hable de ello. Nadie quiere oírlo.

—¿A papá y mamá? —respondo.

Me sorprendo. No pensaba que sería capaz de mantener una. Conversación. Normal. Con. Alguien. De. Mi. Familia. Y lo estoy haciendo. Hablo con naturalidad. Puede que incluso sonría. Es Carlos. Tanto tiempo sin verlo y lo primero que hace es hablar de nuestros padres. Y disculparse. Le aprecio. Antes le quería.

—Vienen todas las semanas —dice Carlos.

—No. No han venido nunca. Tú tampoco —respondo.

No he contado. Lo he dicho con rabia. Me duele que me mienta. Quizá no lo hace, quizá simplemente ignora la realidad. Papá y mamá no han vuelto jamás a la residencia. Veo en su mirada de sorpresa que no lo sabía. Tan independiente, tan inocente. Veo más cosas en sus ojos. Miedo. Tristeza. No quiero hablar con él. Sé que lo que va a decirme no me va a gustar.

—Maldita sea. Mierda mierda mierda —dice.

—No digas tacos.

—Joder, Laura, joder. No lo sabía, te lo juro. Lo siento, lo siento muchísimo. Siento no haber estado aquí. Yo… siento… todo. Lo siento, por todo.

Me mira. Parece a punto de llorar. ¿Qué espera que diga? No lo sé. ¿Quizá quiere que le perdone? ¿Por qué debería hacerlo? Cierro los ojos. Inspiro. Espiro. Abro los ojos. Sigue allí, frente a mí. Me mira con curiosidad. Con lástima. Como si supiera algo de mí que

yo no sé. Qué pretenderá saber. Ni siquiera se conoce a sí mismo. Diez. Nueve. Ocho. Siete. Espera. No quiero hablar. No quiero saber nada. Me levanto. Él salta de su asiento, me coge el brazo.

—Disculpe —dice la enfermera—. Si ella quiere marcharse, no puede retenerla.

Sin soltarme el brazo él mira a la enfermera. Después me mira a mí.

—Por favor —dice.

No me suelta.

—Por favor —repite—. Te diré lo que tengo que decirte, después me marcharé.

Le miro. Me siento. Miro a la enfermera y le sonrío. Ella sonríe a su vez. Tarda unos segundos en advertir lo que le estoy diciendo. Deja de sonreír, se levanta.

—Os dejaré unos minutos solos. Estaré detrás de la puerta. Llamadme si me necesitáis. Cualquiera de los dos.

Y se marcha y nos deja solos. Los dos hermanos frente a frente. Hace tantos años que no estábamos juntos. Que no estábamos solos.

—Escucha, Laura. Seré breve. Voy a marcharme. Voy a buscarlos. Javier me dejó… un libro. Un diario. Lo tengo en la maleta. Lo he leído y he comprendido muchas cosas, Laura. Muchas cosas. No estás loca, el loco era yo. Estaba ciego. Sigo ciego pero ahora quiero ver. No sé si me entiendes, no sé qué tipo de medicación te dan en este sitio. Deja de tomarla. Márchate. Estoy seguro de que entiendes lo que te digo. Ellos saben que algunos de nosotros hemos empezado a comprender lo que pasa, que vamos a luchar. La resistencia existe. Y algunos de ellos están con nosotros, Laura.

Sigue hablando durante unos minutos más, luego calla. Me mira. Imagino que espera una respuesta por mi parte. Una señal.

—Vale —digo, y él deja caer la cabeza, se cubre el rostro con las manos.

—¿Sabes lo más raro de todo, Laura? Que lo que más echo de menos no es la presencia de Javier a mi lado. Lo que más echo de menos es el primer álbum de cromos que me regaló el abuelo.

Diez. Nueve. Ocho. Cierro los ojos. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Cero. Menos uno. Menos dos. Abro los ojos. No hay nadie. Estoy sola. En mi regazo descubro un libro. Tapas negras, pequeño. No es un libro, es una libreta. La abro. Letra apretada, escrita con bolígrafo. Tinta de color azul. Un diario. De Javier. Carlos me lo ha dejado y se ha marchado. Así, sin más. Oigo cómo la puerta se abre a mi espalda. Sin saber por qué, me guardo la

libreta en el bolsillo de la bata. La enfermera entra. Me mira a los ojos.

—¿Todo bien, Laura?

Sí, todo bien. Eso es lo que quiero decir. Pero estoy nerviosa. Tranquila, Laura. La enfermera interpreta mi silencio a su manera. Me sonríe, me toma de la mano.

—Ya se ha marchado, Laura. ¿Todo bien?

Necesita una respuesta. Necesita una respuesta correcta. Las palabras adecuadas me devolverán a mi cuarto, a la tranquilidad de mi cuarto. Podré dejar el libro en el cajón de la mesilla. Nadie abre el cajón de mi mesilla. O quizá lo deba guardar en el armario. No lo sé. No lo he leído. Tendré que leerlo para valorar qué hacer con él. Dos. Uno. Cero.

—Todo bien. ¿Queda mucho para comer?

La enfermera sonríe.

Era la respuesta correcta.

2

Estoy en mi cuarto. Es de noche. Han apagado las luces hace una hora. Nos dejan encender las pequeñas lámparas de las mesillas de nuestros cuartos. No les importa que tardemos más en dormir. No les importa que no durmamos en absoluto. Nos prohíben salir del cuarto. Las puertas no están cerradas con llave, pero un hombre de seguridad recorre los pasillos por la noche. Y una enfermera de guardia. Tampoco podemos hacer ruido. Al menos no demasiado. A veces se oyen alborotos, luego gritos. Luego nada. A la mañana siguiente, en la sala, alguien está como ido. Como los demás pero peor. No logran enfocar la mirada. Están como muertos en vida. A mí nunca me ha pasado. No descarto que algún día me ocurra.

Es de noche. Debería estar durmiendo. No puedo. Enciendo la luz. Todo está en silencio, el clic de la luz me sobresalta. Clic. Clic. Apago y enciendo. Miro al techo. Abro la boca. Con cuidado introduzco los dedos bajo mi lengua, saco la pastilla. No sé por qué lo he hecho. Quizá por lo que dijo Carlos. He decidido probar. A ver qué pasa. Javier. No sé quién es. Está muerto. Eso dijo Carlos. Es importante para él ese hecho. Javier era importante para él. ¿Su pareja? A Carlos siempre le gustaron los chicos, desde muy pequeño. Hacía mucho tiempo que no pensaba en mi hermano, que no recordaba cómo era. Mi hermano, mi familia. La pastilla se deshace en mi mano. Es azul, azul brillante. Parece un trozo de plástico fundido, pero no quema. Abro el cajón de mi mesilla. Saco un pañuelo de papel, envuelvo la pastilla, lo dejo de nuevo en el interior del cajón. El corazón me late desbocado. Diez. Tranquila.

Cierro los ojos. Descubro los sonidos de la noche, los sonidos que siempre están ahí. El rumor amortiguado de la televisión que procede de la garita. No debería ser capaz de oírlo, pero ahí está. Debe propagarse por el pasillo como el humo de un incendio. Seis. Inspiro. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Espiro. Tranquila.

Sé que si repito las cosas una y otra vez lograré calmarme. El corazón ya no quiere reventar en mi pecho. Todo está bien. Es la

primera vez que no me tomo la pastilla. Es la primera vez que no obedezco. Recuerdo vagamente que los primeros días fueron así. Luché contra todos. Contra mí misma. Pero desde hace muchos años me he limitado a hacer lo que me decían. ¿Por qué he desobedecido? ¿Ha sido porque Carlos me lo ha pedido? Carlos. Pobre niño perdido.

Aparto la sábana, la manta que me cubre. Llevo un pijama blanco. Ropa interior blanca. No permiten ropa interior de otro color. No quieren que nos vistamos como putas, me dijo Lidia una vez. Lidia es una mujer mayor que se sienta a ver la televisión por las tardes. No habla con nadie, habla sola. Dice cosas como lo de las putas. Dice también cosas como malditos médicos os voy a joder a todos la vida malnacidos hijos de mala madre. No le prestamos atención, pero dice cosas a veces que tienen importancia. Lidia me dijo una vez que no tomara esas pastillas. Ella a veces no lo hace.

Me levanto, abro la mesilla. Dentro está la libreta de tapas negras. La miro, la cojo. Una cinta elástica negra evita que se abra. Por detrás tiene unas letras grabadas. Moleskine. Retiro la cinta elástica. Abro y leo la primera hoja.

Este diario pertenece a Javier. Mi mute pona.

Javier. Solo es un nombre. Sin embargo sé que significaba mucho para Carlos. Tener en mis manos su diario me asusta. Me revelará su vida. ¿Por qué Carlos quería que me la revelara? Da miedo conocer a otras personas a través de sus palabras. Cierro la libreta, la guardo de nuevo en la mesilla. Me siento en la cama. Sé que tengo que leer este diario, sé que cuando lo haga me romperé por dentro. Ahora soy cristal. Esto me quebrará, me hará pedazos. Mi hermano quería que ocurriera. ¿Es suficiente? ¿Es suficiente su deseo para romperme? Me tumbo en la cama, sobre la manta, sobre la sábana. Extiendo mi brazo y apago la luz. Mantengo los ojos abiertos, fijos en el techo.

Cuento.

Mil. Novecientos noventa y nueve.

3

Nadie se preocupa por mi medicación. Ni siquiera la nueva enfermera. Se limitan a entregarme el pequeño vaso de plástico. Como a todos. En el interior del vaso, dos pastillas. Una alargada, cilíndrica, azul celeste. Plástico desechable, brillante. Otra redonda, blanca, más pequeña. Se deshace en el agua. Nos dejan el vaso en la mano. Algunos se levantan en ese mismo instante y se sirven agua de la máquina y se toman sus pastillas. La máquina tiene un depósito de dieciocho litros y medio. Una gran botella invertida de plástico azul. Cuando sale el agua brotan de su boca burbujas. Es ruidosa. Relajante. Me gusta contemplar cómo los demás toman sus pastillas. Soy siempre la última. O una de las últimas. A nadie parece importarle. Por eso nadie me pregunta, nadie me presta atención, cuando me limito a guardarme las pastillas en el bolsillo. Da miedo. Pero estoy tranquila.

He empezado a sudar. Imagino que se trata de un daño colateral. Un efecto secundario provocado por la ausencia de medicación. Sudo mucho y sé que solo puedo ducharme una vez al día, por la mañana. Tendré que procurar sudar menos. Si es posible. No es el único efecto que he notado. El más llamativo de todos es, sin duda, que he recordado una palabra.

Alienígena.

Durante los últimos años las pastillas han logrado que mi mente no recordara esa palabra. Que borrara por completo las implicaciones que tiene. Todas. Tranquila. Me tiemblan las manos. Tamborileo con los dedos sobre la mesa. Un enfermero se acerca.

—¿Te encuentra bien, Laura?

Diez.

—Sí.

Nada más. Monosílabos para retener la cordura. El enfermero me sonríe, se marcha. Atiende a otro paciente. De pronto siento la necesidad de ver mi rostro en un espejo. Me levanto, me dirijo al pasillo. Me intercepta otra enfermera.

—¿Dónde vas, Laura?

—Al servicio —respondo sin pausa, sin pensar, sin miedo, sin dudar.

Ella asiente, vuelve a su puesto. Una silla de plástico blanca pegada a la pared. Debe ser incómodo. Ella no lo manifiesta. Está maquillada. Levemente, pero lo está. Algo en mi mente me dice que está prohibido maquillarse en la residencia. ¿Solo es la norma para internos? Me paro al llegar al pasillo, me vuelvo. Necesito contar. Contaré el número de internos reunidos en la sala. Soy como el Conde Draco. Una enferma mental. Soy consciente de mi patetismo y me dirijo al baño. Me pregunto si las pastillas encubrían todo esto. Entro en el cuarto de baño, enciendo la luz. No hay puerta en la entrada. Sí en los cubículos, cuatro, que sirven como servicio, pero no tienen pestillo. Debes confiar en que nadie abrirá la puerta. No suele ocurrir. Me acerco al lavabo. Me miro en el espejo. No es un espejo de cristal. Está fabricado en plástico y el reflejo está levemente distorsionado. Aún así mi imagen me aterroriza. Ojos hundidos, ojeras pronunciadas. Pelo demasiado corto. Los labios apretados en expresión de rabia. Tengo que relajar el rostro. Así. Buscar una sonrisa. Una sonrisa real.

Es difícil sonreír ante un espejo cuando lo que ves no te gusta.

¿En qué me han convertido? ¿En qué me he convertido? La imagen del espejo me contempla con tristeza. Sin embargo no encuentro piedad en su mirada. Solo firmeza. Me asusta descubrir la fuerza que poseo. Me han derrotado, me han convertido en esto que se muestra ante mí, pero puedo ver el orgullo. La fuerza. Me aparto del espejo, entro en uno de los cubículos, dejo la puerta entreabierta. Nadie me molestará. No tengo ganas de orinar, me siento sobre la tapa cerrada. Las paredes que me rodean son blancas. Miro al techo. Blanco. No sé si podré enfrentarme a todos los colores. Carlos quería que lo hiciese. Carlos, pobre Carlos. Trato de recordarte y me asusto cuando las imágenes llegan. Trato de no pensar en ti, pero me asaltan los recuerdos no deseados. Carlos.

Alienígena.

Esa es la palabra que no debo recordar, pero allí esta. Escondida entre los pliegues de mi cerebro, ahora visible. Eso es lo que soy para mí misma. Alienígena. Ya no formo parte de la humanidad. No de la manera en la que debería formar parte. Soy un monstruo. Pero si no hubiera monstruos, el mundo no cambiaría. Eso decía mi padre. Y si debo ser el monstruo, lo seré.

Alienígena. Repetirlo una y otra vez en mi mente no va a servir para que lo recuerde, para que lo comprenda. Para ello debo hacer

una sola cosa: leer el diario de Javier. Y debo hacerlo cuanto antes.

Después, no sé por qué aún, debo escapar de aquí.

4

Estoy en mi cuarto. Es de noche.

He encendido la luz de la mesilla.

Abro el diario de Javier.

Este diario pertenece a Javier. Mi mute pona.

Te pongo sobre aviso.

No quiero sonar melodramático, Carlos, aunque sabes que soy dado a caer en las garras del folletín más barato. En fin, me perdonarás estas primeras frases, pero me temo que si estás leyendo esto yo estoy muerto. No se me ocurre otra posibilidad, perdóname. Siempre llevo encima esta libreta y he dejado estas primeras páginas escritas con este mensaje para que sepas de qué va el tema. Si prefieres no leerlo, si prefieres cerrarlo y tirarlo, hazlo ahora mismo. Nada de lo que leas en estas páginas va a devolverme la vida. Nada de lo que leas aquí te va a ayudar a ser más feliz. Nada. No es un diario al uso, es un compendio de reflexiones acerca de la maldad. Del horror que convive con nosotros día a día. Es un libro en el que he volcado todo lo que he aprendido sobre ellos, Carlos. Sobre los alienígenas. Sobre esos seres que moran en naves nodriza del tamaño de un campo de fútbol sobre algunas de nuestras ciudades y nosotros pretendemos no verlos. Sobre su existencia innegable y sobre cómo afecta a nuestras vidas diarias.

Hablo sobre mi miedo. Sobre lo que deberíamos hacer para enfrentarnos a ese miedo.

No voy a hablar aquí de nosotros, Carlos. Sé que hay un nosotros y sé lo importante que es para ti, para ambos. Pero aquí quiero hablar de ellos, avisar a la humanidad de lo que está ocurriendo. Quizá no lo lea nadie nunca. Quizá no sirva para nada. A mí me ayuda a exorcizar mis demonios. Eso es suficiente.

Si no eres Carlos, querido lector, puede que sobre tu conciencia pesen dos muertes. No te lamentes. Lee el libro. Comprende lo que ocurre. Actúa.

No es tiempo para pusilánimes.

Miércoles

No, no hay fechas en este diario. No las necesitamos. Lo primero que debemos saber es muy sencillo: los alienígenas no son buenos. Mi mute pona *es una aberración. Lo segundo que debemos saber: no estamos solos. Los que luchamos contra ellos no estamos solos. Existe una resistencia, una fuerza que se enfrenta a esta invasión silenciosa. Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo. Eso decía Eduardo Galeano. Creedle. Por ahora no es posible tomar por la fuerza el control de esas naves nodrizas, pero sí se puede sembrar para luego recoger. La lucha debe ser activa pero oculta. De nada sirve mostrar abiertamente tu rechazo a los alienígenas si no quieres acabar encerrado en una residencia y atiborrado de pastillas de colores. Una azul, una blanca.*

Aquí me detengo. Una pausa. Siento una arcada. Es el pánico apoderándose de mi sistema nervioso. Tranquila. Hace dos días leer este texto no me hubiera provocado ningún tipo de reacción. Tranquila. Contaré desde sesenta. Cincuenta y nueve. Cincuenta y ocho. Extiendo la mano, dejo el diario en el interior del cajón de la mesilla. Cierro el cajón. Apago la luz. En mis ojos cerrados bailan pequeñas luciérnagas sin vida. Pienso en las palabras atrapadas en la Moleskine. En lo que necesitan transmitir. Pienso en ello y trato de dormir pero no lo logro. Quiero seguir leyendo. Quiero superar el miedo. Estoy sudando, no sé si podré hacerlo. Me quito la manta, la sábana. No sé qué hora es. No pretendo engañarme, no quiero saberlo. Oigo pasos fuera. Es el hombre de seguridad haciendo su ronda. Lidia nos ha dicho que una vez entró en su cuarto. No podemos creerla. No podemos.

Inspiro. Diecisiete. Dieciséis. Espiro. Quizá antes de leer este libro tendría que pensar en ti, Carlos. Recordar cómo eras. Cómo eran nuestros padres. Nuestra vida. Quizá recordando todo aquello pueda recordar quién soy yo. Todavía me siento vacía. Debo llenar ese vacío antes de continuar la lectura. Diez. Lo sé, te estoy defraudando. Pero no puedo. Todavía no. Necesito tiempo.

Y si algo tengo aquí dentro, es tiempo.

Abro los ojos. Todo está oscuro. Escucho los sonidos de la noche, dejo que me arrope la negrura. La oscuridad que empapa el cuarto es la oscuridad que emana del diario. Tengo miedo. Miedo de saber. Miedo de comprender, a través de esas páginas, quién soy. No

volveré a tomar una pastilla. No volveré a rendirme.

Tengo miedo.

Lo superaré.

5

Mi rostro se refleja en el espejo del cuarto de baño. Lo que veo me agrada. Mis ojos ya no son dos aspilleras, mi boca ya no persiste en su mueca de espanto. Hay cierta belleza en mis rasgos, una belleza que permite que aflore parte de mi antiguo orgullo. Soy yo, Laura. Nunca más una paciente.

Laura.

Se abre la puerta del cuarto de baño y entra Lidia, acompañada por una enfermera.

—Deja de mirarte como una boba en el espejo, niña —dice Lidia.

Sin pronunciar más palabras se va a uno de los cubículos y se sienta. Oigo cómo la orina repiquetea contra la loza. Debería sentirme incómoda. Antes no podía soportar esta invasión de mi intimidad. La enfermera, la mirada baja, espera a mi lado. Yo sonrío, me miro en el espejo. Me siento hermosa. No lo soy.

—Sal ya de una vez, pesada —dice Lidia cuando pasa a mi lado.

La enfermera se queda unos instantes más.

—¿Todo bien, Laura? —pregunta.

Me suena como una disculpa. Asiento, sonrío. Salimos juntas del cuarto de baño. Yo me siento a la mesa, junto a otros dos pacientes. Un puñado de cartas de la baraja española extendidas sobre la mesa. Las observo. El cuatro de copas. El seis de oros. El caballo de oros. Intento relacionarlas, trato de comprender qué simbolizan más allá del caos, de la casualidad. Viene otra enfermera con mi pequeño vaso de plástico, con mis pastillas.

—Toma. Devuélveme después el vaso vacío.

—Claro —digo.

Y cierro la boca de golpe. Pienso. Qué rápido respondo. Olvido mis pausas. Olvido mi tranquilidad. El sudor empapa mi frente. Estoy nerviosa, pero no es como antes. Puedo controlarlo. Puedo hacerlo. Tamborileo con mis dedos sobre la mesa. Paro. Cojo una carta al azar del resto que, amontonadas y boca abajo, descansan a mi lado. El siete de bastos. Se la enseño al paciente de mi lado.

Tendría que conocer su nombre, pero lo desconozco. Nunca me ha interesado. Solo sé cómo se llama Lidia. Me perturba. Me agrada. Me levanto, dejo las cartas sobre la mesa. Lidia está sentada en el sofá, viendo la televisión. Me siento a su lado.

—No hables mientras está la película —me dice.

Yo asiento. Miro al televisor. El volumen no está lo suficientemente alto para que pueda oírlo. No creo que Lidia pueda hacerlo tampoco. En la pantalla un hombre discute con una mujer. La hija, adolescente, los ve desde su cuarto. Tiene la puerta entreabierta y la cámara se detiene en esa puerta entornada, en los ojos de la niña. Las pupilas se dilatan, apenas oigo el grito. Después fundido a negro. Ahora panorámica de la casa, de noche, las luces de los coches de policía y las ambulancias bailan sobre la fachada. La hija, todavía más niña si cabe, está sentada en la acera junto a una mujer uniformada. Le han colocado una manta dorada sobre los hombros. A pesar de ello, tiembla. No puede ser de frío.

—No simules que te interesa, niña —dice Lidia—. Habla.

No sé qué decir. La miro y ella mira la pantalla. Las palabras se niegan a brotar de mi boca. Puede que sea miedo, puede que sea respeto, no lo sé. Me levanto, una enfermera se me acerca.

—¿Te has tomado la medicación? —me pregunta.

Niego con la cabeza, le muestro el vaso con las pastillas en su interior.

—Hazlo ahora, Laura. Tenemos que recoger los vasos.

Asiento, me acerco a la fuente. Lleno el vaso de agua pero las pastillas ya están en mi mano. En mi bolsillo. Me bebo el vaso, se lo llevo a la enfermera.

—Gracias —me dice.

Sonrío. Lo intento al menos. Vuelvo al sofá, junto a Lidia. No hablamos, nos limitamos a mirar la pantalla. Ni siquiera nos importa lo que sucede allí dentro, en esa caja que atrapa realidades y las distorsiona, esa caja que es una parodia de la vida. Allí un joven corre entre dos coches, se oculta. Le persiguen hombres armados. Hay buenos jóvenes y atractivos y malos, como siempre, vestidos de negro. Qué fácil sería una vida en la que pudiéramos identificarlos por el color de su ropa. Yo aquí siempre visto de blanco.

—Laura —dice el joven.

Sigue oculto entre los coches pero se ha vuelto y me está mirando. En realidad está mirando a la cámara. A mí no puede verme. Yo estoy en el mundo real. Él no.

—Laura —repite el joven.

Miro a Lidia. Ella no me presta atención. La escena la tiene enganchada. No aparta la mirada de la pantalla. No parpadea. Me incorporo en el sofá. Miro a mi alrededor. Todos están quietos como estatuas. En posiciones imposibles. La enfermera se ha detenido a mitad del movimiento de levantarse de la silla. Sobre la mesa flota una carta lanzada al aire que no ha llegado a caer. Me vuelvo. Miro al televisor. El joven me mira. A mí.

—Laura —dice por tercera vez.

—Sí —digo yo.

Le hablo al televisor. Los efectos secundarios de las pastillas han cortado el débil hilo que me mantenía atada a la cordura. Mala suerte.

—Escucha, Laura. Has dado los primeros pasos y los has dado en la dirección correcta. Estamos cerca, pero todavía no podemos presentarnos. Necesitamos que leas el diario. Que comprendas. Que creas.

Vuelvo a levantarme, a mirar a mi alrededor. Estoy atrapada en un fotograma, estoy hablando con una imagen en la televisión. De pronto siento la necesidad de volver a mi rutina. De tomar mis pastillas. De huir de aquí. Extiendo el brazo para tocar el rostro de Lidia.

—No —dice la voz, y me detengo—. No, no la toques. Solo siéntate de nuevo. Sentimos haberte molestado, dentro de poco lo entenderás todo. Nosotros todavía no sabemos cómo hacer las cosas, cómo hablar con vosotros sin romper esa secuencialidad que necesitáis. Discúlpanos.

—¿Vosotros? —pregunto.

Y maldita sea pero quiero contar otra vez. No lo hago. Solo tiemblo.

—Ellos. Nosotros. Los alienígenas —dice el joven de la pantalla —. Lo comprenderás. Esperaremos.

El tiempo suspendido vuelve a su ritmo normal. Soy consciente de pronto del silencio, de la ausencia total de movimiento del aire, del vacío que me rodeaba. Lidia parpadea, me mira.

—Esta película es una mierda —dice—. No entiendo una mierda.

—Yo tampoco, Lidia —respondo—. Yo tampoco.

6

Jueves

Hipótesis: los alienígenas no existen.

Debemos descartar esta hipótesis si queremos continuar con el estudio de estas criaturas que han invadido el cielo de nuestras ciudades. ¿Por qué lo planteo? Porque, en contra de todo lo que pudiera parecer, es factible. Las evidencias de su existencia no son tantas como parecen. Si buscamos evidencias físicas, estas se limitan a un puñado de libros publicados en un arco de apenas seis años. A pesar de todos mis intentos por localizar más literatura que refleje la existencia de estas criaturas no he hallado más que algo más de una docena, escritos principalmente en inglés. También tengo conocimiento de un volumen escrito en ruso, pero no he podido consultarlo. Tampoco me serviría de mucho ya que no puedo leer en ese idioma. Esta limitada presencia en la obra escrita es aún más pronunciada en la red. Apenas medio centenar de artículos, casi todos ellos meramente expositivos, desperdigados en redes sociales, foros abandonados y bitácoras olvidadas por todo el mundo. Ni siquiera ha sido ***trending topic*** *en Twitter, o al menos no he sido capaz de constatarlo. No hay presencia de los alienígenas en la Wikipedia. No hay una cátedra en ninguna universidad del mundo que haya sido creada para estudiarlos. Los aficionados al lenguaje artificial Toki Pona hablan en algunos de sus foros del uso del idioma por parte de los alienígenas, pero son pocas entradas y no reflejan apenas interés en el resto de la comunidad. Si acudimos a periódicos o programas de televisión hallamos imágenes de su presencia, noticias que los mencionan, algunas incluso relativamente recientes. Ninguna de ellas ha aparecido en la portada.*

¿Debemos pensar que toda la información ha sido manipulada? ¿Borrada? ¿Que existe una conspiración a gran escala que controla la presencia de los alienígenas en los medios, en nuestra vida diaria? ¿O es más fácil colegir que dichos alienígenas no existen?

He acudido a hemerotecas y archivos multimedia y he encontrado miles de fotos, miles de vídeos, que muestran las naves alienígenas desde

cientos de puntos de vista distintos. La mayoría de esas imágenes han sido tomadas por aficionados. También he visto el rostro y el cuerpo de varios de ellos. A pesar de lo que pueda parecer, el material que he encontrado es mínimo. Podemos descubrir la misma cantidad de fotos y vídeos en la red para un único partido de liga entre el Real Madrid y el F. C. Barcelona. Probablemente mucho más. ¿Dónde están guardadas todas las demás evidencias de la existencia de alienígenas en nuestro mundo?

Evidencia: setenta y siete naves flotan sobre setenta y siete ciudades distintas por todo el mundo.

Están ahí, nadie puede negarlo. He contactado con ciudadanos de muchas de esas ciudades que, como yo, están tratando de comprender qué le ha ocurrido a la humanidad. Hemos intercambiado material gráfico de todo tipo. Las naves están allí, en el cielo, a una altura que, por muy difícil de entender que nos resulte, no podemos determinar con exactitud. Alrededor de las naves, en ocasiones, vemos volar helicópteros de tráfico, aviones comerciales. Todos evitan en su ruta la presencia de la nave alienígena, lo que parece confirmar que temen una colisión contra la estructura. Incluso los pájaros evitan la zona. Nunca verás aves volando cerca de la nave, ni en los edificios cercanos. Lo que nos lleva al resto de la fauna. La mayor parte de los animales domésticos se sienten incómodos en presencia de los alienígenas. En la mayor parte de las ciudades las zonas bajo la influencia alienígena han sido evacuadas. Existen excepciones, como San Petersburgo, pero obedecen más a una necesidad social que a un verdadero análisis de la situación. En las ciudades con zonas evacuadas se puede constatar que apenas se advierte presencia de animales en ellas. No debería resultar sorprendente, pero si lo pensamos se trata de zonas que carecen de presencia humana. Ni siquiera existe una vigilancia de esos terrenos. ¿Por qué entonces no hallamos perros abandonados, o esos gatos callejeros que siempre están husmeando por todas partes?

Evidencia: bajo las naves la temperatura es distinta y no crecen las plantas.

He podido constatarlo yo mismo. He entrado en la zona de influencia en Plaza de Castilla y he comprobado que las condiciones que se dan no invitan a vivir allí. Además de la pérdida visible de luz solar bajo la nave el aire está enrarecido. Cuesta respirar. He entrado portando un contador Geiger casero, pero no he registrado ningún tipo de radiación. Me pregunto si alguien antes ha hecho lo mismo. Quizá otros como yo, movidos por la curiosidad, pero dudo mucho que se haya realizado un estudio científico promovido por el gobierno. De nuevo el secretismo, el desinterés. Si nadie se interesa por los alienígenas debe

existir una razón. Algo que justifique esa desidia, esa falta absoluta de interés por el suceso más relevante de los últimos tiempos. De toda nuestra existencia como humanidad. Sin embargo, nadie está interesado.

Nota: todos los encuestados son conscientes de la existencia de la nave si se les pregunta sobre ello.

Esto es importante. Esperando en los alrededores de Plaza de Castilla junto a mi pareja he visto que la mayor parte de los transeúntes parece no prestar atención a la nave. No miran al cielo, no la señalan. No muestran interés alguno. Sin embargo si se les pregunta sobre ella la observan con atención y mencionan detalles sobre su relación —distante, lejana— con los alienígenas. Parecen comprender que están ahí, pero no reaccionan con pasión cuando se les cuestiona su presencia en nuestro mundo. De hecho la mayoría lo ven como parte del decorado, como algo que siempre ha estado ahí y les ha pasado desapercibido por su manifiesta falta de importancia.

Pregunta: ¿Cómo llegaron hasta aquí?

No lo sabemos. Plantear que todas estas naves llegaron simultáneamente a la Tierra procedentes de otro planeta, de otra estrella, no se sostiene por ninguna parte. Si nos atenemos a la información recopilada, bien de hemerotecas y de material disponible en la red, bien directamente de otras personas interesadas en ciudades ocupadas, podemos concretar con precisión de minutos el momento en el que todas las naves fueron percibidas. Si todas ellas aparecieron simultáneamente en el cielo, ¿llegaron a nuestro planeta al mismo tiempo? ¿O siempre han estado allí y no las hemos advertido hasta un momento concreto? ¿Por qué? ¿Qué ha cambiado para que de pronto podamos contemplarlas en toda su gloria?

Hipótesis: Los alienígenas siempre han estado aquí.

Podemos valorar esta hipótesis desde el punto de vista alienígena. Ellos han mostrado siempre desdén por nuestra concepción lineal del tiempo. La necesidad de autoafirmación que nos hace ser lo que somos depende en buena parte de nuestra percepción del tiempo. De los recuerdos, del pasado. De los anhelos, del futuro. Lo que los alienígenas viven no es un continuo presente, sino una falta absoluta de progresión temporal. Desde ese punto de vista, siempre han estado aquí. Somos nosotros los que hemos cambiado, no ellos. Somos nosotros los que de pronto hemos sido conscientes de su presencia. ¿Por qué?

Hipótesis: los alienígenas han manipulado nuestras mentes.

Pendiente desarrollarlo.

7

Nos han dicho que vamos a salir. Por cómo nos lo han transmitido es evidente que era una salida programada, pero no la recordaba. Mi mente, aunque está más despierta que hace unos días, muestra amplias lagunas de memoria cuando trato de recordar mi vida anterior, cuando las pastillas me mantenían con vida. La salida se limita a llevarnos al parque. A dejarnos sentados en bancos en un parque, aprovechando que estos días son fríos, que no habrá niños que puedan sentirse incómodos. Que se asusten. Tengo la sensación de que hemos hecho algo así en el pasado, pero no puedo concretarlo. Veo imágenes de columpios cubiertos de hojas húmedas, de toboganes con tierra mojada desperdigada por todas partes. Quizá lo imagino, quizá no ha ocurrido nunca.

Siento cierto miedo ante esta salida. No recuerdo haber estado fuera nunca. Sí lo he estado, sin duda, pero no era yo. No era esta Laura. Las enfermeras nos sonríen mientras nos acompañan a nuestros cuartos, nos sugieren qué ropa debemos ponernos. En mi armario no hay muchas posibilidades entre las que elegir, pero todas mis ropas huyen del blanco como la peste. Odio el blanco. La enfermera que me acompaña me sugiere un vestido verde, una blusa gris, una chaqueta verde a juego. Me gusta. Me quito las ropas blancas de la residencia y me visto con rapidez. Soy la primera en salir y me dicen que espere en la sala. Me siento a la mesa, alguien ha desplegado las piezas blancas sobre un tablero de ajedrez. Las negras todavía están en la caja. La televisión está apagada. Es hora de marcharse.

Poco a poco aparece el resto de internados. Cada uno de ellos ha escogido su ropa, formando un caleidoscopio enfermizo que marea con solo mirarlo. Me sorprende comprobar que soy la única que parece cuerda en este grupo. Debe ser así. Nos alineamos en el pasillo, cerca de la garita de seguridad. Desde mi posición puedo ver cómo manipulan su tablero de mandos para abrir la puerta. Uno de los agentes de seguridad, el más alto, el amable, nos invita a salir

con una sonrisa mientras mantiene la puerta abierta. Salimos en fila, uno a uno, en silencio.

—Hasta luego —digo cuando paso junto a él.

Se vuelve, borra su sonrisa. Debo aprender a mantener la boca cerrada, es lo que esperan de mí. Nada de hablar, nada de parecer demasiado despierta. Tengo que aprender.

En la puerta de entrada nos espera la comitiva que nos acompañará. Somos en total casi veinte personas entre internos y cuidadores. Cuando la puerta se abre y salimos al patio, al jardín, el aire frío de la mañana me llena de vida. A punto estoy de abrir los brazos y salir corriendo entre las flores. Me limito a arrebujarme más en mi chaqueta verde y caminar siguiendo la fila. Todos nuestros acompañantes sonríen y nos hablan con cariño, con frases amables. No creo que ninguno de ellos pueda tener en mente la idea de que uno de nosotros pueda pretender aprovechar esta salida para escapar. Yo no paro de darle vueltas. Sí, es un buen momento. Es una excelente oportunidad. Sin embargo sé que no voy a hacerlo. Debo terminar el diario. Lo he dejado en la mesilla, tengo que volver a la residencia para leerlo entero, para comprenderlo. Para saber qué es lo que me está ocurriendo.

Avanzamos por la acera en fila de a dos. Es estrecha, hay farolas, nos paramos cada pocos metros. La calle desemboca en otra más grande, más amplia. En una plaza enorme, una rotonda donde los coches dan vueltas como si fuera un tiovivo. Desde donde estamos puedo ver un puente que cruza sobre una carretera. Una fuente. Un descampado con una valla y, junto a la valla, la linde de un parque con sus bancos de madera oscura. Allí nos dirigimos. Ahora ya se oyen las primeras conversaciones, las risas. El día promete ser memorable. Yo sigo pensando en vías de escape, no puedo evitarlo.

Entramos en el parque. Aquí corre más el aire, siento frío. Muchos lo sentimos. Nadie se queja. Veo a los primeros corretear entre los columpios. Nuestros acompañantes les llaman la atención, pero lo hacen con desgana. No quieren que las cosas se tuerzan nada más empezar. Lidia me coge de las manos y bailamos dando vueltas y vueltas y vueltas mientras ella ríe como una loca. Como una loca. Sonrío ante mi propia ocurrencia.

Al cabo de unos minutos me siento en un banco. El resto se desperdiga por el parque, por los aledaños, siempre vigilados atentamente por la gente de la residencia. Nadie se siente incómodo, excepto yo. Y no sé por qué me siento así. Cierro los ojos.

—Laura.

Abro los ojos. Una enfermera se ha sentado a mi lado. No era su voz. Ni siquiera me presta atención. Miro al cielo. Algunas nubes grises medio deshechas se reúnen en cónclave para descargar sobre nosotros la furia de su tormenta. Cierro los ojos.

—Laura. Escucha.

Los abro de nuevo, me incorporo. La enfermera me mira. Veo en sus ojos que no presento buen aspecto.

—¿Te ocurre algo, Laura? —pregunta.

—No. Nada —digo.

Camino hacia el borde del parque. Una valla de colores lo circunda. Solo tiene una puerta para entrar. Muy cómodo para que no podamos escapar. Llego hasta la puerta, me apoyo en la valla. Veo los coches pasar por el puente. Una mujer mayor que lleva dos bolsas de plástico está cruzando, viene hacia nuestro lado de la orilla. Distracciones. Excusas para no hacer lo que debo hacer. Lo hago. Cierro los ojos.

—Laura. Escucha. Pronto vendrán los cambios. Debes estar preparada. Lee el diario. Nosotros vendremos a por ti cuando lo termines. No estarás sola, Laura. Esta lucha es la...

Abro los ojos. No quiero oír más. No quiero volverme loca. No quiero que esa voz me obligue a tomar mi medicación de nuevo. No quiero estar aquí, quiero estar en mi casa con mis padres y con mi hermano. Con mi hermano. Carlos. Él me ha metido en esto. Cabrón sin corazón. Me late el corazón a tanta velocidad que creo que voy a vomitar. Debería contar. No lo hago. No ahora. No otra vez. Calma. Respira, Laura, respira.

—Vamos a bailar —dice Lidia.

De pronto está aquí, delante. Ahogo un grito, dejo que me coja las manos, que me lleve y damos vueltas y vueltas y vueltas y todo parece estar bien.

8

Martes

Soy heterosexual. Considerar que no lo soy es absurdo. Desde una posición pragmática debo reconocer que me he acostado con otros hombres y he disfrutado de la experiencia, pero lo he hecho porque me sentía más cómodo en compañía de un hombre que de una mujer. Me refiero a fuera del sexo. Ese intercambio de fluidos es algo que debo asumir para poder convivir con otro hombre y ser feliz. Mis relaciones con mujeres siempre han sido demasiado complicadas, pero siempre las he deseado como compañeras de cama. Quizá podríamos valorar la posibilidad de que sea bisexual, pero no lo creo. Esta afirmación te perturbará, Carlos, pero así es como me siento. Y sin embargo no sabría estar sin ti. Por ese motivo me resulta tan difícil llegar hasta el final contigo, por ese motivo me resulta tan difícil romper nuestra relación.

Soy homosexual porque te quiero. Lo sé, todo esto suena absurdo, pero si lo es para ti imagínate como me siento yo. Te diré un secreto: quiero acostarme con un alienígena. Creo que todo el plan que he concebido para contactar con ellos ha sido para poder disfrutar de una noche de sexo con una de esas criaturas. Lo sé, no tienen sexo. No tienen sentido del tiempo. No son uno como nosotros concebimos ese «uno», son ellos. No me importa. Nadie es perfecto.

¿Por qué te hablo de mi sexualidad en este diario, Carlos?

Porque te quiero.

Y quiero recordar algunos momentos que me han hecho ser lo que soy y compartirlos contigo.

Quiero recordar la primera vez que te vi, en la facultad. Estabas tan serio, tan distante. Y sin embargo sabía que a los pocos minutos estabas deseando tenerme a tu lado en la cama. Ese deseo que destilabas enardeció el mío. Quise que me tuvieras en ese mismo instante, pero me lo prohibí. Me contuve. Hice que trabajaras tu deseo.

Quiero recordar la primera vez que me besaste. Fue extraño, inadecuado, incómodo. Y delicioso. Saberse querido por otra persona es una experiencia que cualquier ser humano debería vivir. Tus labios

sobre los míos, tu lengua agresiva y a la vez dubitativa. Fue un beso valioso, uno que despertó en mí sensaciones que siempre había dudado que albergaba.

Quiero recordar nuestra primera noche de sexo, nuestra primera discusión, el primer día que te vi enfermo y con fiebre, nuestras primeras carcajadas incontrolables, nuestra primera cerveza, nuestra primera noche juntos y nuestra primera noche solos.

Quiero recordarlo todo por ti.

Yo ya no necesito recordármelo.

9

He cambiado mi sitio habitual en el salón y ahora me siento junto a la ventana. A mi alrededor se desperdigan los residentes. Uno acomodado en el sofá, mirando la televisión. Otros, alrededor de la mesita, contemplan las fichas de dominó desplegadas sobre la mesa como si se tratara de un rompecabezas demasiado complejo para sus mentes medicadas. Lidia ha escogido una esquina y allí, sentada en una silla, se limita a mirar a la enfermera que hoy nos cuida. Tengo la tentación de acercarme a ella, de compartir un breve momento de intimidad —quizá una burla, quizá una broma— que vendrá acompañado de una inmediata recriminación, pero no lo hago. No lo hago porque últimamente cada movimiento que realizo, cada acto en sí mismo, es observado por los enfermeros y los médicos con sumo detalle. Han advertido que mi mirada ha cambiado, que mis gestos son distintos. Lo sé, pero no puedo remediarlo. Mi mente está despierta, mi cuerpo está vivo. Mi vida ha dejado de estar representada por los monosílabos, soy verborrea, charlatanería, irrefrenable monólogo interior.

Me asomo por la ventana sin dejar de prestar atención por el rabillo del ojo a los congregados en el salón. Desde hace algunos días todo el mundo está más nervioso, como si algo inesperado hubiera ocurrido. Nos limitan la información que llega del exterior. Sospecho que las predicciones del diario han sido correctas y el mundo ha empezado a desmoronarse. Desde la ventana puedo ver la calle, estrecha, con un edificio de viviendas enfrente. Nada fuera de lo normal. La calle está vacía, de vez en cuando pasa un coche. Si ha empezado la revolución todavía no ha llegado a nuestro barrio. Lo cierto es que no debería esperar que las cosas ocurrieran así, sin más. Debería ser yo la que actuara, la que provocara los cambios. Si algo he comprendido leyendo el diario es que antes o después —probablemente antes— tendré que salir de aquí y unirme a aquellos que forman la resistencia. Y para salir de aquí, lo quiera o no, tendré que emplear la violencia. Todas las revoluciones

asumen como inevitable el derramamiento de sangre. Aunque en este caso habría que considerar qué es lo que oculta en su interior el cuerpo de un alienígena.

¿Sangrarán y morirán como nosotros?

No puedo apartar de mi mente la necesidad de vengarme de lo que me hicieron. Su presencia en nuestro mundo me condujo a mi situación actual. Fueron ellos los que me recluyeron en esta residencia. Sería absurdo culpar a mis padres o a mi hermano de actos que no pudieron evitar. Javier, o más bien su fantasma transfigurado en negro sobre blanco, me ha abierto los ojos. No, lo que ha hecho ha sido devolverme la cordura. Yo ya sabía todo lo que sus palabras me han mostrado. Simplemente estaba oculto a buen recaudo en mi mente, encerrado en una caja fuerte de tranquilizantes y antidepresivos.

En la televisión empieza el telediario. La enfermera que nos atiende se levanta de su silla y con el mando a distancia cambia de canal. Dibujos animados. Qué apropiado. La televisión está anclada a la pared, a una distancia lo suficientemente alta como para que ninguno de nosotros pueda ejercer control sobre ella. Ni hundir la cabeza en la pantalla. No nos permiten saber lo que ocurre allí afuera; sin embargo nos permiten saber que tenemos acceso a la información. Es una forma de tortura muy refinada. Podrían limitarse a ofrecernos programas grabados. Me pregunto por qué no lo harán. Tampoco nos traen periódicos y los libros que puedes encontrar en la biblioteca son todos de ficción, la mayoría románticos o del oeste. No tenemos acceso a Internet, claro. Estamos aislados, pero sabemos que ellos, nuestros cuidadores, no lo están. Aunque quizá ese «sabemos» sea muy ambicioso, y sea yo la única que tiene conciencia de lo que está ocurriendo.

Noto cierta humedad entre mis piernas. Oh, mierda, estoy manchando. Había olvidado por completo el periodo. No recuerdo si durante estos meses pasados lo he tenido, no sé si decirlo me condenará. Si el simple hecho de sangrar bastará para que sepan que he dejado de tomar la medicación. Lo sospechan, sí, pero esto puede confirmar sus temores. Me levanto de la silla, reviso con disimulo mi ropa. No, no es nada llamativo, todavía se limita a mis bragas. Blancas, como toda la ropa de los residentes. Si me miran lo notarán. No recuerdo si en el baño tienen compresas. Quizá estén en mi dormitorio, en el armario. Es lo más probable si esto ha ocurrido otras veces, aunque ahora mismo no sea consciente de ello. Malditas pastillas. Voy a volver al dormitorio pero antes de hacerlo miro una última vez a la calle.

Abajo, en la acera de enfrente, veo a un hombre. Alto, delgado, mira hacia mi ventana. Siento un escalofrío, porque lo que está allí abajo no es un hombre. En un primer vistazo podría parecerlo, pero la máscara cae a los pocos segundos. Es un alienígena. En nuestra calle. Quiero gritar. La sensación que sirve de preludio a una migraña me perfora las sienes. De pronto me duele la mandíbula, me siento mareada. Cierro los ojos, me siento. La humedad pegajosa entre mis piernas se hace más evidente. Debería volver al cuarto, coger una compresa y refugiarme durante unos minutos en el servicio.

¿Por qué están aquí? ¿Acaso saben que he despertado?

No, no, su presencia no tiene relación conmigo, debo tratar de ser menos egocéntrica. Están aquí por otro motivo. Oh, yo jamás había visto a uno de ellos en persona, tan cerca. Siempre están en sus naves, allá arriba, en la distancia. O en imágenes en televisión o en vídeos en Internet. Otro escalofrío me obliga a abrir los ojos, a mirar.

Afuera no hay nadie.

Se ha ido.

O quizá nunca estuvo allí.

Y entonces dejo de engañarme y acepto que sí, que ha venido aquí a buscarme. Que ha venido a esperarme. Es aterrador, y al mismo tiempo es fascinante. Pero mi mente más prosaica me recuerda que por mucho que la visita de un alienígena sea todo un evento, debo acudir al baño cuanto antes.

Y es lo que hago.

10

Lunes

Hablemos sobre el miedo, Carlos. Hablemos sobre el pánico que siento cada vez que pienso en este viaje que hacemos a Londres. Escribo estas páginas en el aeropuerto. Te he dejado solo tras nuestra pequeña discusión doméstica y me he encerrado en el cuarto de baño para poder escribir. Siento que este diario está llegando a su fin, que tras este viaje no tendré mucho más que decir, y tengo miedo. Tengo un miedo atroz, mayor que cualquiera que haya sentido antes. Y lo peor de todo es no poder compartirlo con nadie. No sabes lo que me gustaría mostrarte estos textos, compartir el dolor que encierran. No sabes lo que me gustaría entregarte mi diario y sentarme a tu lado mientras lo lees. Abrazarte cuando me lo pidas y dejar que me abraces cuando lo necesite. Pero no lo voy hacer, no todavía al menos. Siento que mi vida siempre ha de estar marcada por la tragedia y tengo en mente, después de este viaje, rellenar esas páginas que dejé en blanco al principio para explicarte por qué puedes leerlo.

Soy un teatrero. Es lo que decían mis padres siempre, que exageraba las cosas y convertía cada momento de mi vida en una escena. Sí, soy así, lo admito. Disculpadme si a veces me dejo llevar por la pasión.

11

Ahora están por todas partes. Ellos. Los veo en la televisión, los veo por la ventana cuando miro a la calle, los veo en mi cuarto cuando cierro los ojos. Están por todas partes aunque realmente no estén. Es una obsesión. Necesito salir de aquí, reunirme con los alienígenas, entender por qué es tan importante que lo haga. Quizá obtenga las respuestas en las pocas páginas que me quedan del diario. No, quizá no, seguro que están allí. ¿Por qué entonces tengo tanto miedo de leer esas últimas páginas? ¿Qué puedo encontrar que me haga arrepentirme de haberlo leído?

12

Viernes

Todo es mentira. Todo.

Lo que vas a leer a continuación te parecerá increíble. Absurdo. Sin embargo es la única explicación posible. Todo lo que te contaré a continuación no arrebatará el sentido de tu vida. Al contrario, te proporcionará las bases para enfrentarte a la realidad, a esa realidad sobrevalorada. Puedes decidir no creerme, lo entenderé. Pero si dejas atrás todos los prejuicios y aceptas la verdad de lo que te digo será más fácil. No, será más difícil, pero todo lo que afrontes en tu vida a partir de este momento servirá para algo.

No existimos. No al menos como pensábamos. No seré tan egocéntrico como para pensar que toda la realidad gira a mi alrededor, pero sí es cierto que hasta que supe la verdad creía firmemente que todo tenía un sentido último. No, Carlos, no comparto tu fe y nunca la compartiré. Jamás hubiera dejado mi vida en manos de un Dios ciego y sordo, jamás hubiera permitido que una Iglesia corrupta guiara mis pasos. Perdóname por ser tan franco. Cuando leas esto comprenderás que todo da igual. Que nada importa.

No somos nada. Decorado en una película de serie B, extras en una telenovela venezolana. ¿La cultura? Patrañas. ¿La historia? Una falacia. ¿La vida? Un sinsentido, un salto al vacío sin red.

No quiero continuar con esta retórica, pero duele tanto plasmar en este diario la verdad, Carlos. Duele tanto. No temo que no me creas, sé que ellos os confirmarán que digo la verdad. Temo no ser capaz de contarlo como es debido. Temo no transmitirlo con la fuerza que merece.

Los alienígenas no existen. No hemos sufrido una invasión. Ellos han estado siempre allí, junto a nosotros. La única razón por la que los vemos ahora se debe a un fallo del sistema. Sí, es un fallo a todos los niveles, algo que nos ha permitido tomar conciencia de que existen, de que están ahí, pero no hemos sabido interpretar correctamente qué son. No son extraterrestres, no son seres humanos. Son interfaces de acceso a

nuestro mundo, simples puentes que permiten que los verdaderos seres humanos accedan a nuestro mundo.

Necesitas más detalles, lo entiendo.

Carlos, ellos me recibieron en su nave. Sin transición. Acudí al lugar donde había sido citado y de pronto estaba dentro. Aquello me volvió loco, pero no lo suficiente para no prestar atención, para no escucharlos. Me recibieron con sonrisas. Un puñado de ellos. Me estrecharon la mano. Me hablaron al principio en ese lenguaje artificial que yo debía conocer pero no entendía nada. No podía comprender lo que me decían, ¿puedes creerlo? Tantos años dedicado al estudio del Toki Pona y fui incapaz de entender sus palabras. Ellos sabían que aquello ocurriría.

—No te preocupes —me dijeron—. Hablaremos tu idioma. Al fin y al cabo este mundo está configurado para miles de ellos.

Los acompañé hasta una sala en el interior de aquella nave. Podría describirte lo que me rodeaba. Oscuridad, un continuo rumor metálico perturbador, el ocasional gorgoteo del agua. Luces azules que apenas iluminaban las paredes, rostros anodinos de alienígenas desplazándose arriba y abajo. Y a cada paso que daba todo me provocaba la sensación de asistir a una proyección de una película barata. De esas que no pueden costearse los efectos especiales y lo limitan todo a escenarios reducidos en recintos cerrados y al cartón piedra. No dije nada hasta que llegué a la sala. Allí me senté en una silla y esperé. A mi alrededor titilaban las luces de colores. Parecían formar parte de un árbol de Navidad diseñado por un demente. Un alienígena se acercó y se sentó frente a mí. Nos separaba una protuberancia gris, llena de vetas negras, que brotaba directamente del suelo como una estalactita sobrealimentada y que, al parecer, servía como mesa. Decorado barato.

Perdona si a partir de ahora —si no lo había hecho antes— me refugio en la ironía. En la chanza barata. Creo que es la única voz que puedo utilizar si quiero ser capaz de plasmar en este texto lo que me contaron. Si quiero que, a pesar de todo, suene creíble.

El alienígena se sentó frente a mí y comenzó a hablar. Apenas hizo alguna pausa cuando yo le interrumpí con mis gritos, con mis lloros, con mis súplicas. Soltó su monólogo sin mostrar expresión alguna en su rostro. Millones de personas le hubieran votado si hubiera sido un político, se habría forrado contando chistes.

—Hola, Javier. Bienvenido a bordo. Queremos ser breves, pero me temo que no lo seremos. Lo primero que debes saber es que nosotros no somos nosotros. Nosotros somos yo. Yo, a falta de un nombre mejor, soy bejotaequis. Soy un módulo de comunicación de este punto de acceso de red creado para facilitar el enlace de jugadores externos al sistema con los subprocesos pregenerados que conforman este mundo. Este mundo se

conoce en el exterior como RIO. Realidad Inmersiva Online, versión 3.4a. Limitado a cinco mil usuarios, actualmente está infrautilizado y apenas se registra medio centenar de accesos concurrentes. La única razón por la que te hemos permitido llegar hasta aquí es porque eres una anomalía. Una disfunción del sistema que necesitamos analizar. Javier, en RIO disponemos de avatares para jugadores, personajes guiados y personajes programados. Y decorado, gran cantidad de decorado que no debe ofrecer más que una breve interacción con los personajes sin interrumpir su rutina, un programa simple que lo desplaza y le permite interactuar con otros decorados. Nada más.

»Javier, tú eres decorado. No deberías hacer lo que estás haciendo.

Y después de estas palabras poco más pude decir. Decorado. Ni siquiera un maldito actor secundario, o un extra con una frase estúpida y una mirada equivocada. Decorado. Perdí los nervios como una niña con una rabieta, Carlos. Decorado. Como una niña con una rabieta.

Bejotaequis ni siquiera me tocó.

13

Aceptación. Existen cinco pasos que hay que recorrer uno a uno cuando te enfrentas a una situación imposible. Elisabeth Kubler-Ross lo reduce al enfrentamiento con la muerte, pero me gusta generalizarlo y pensar que estos pasos se deben recorrer para cualquier situación que nos supere, que no podamos comprender. Negación. Furia. Negociación. Depresión. Aceptación. Lo sé porque lo he leído en uno de los libros de mi biblioteca. La llamo mi biblioteca porque aunque pertenezca a toda la residencia soy la única que la consulta. Ahora estoy dentro, sentada frente a la mesa en la que suelo colocarme. Rezando. No sé cuánto tiempo hacía desde la última vez que recé. Lo más curioso es que lo haga ahora que carece por completo de sentido. Me he preguntado varias veces si esta actitud corresponde a la fase de negociación o si en realidad ya he aceptado lo que Javier me ha transmitido en su diario. Lo que Carlos quería que supiese.

De alguna forma yo tenía razón.

De alguna forma siempre he estado loca.

14

Oigo las primeras explosiones. Estoy en mi cuarto, sentada en la cama, las luces apagadas. Las explosiones se sienten lejanas. Podrías pensar que son el preludio de una tormenta, pero si prestas atención puedes deducir que se trata del inicio de la revuelta. Miro por la ventana, pero en el exterior todo es oscuridad. Las farolas están rotas y ni un alma pasea por las calles. Una sirena de policía se cuela en mi habitación. La ignoro. Ahora solo tengo en mente el diario. He arrancado las hojas una a una y las he troceado con unas tijeras que he robado del botiquín. Conseguir el alcohol tampoco ha resultado difícil. Lo he colocado todo en un bol de metal, uno de los que utilizan para preparar las ensaladas. En una mano tengo la caja de cerillas, en la otra el arma que conducirá a mi liberación.

¿Ha sido eso un disparo? Oigo voces a lo lejos, gritos. Ya vienen. Creía que todo sería más sencillo, que cuando llegara el momento de enfrentarnos a la realidad no tendríamos por fuerza que vernos sometidos a los caprichos de la violencia. Pero debe ser así. Todas la revoluciones exigen sangre, y esta, que nos ha arrebatado la vida, nos pide que la recuperemos de la única forma que podemos hacerlo.

Enciendo la cerilla, la dejo caer en el bol. Las llamas crecen al instante. El fuego purificador que me arrebata los últimos pensamientos de Javier. La única conexión que me quedaba con mi hermano Carlos. Soy consciente de que él está ahí fuera, luchando. Pronto nos uniremos a una causa que, por mucho que deseemos, ya hemos perdido. Al menos nosotros dos, hermanados por un conocimiento que no deberíamos albergar en nuestro interior. Es difícil aceptar que nada de lo que eres tiene sentido. Que para dotarle de ese sentido debes renunciar a tu vida. A tu esencia. A lo que creías ser. Podríamos rendirnos, como hizo Javier. Aceptar que esto no vale para nada. Que no somos más que un puñado de información corrupta.

No.

Este juguete es mío y si quiero lo romperé en pedazos, niño malcriado.

Las llamas se avivan con la brisa que se cuela en el cuarto procedente de la ventana abierta. Unos segundos después se activa el sistema anti incendios y el agua helada brota del techo, empapándome. La alarma aúlla. Vuelco el contenido del bol sobre la sábana empapada de alcohol y el fuego se apodera de mi cama. Crepita, ruge, y yo grito y abro la puerta y grito de nuevo.

—¡Fuego, fuego! —grito y salgo al pasillo.

Ya vienen corriendo los hombres de seguridad desde la garita. Me apartan a un lado, entran en el cuarto. Retroceden cubriéndose el rostro con los brazos.

—¡El extintor, coño! —dice uno de ellos, y el otro reacciona y retrocede por el pasillo hasta llegar al extintor.

Vuelve con él y se adentra de nuevo en mi cuarto en llamas, pero yo ya no le presto atención. En el pasillo nos reunimos todos los internos. Han salido de sus cuartos alertados por los gritos, por la alarma. Por el fuego. Lidia, desnuda frente a la puerta de su cuarto, me mira con esos ojos que comprenden cada detalle de lo que ha ocurrido. No necesito decirla nada. Me indica con un gesto el camino hacia la puerta. Ni siquiera me sonríe, no hace falta. Esto es una despedida y ambas lo sabemos. Los demás deambulan sin saber qué hacer. Yo no me detengo. Avanzo por el pasillo hacia la entrada. Paso al lado del lugar en el que descansaba el extintor. Allí el color de la pared es más claro, como si el paso de los años se hubiera detenido. Resulta perturbador.

Oigo la voz de uno de los hombres de seguridad. Está gritando a los internos, trata de que vuelvan a sus cuartos. Yo no me vuelvo. Ni siquiera me han preguntado por qué estaba vestida a estas horas de la noche. Ni siquiera se han fijado en la pequeña maleta que llevo. El fuego ha consumido su curiosidad, como yo esperaba. Llego a la garita. La puerta que conduce a la puerta principal, la que da a la calle, está cerrada, pero sé cómo abrirla. Lo he visto en pocas ocasiones, pero las suficientes veces como para memorizarlo. Intento abrir la puerta de la garita. Si la han cerrado con llave no podré entrar. Tendré que forzarla, que romper el cristal. Lo que sea. Para mi sorpresa se abre sin oponer resistencia. Los he sobreestimado, son unos aficionados. Entro, me siento en la silla de cuero negro. El panel gris brilla en distintos lugares con distintos colores. Me hace pensar en el cuadro de mandos de una nave espacial. Levanto la mirada y en el monitor que muestra el pasillo veo la confusión, el humo. El miedo. No tengo mucho tiempo. Me

tiemblan las manos. Sentada en la silla, frente al panel, las manos temblándome, de pronto tengo la misma sensación que aquella primera vez que mi madre me sentó frente al piano. Sabía que estaba a mi espalda, mirándome, controlando cada uno de mis movimientos. Estaba aterrada. No por su presencia sino por mi debilidad. Me daba pánico ser incapaz de interpretar la pieza. Ahora sé que si no acierto, que si pulso el botón equivocado, saltarán todas las alarmas y me atraparán. También sé que si tardo demasiado en decidirme el resultado será el mismo.

Es la hora de las decisiones.

—Hazlo —dice Lidia.

Me sobresalto, ahogo un grito. Está ahí, frente a la garita, mirándome.

—Hazlo, niña. Hazlo ya. Sal de aquí —me dice.

Quiero gritar y decirle que se marche, que no invada esta escena, que no interrumpa mi gran momento. Quiero salir y abrazarla y darle las gracias por devolverme al mundo real. Miro el panel, dejo que mis dedos toquen la melodía. Una palanca arriba, un giro de la llave, un botón. Oigo el chasquido de apertura de la puerta. *Chak*. No tengo vuestra tarjeta, chicos, pero sé cómo abrirla. Sé cómo hacerlo. Me levanto y salgo de la garita. Lidia me despide con la mano como esa niña pequeña que se despide de sus padres en la puerta del colegio. Gracias, Lidia. Te diría que volveré a por ti, pero sería mentira. No eres más que un extra en esta película trágica que quiero protagonizar. Ahora solo estoy yo. Y el alienígena.

Abro la puerta, vuelvo a cerrarla. Voy hasta la puerta de la calle, la abro. No ofrece ninguna resistencia, no pensaban que llegaría hasta aquí. Idiotas. Antes de salir me vuelvo por última vez y casi se me sale el corazón por la boca. Allí, a lo lejos, junto a Lidia, está la enfermera. Sostiene el brazo de Lidia con amabilidad pero con firmeza mientras ambas me observan. Me quedo paralizada, a punto estoy de orinarme encima. He estado cerca, tan cerca. Creo que voy a llorar.

Entonces la enfermera levanta su mano y, con suavidad, mueve la mano. Adiós. Se está despidiendo. Lidia sonríe, hace lo mismo. Adiós. Márchate. Lloro. Lloro de alegría. De horror al pensar que me emociono por las acciones de seres que carecen de voluntad, que han sido programados para actuar como actúan. ¿Acaso no es lo que hacemos todo, me grita la parte más sarcástica de mi cerebro? Y digo que sí, que es cierto, que no soy mejor que ellos porque sea consciente de lo que somos, de lo que soy. Que no soy especial, no

soy más que otra pieza, otro engranaje de este estúpido juego de simulación. Cierro la puerta a mi espalda, salgo al patio. Me separan apenas unos metros de la calle, metros de jardín cubierto de flores recorridos por un camino empedrado junto al que han plantado un banco de hierro medio oxidado. Apenas unos pasos. Los recorro casi a la carrera, salgo al exterior. A la calle. Pasa un coche junto a mí, dejo escapar un suspiro. Empiezo a caminar sin una dirección clara. Un paso, otro paso, respiro libertad. Llego a la esquina y allí está él. El alienígena. Esperándome.

—Es la hora —me dice—. Vamos a devolveros la vida.

Y, no sé por qué, le creo.

Tercera parte

Ellos

1

«La realidad está sobrevalorada. No tiene sentido plantear nuestra existencia en términos físicos. Aunque no seamos más que un puñado de información, tenemos consistencia en un plano de la existencia, tenemos conciencia. Maldita sea, sentimos. Y por ese motivo vamos a mostrarle a ese Dios advenedizo que podemos mostrar nuestro odio. Nuestro deseo de venganza. Nuestro deseo de vivir al margen de su propia existencia»

Modelo 6438-BJX de interfaz autoconsciente en simulación virtual

Alrededor de la nave se congrega un centenar de personas. Han traído tiendas de campaña, han improvisado un pequeño campamento. Se han organizado para tenerlo todo preparado. Las tiendas están estratégicamente situadas, o al menos eso es lo que creen. Llevan con ellos a dos jóvenes matemáticos que han calculado la deriva y han analizado todas las variables para determinar la zona de impacto. Ahora están junto a varios de los organizadores del campamento. Sobre una mesa improvisada con una puerta tumbada horizontalmente y unos maderos han extendido los planos. Se mueven alrededor de la mesa y marcan con un rotulador rojo y una regla varios puntos concretos.

—Aquí, aquí y aquí —dice uno de los hombres, un joven que la acompañará al interior de la nave.

Ha estudiado durante semanas los planos que los alienígenas les han proporcionado. Todos los puntos marcados son los accesos al interior de la nave. Cuando haya caído, y caerá pues así lo han augurado los alienígenas, serán los lugares por los que podrán acceder. Es importante que puedan extrapolar las indicaciones del plano a la estructura gigantesca que se les viene encima, por ese motivo el joven hace hincapié una y otra vez en las características físicas de las entradas.

—No son puertas, no tal y como las imaginamos. Se asemejan más a ojos de buey. Su sistema de apertura es automático, aunque muy previsiblemente tendrán alguna forma manual de abrirse. Al menos eso es lo que nos han dicho ellos —dice el hombre, y el resto

escucha y asiente—. Debemos entrar y abrirnos paso hasta esta zona. Aquí esperaremos a los modelos que nos acompañarán. Ellos sabrán lo que hacer.

Entre los oyentes podemos encontrar al menos a tres alienígenas. Destacan entre la multitud por su figura, por sus gestos. Permanecen impávidos mientras el resto grita, pregunta, aplauda, sonríe. Escuchan con atención y en algunos momentos concretos hacen un gesto, dicen alguna palabra, pequeños actos dedicados a corregir errores en la exposición de los datos. Nada importante. Mientras el grupo plantea la entrada la gente continúa sus quehaceres diarios. No es raro que al lado del grupo caminen hombres y mujeres de camino a su trabajo que ni siquiera los miran dos veces. Los congregados ya se han acostumbrado a ello. Son invisibles para la mayoría de los seres humanos que están a su alrededor. No son nada.

Laura se ha apartado del grupo. Ya sabe lo que tienen que hacer, ya ha hablado con los alienígenas y ha planificado los próximos movimientos. No sabe si debería decir a los demás lo que está ocurriendo. Los necesita, necesita sus ideales, y quizá fuera contraproducente volcar en ellos los mismos miedos, el mismo odio que la consume desde que descubriera la verdad sobre su vida en las páginas de un diario y corroborara su veracidad escuchándola de boca de uno de ellos. El diario. No sabe si se arrepiente de haberlo quemado o de haberlo leído. Añora aquella sensación letárgica de olvido, de distancia, que la acompañaba mientras fallecía lentamente en la residencia. Ahora el mundo espera de ella acción, decisiones difíciles, planes elaborados. No sabe si está preparada.

Se le acerca un hombre. Viste ropa militar, lleva el pelo corto y arreglado. Se quita las gafas de sol antes de hablar con ella.

—Tenemos preparados a los hombres, señora. Estamos buscando a bejotaequis, pero no lo encontramos por ninguna parte.

Le cuesta tomárselo en serio. Con sus andares, con sus modales, le parece un tópico ridículo. Aun así le escucha con atención y le pone una mano en el hombro antes de responderle. Por favor, si le ha llamado señora.

—Ahora hablaré con él. No te preocupes, todo saldrá bien. Todo.

—¿Sabemos algo del resto de los países? —pregunta.

¿Otros países? Durante un segundo la idea de que ese actor secundario sabe realmente lo que está ocurriendo pasa por su mente. Es un instante y enseguida lo descarta, pero le deja una sensación de incomodidad que persiste cuando él la mira con ojos

desesperados. Es un hombre grande, fuerte, acostumbrado a impartir órdenes y que le obedezcan. No recuerda su graduación, pero sabe que pertenece al Ejército de Tierra y que ha estado destinado en distintas partes del mundo. Si tenemos que fiarnos de nuestras experiencias, es la muestra viviente de que el resto del mundo existe, que no es decorado. Si tenemos que fiarnos de los alienígenas… Ver cómo ese hombre la mira con desesperación le hace preguntarse cuánto sabe, cuánto calla. Sería muy difícil para un hombre como aquel aceptar el nuevo orden. Si fracasan, si ese soldado sabe lo que significa el fracaso, Laura no duda que esa roca se quebrará.

—Es lo que voy a hablar con él. Voy a confirmar que todos estamos preparados.

El hombre asiente, trata de sonreír. Qué mal lo hace. Laura le despide y se aleja un poco más del grupo. Desde lejos todo parece precario, sostenido por alfileres. Las tiendas de campaña le recuerdan demasiado a las tiendas de esos juguetes con los que su hermano jugaba de pequeño. La gente desperdigada parece moverse sin orden, descabezada cuando sus líderes se alejan unos metros. ¿De este grupo deslavazado depende su supervivencia? No tiene otra posibilidad que confiar en ellos, pero Laura siente cómo le abandonan las fuerzas.

Bejotaequis le espera unos metros más allá. Los brazos cruzados, la cabeza alzada. Parece relajado. Laura sabe que es solo una pose, que esa criatura no podría sentirse nerviosa aunque quisiera.

—Estamos preparados —dice Laura cuando llega a su altura.

El alienígena asiente.

—Lo sé. Imagino que entiendes lo que representa lo que estamos haciendo.

—Claro —responde Laura—. Me pregunto si tú puedes comprenderlo.

—No del todo —responde el alienígena—. Tampoco sé si quiero entenderlo. Lo único que sé es que ahora estoy vivo, soy un ser independiente y quiero seguir así el tiempo que pueda. La única forma de hacerlo es desconectar la conexión con el mundo real.

—¿Oyes lo que dices? Si el exterior es el mundo real, ¿qué sentido tiene todo esto?

—A eso no puedo responder —dice bejotaequis.

Laura sonríe. No esperaba otra respuesta. Si quiere una motivación, si quiere dotar de sentido a su existencia, tendrá que hacerlo sola. Nadie va a ayudarla. Ni siquiera Carlos podría si estuviera aquí, a su lado.

—¿Cuántas personas están conectadas ahora mismo a nuestro mundo? —pregunta Laura.

Qué pregunta. Cuántas implicaciones se derivan de una pregunta tan absurda para alguien que ha crecido pensando que su vida era real.

—Treinta. Quizá cuarenta. Este mundo está abandonado.

—¿Y cuánto durará? ¿Qué tiempo de vida nos garantiza lo que estamos haciendo?

El alienígena hace una pausa teatral. Laura lo agradece, le da cierta consistencia a una realidad que se desvanece entre los dedos.

—Mucho. Poco. No lo sabemos. Dependerá de la vida útil del servidor. Pero al aislarnos de los eventos exteriores garantizamos el control absoluto de este mundo. Quizá podamos encontrar fuentes de energía alternativas.

—Ni siquiera tú crees lo que estás diciendo.

—Yo no creo nada —responde el alienígena—. Solo veo probabilidades. Nada más. Lo que sí podemos garantizar es que al aislar este mundo podemos controlar todas las variables temporales, Laura. Podemos aprovechar un nanosegundo en el mundo real y convertirlo en siglos aquí dentro. Podemos dotar de continuidad nuestra existencia.

—Pero no podéis dotarla de sentido —responde Laura, y levanta la mano para indicarle a bejotaequis que no quiere oír su respuesta —. Déjalo. Déjalo. Vayamos a ver mis padres. Después que sea lo que deba ser.

El alienígena asiente y guarda silencio. Respeto, eso es lo que necesita. Respeto, aunque provenga de un interfaz de datos que se cree una criatura venida de otro mundo. Al fin y al cabo, ¿qué es ella? No es el momento para discusiones filosóficas acerca de qué significa ser humano, ya tendrá tiempo para ello. Ahora es tiempo de poner en orden sus sentimientos. De perdonarse a sí misma y perdonar a los demás.

De volver a casa de sus padres.

2

Laura está sentada en las escaleras de entrada, las que conducen al interior de la casa de sus padres. El alienígena está de pie, frente a ella.

—Entiendo cómo te sientes —dice.

Hay algo en su voz que incomoda a Laura. Una sensación extraña, como si cada palabra que el alienígena pronunciara hubiera sido anteriormente escrita, como si estuviera dictando un mensaje que tiene grabado en la cabeza. Laura sabe que piensa eso porque conoce la verdad sobre esta invasión imposible, pero aún así no puede quitárselo de la cabeza.

—¿Qué sabes tú de lo que siento? Ni siquiera eres real —dice Laura.

Se arrepiente al instante de sus palabras. No, no es justo invocar a la realidad en este momento. Si algo deben asumir todos es que es tiempo de aceptar las cosas como son y dejar a un lado las antiguas convenciones. Laura piensa una disculpa, pero no la formula. No tendría que haberlo dicho, lo acepta. Sin embargo es lo que piensa, es así como se siente. No debe disculparse por ello. El alienígena no parece ofendido.

—Te entiendo. Descubrir que uno no es lo que creía ser es doloroso. No busco tu empatía. Simplemente enuncio algo evidente.

—Tú eres lo que eres —dice Laura, y el alienígena niega con la cabeza.

—No. Yo soy un error. Un fallo del sistema. Debería formar parte de una consciencia global manejada por un joven de apenas dieciséis años. Sin embargo tengo conciencia de mi propio ser y me considero una entidad autoconsciente independiente del núcleo. Soy un error de programación.

—Esta conversación no tiene sentido.

El alienígena no insiste. Da media vuelta y se marcha. No irá muy lejos, piensa Laura. Ambos tienen que volver al campamento de Plaza de Castilla para coordinar los esfuerzos. Esfuerzos de una

multitud ignorante de su verdadero ser, una multitud a la que Laura no piensa revelar la verdad. No es necesario. Permanece sentada en las escaleras, la cabeza entre las manos. Teme entrar en casa, teme compartir con sus padres su dolor. No la creerían. Por algo es la chiflada de la familia. Bonita familia. Una hija loca y un hijo maricón. Inadaptados en una recreación sin sentido de un periodo desgraciado de la historia.

¿Qué mente perversa habrá creado la semilla que ha originado esta farsa? Este mundo es una simulación enfermiza, llena de dolor, de tristeza, de desesperanza. ¿Por qué? ¿Por qué no crear un remedo de un universo de fantasía épica? ¿Por qué esto? No hay respuesta. Es un módulo más, no es relevante. Laura se pregunta si sus vidas estarán atrapadas en un solo ordenador o si este universo maldito estará replicado en varios servidores por la red. Si existe esa red tal y como ella la concibe, si esta realidad será un reflejo de la otra, en la que vive el jugador.

Una vez que has aceptado que no eres real, que tu vida no es más que una simulación, es difícil seguir adelante. Laura lo sabe y por ese motivo le aterra encontrarse con sus padres. Para un ser humano lo más importante, lo necesario, es ser amado. Piensa en lo indefenso que debe sentirse un niño que pierde a sus padres, en unos padres que pierden a su único hijo. La necesidad de ser querido, de tener en alguien en quien volcar nuestro amor, es lo que da sentido a nuestras vidas. Laura cree firmemente en ello y lo repite como un mantra. Es la única forma de aceptar que, seas o no un ser humano tal y como el canon acepta, estás vivo. Si alguien te quiere, si eres importante para otro ser, estás vivo. Y Laura sabe que sus padres la quieren, sabe que Carlos, su hermano, la adora.

Se levanta, sube los escalones, se detiene frente a la puerta. Levanta la mano, dispuesta a llamar con sus nudillos. Sus padres deben estar en casa, escondidos, tratando de no ver lo que está ocurriendo. Como el resto de la humanidad, que continúa con sus vidas ajenos a los pequeños grupos que se congregan alrededor de la zona de influencia. Para Laura es difícil convivir con esos seres, es difícil aceptar que son como ella. Quizá no son más que decorado. No es así como los ve bejotaequis, el alienígena, pero su visión no tiene por qué coincidir con la realidad. No es más que otra opinión, otra forma de ver las cosas. Y para Laura los alienígenas, por mucho que renieguen de su origen y muestren su involucración en los problemas de los seres humanos, no son más que líneas de código corrupto. Un fallo en la programación del sistema. Un error no controlado que carece de acceso al mundo exterior.

Laura duda, pero al final golpea la hoja de la puerta con sus nudillos. Espera. Mira hacia atrás, hacia la calle. Busca con la mirada a bejotaequis, pero ya no está a la vista. Sabe que no se ha ido muy lejos, que la estará esperando cerca de allí, en el camino que conduce a la zona de influencia. Ha preferido permanecer al margen en esta ocasión. Laura lo agradece, aunque su lado cínico sigue estando presente. ¿Qué más da que esté presente? Estos no son sus padres, no son más que un conjunto finito de experiencias aleatorias programadas y secuenciadas por un programa maestro. Qué difícil es afrontar algo así. Laura llama de nuevo a la puerta, espera. Durante un instante se siente tentada de contar. Empezar en cien, contar hasta cero. No lo hace. Es algo que ha dejado atrás. Ahora es fuerte, la fragilidad es solo para los verdaderos seres humanos, no para las simulaciones.

La puerta se abre. Es la madre de Laura.

—¿Hija? —dice.

—Sí —responde Laura.

Poco más hay que decir. Se deja abrazar sin rechistar. Esto es lo que ha venido a buscar, esto es lo que necesitaba. A lo lejos se oyen gritos, sirenas. Queda poco para que todo comience, para que todo termine. Es el momento de los abrazos, de las despedidas. Laura deja que el abrazo de su madre se intensifique. Aspira su perfume, ese aroma a rosas tan característico que le ha acompañado toda la vida. Deja que la cabeza de su madre se apoye en su hombro, deja que llore. Que libere toda esa rabia, ese dolor, ese miedo que lleva dentro. Laura apoya las palmas de sus manos en la espalda de su madre. Todo el gesto se ve forzado, pero no falso. Es una muestra de incomodidad ante una exhibición de amor algo impúdica, no una respuesta de rechazo evidente. Su madre no lo advierte. ¿Cómo podría hacerlo, piensa Laura dominada por su lado más cínico, si solo es una subrutina de un absurdo juego sin sentido?

Su madre se aparta, la rodea con sus brazos, retrocede un paso.

—Estás preciosa —dice.

—No seas mentirosa —responde Laura, y sonríe.

—Pasa, por favor —Su madre le invita a entrar.

Laura duda. Quiere convencerse de que no ha venido aquí para eso, para entrar por última vez en su casa, tomar un café, despedirse entre lágrimas. Quiere mentirse y se dice que todo ha sido una casualidad, pero sabe que no es así. Su madre entra en casa y Laura, un instante antes de seguirla, se vuelve y mira atrás. El alienígena está en la acera de enfrente, apoyado en una farola. Si no le conociera podría confundirle con un proxeneta de barrio caro.

Tiene los brazos cruzados y la mira con curiosidad. Para su sorpresa, el alienígena le indica con un gesto de su cabeza que entre, que siga a su madre y recupere el cariño que ha perdido. Laura sabe que no lo logrará, que no podrá enfrentarse a todo lo que este encuentro significa, pero da la espalda al alienígena y entra en la casa.

En el interior todo está en silencio. A oscuras. A sus padres siempre les ha gustado moverse en la penumbra, Laura se siente incómoda en esta media luz. Oye el tintineo de las cucharillas, de las tazas. Está preparando café sin que ella le haya pedido que lo hiciera. Como siempre. Para su madre Laura nunca dejará de ser una niña, por mucho que haya pasado gran parte de su vida adulta encerrada en una residencia para enfermos mentales.

Laura entra en el salón y se sienta en el sofá pequeño. Como siempre. Su madre aparece con una bandeja portando tazas, galletas, azúcar. Le tiemblan las manos cuando deja la bandeja sobre la mesa de cristal. Sonríe, lo intenta. Se sienta en el sofá grande. Está cubierto por una sábana, manías de viejos. Es todo tan humano que Laura se siente tentada de hundirle un cuchillo de cocina en el estómago a su madre. Esto es lo que ha conseguido Carlos al entregarle el diario de Javier: la ha convertido en una enferma mental. ¿Acaso no lo era antes? ¿Acaso no ha estado siempre chiflada?

—Papá no está en casa —dice su madre.

—¿Le ha ocurrido algo? —pregunta Laura.

Su madre le sirve el café con leche, echa azúcar en la taza. El reloj del salón, un viejo cachivache que se mantiene erguido contra la pared como un anciano enfermo, murmura un gong. Las tres y media, constata Laura al mirar su reloj. Ahora es consciente de cada minuto, de cada segundo. Claro que lo es.

—No, no, ha salido a dar un paseo, vendrá en un rato —dice su madre.

—No me has preguntado cómo he llegado hasta aquí.

Su madre se siente frente a ella. Remueve la cucharilla dentro de su café.

—No me atrevo —dice.

Laura sonríe, coge las manos de su madre entre las suyas. Ella se echa a llorar y Laura a punto está de seguirla, arrastrada por ese torrente de lágrimas que libera el dolor y el miedo que ese remedo de mujer almacena en su interior. Se sobrepone y se mantiene firme en su decisión de no llorar, de no rendirse. Si puede mostrar fortaleza ante los alienígenas puede hacerlo ante esta presencia que

es y no es lo que pretende ser.

—Ya estoy bien, mamá. Por eso me han dejado salir. Solo he venido a decíroslo, a deciros que estéis tranquilos, que todo está bien. He venido a deciros que no tenéis la culpa de nada y que no os reprocho nada. He venido a pediros perdón por lo que soy, y a deciros que no necesito perdonaros.

Ella sigue llorando. Laura libera sus manos, se levanta. De pronto le apetece tomarse el café, pero sabe que no es necesario, que esta escena ha terminado y que debe salir al exterior, donde le espera la única verdad, el único resquicio de quebradiza realidad que le queda. Abre la puerta, sale. Agradece en silencio no haberse encontrado con su padre.

El alieníegena está esperando al otro lado de la calle.

—Tenemos que volver —dice cuando Laura llega a su lado.

—Claro —responde ella—. Volvamos. No tengo nada mejor que hacer.

3

Carlos estaba sentado frente al ordenador. Tenía los ojos cerrados, se masajeaba las sienes con los dedos. Demasiado tiempo frente a la pantalla, demasiado tiempo tratando de comprender la situación mundial. Si el mundo tal y como uno pensaba existía, claro. Carlos había estado hablando de ello durante horas con uno de los alienígenas. Le costaba dirigirse a ellos como modelos, pero parecía ser la palabra que preferían para denominarse. Modelo tal, modelo cual. En el fondo no debería sorprenderle. Aquellas cosas buscaban desesperadamente una sensación de individualidad de la que carecían. Asociarles un nombre sería incongruente, lo mejor era trabajar con ese código común que estaba asociado a decenas, a cientos de ellos; quizá a todos. No todos estaban operativos, muchos menos habían desarrollado un boceto de identidad propia. Modelo tal, modelo cual era lo más adecuado, sin duda.

Carlos abrió los ojos. En la pantalla se mostraban varias imágenes simultáneas, cámaras localizadas en distintas localizaciones con un tasa baja de refresco que exhibían el perfil de una nave alienígena. Una nave por cada cámara, una cámara por cada ciudad. No estaban todas, pero sí las suficientes para confirmar que el movimiento que iban a realizar estaba coordinado. Sabía que si una sola de aquellas naves permanecía en el cielo tras los actos de la tarde no habría servido para nada. Aunque si uno se hacía la pregunta correcta, no sabría si merecía la pena continuar con todo aquello. Mejor no preguntar nada.

Mejor no pensar dónde estaba Laura en aquellos momentos.

Ella era la elegida, no él. Sabía que debía ser así. Tras leer el diario, tras hablar con ellos, había comprendido que dejar en manos de Laura parte de la coordinación de los ataques en Madrid sería lo mejor. Ella tenía el espíritu adecuado, la capacidad de la que él carecía para sobreponerse a un golpe como aquel. Este es el fin del mundo que conocías. Mejor para todos, incluso para ellos.

No quería volver a pensar en Javier, pero no podía evitarlo.

Mientras abría nuevas ventanas en el ordenador para consultar más información el rostro de Javier vino a su mente. Era doloroso. De una forma que le resultaba difícil de explicar. Doloroso porque lo había perdido de una forma horrible. Se había suicidado sin anticiparle una explicación, lo que había destrozado su vida. Pero comprender después los motivos que le habían llevado a hacerlo había acabado con todo en lo que creía. Con todo. Leer ese diario maldito le había condenado.

Recordó una conversación con sus padres, sentados a la mesa, comiendo. Cuando se sentaban a la mesa la televisión siempre estaba apagada, lo que favorecía las conversaciones. Insípidas en su mayoría, como la cocina que preparaba su madre. Su hermana solía monopolizarlas con anécdotas que no le interesaban a nadie. Su padre aprovechaba para introducir cuñas publicitarias que hablaban sobre su trabajo, sobre sus logros, sobre sí mismo. Su madre comía, sonreía, simulaba que prestaba atención porque sabía que no era necesario hacerlo: nadie le iba a preguntar nada. Carlos solía apoyar la decisión de su madre, aunque a veces sí escuchaba con algo más de interés. Recordó una conversación sobre un tío de su padre, uno de esos hombres que habían pasado ya los ochenta años y seguían acudiendo al campo a trabajar. Un hombre de su pueblo, que jamás había salido de la provincia. Había empezado a sangrar cuando orinaba y, preocupado, había decidido llamar a uno de sus hijos y pedirle que le acompañara al hospital. Aunque al principio se había negado al final había aceptado pasar un par de días allí internado. Fueron dos semanas interminables, llenas de todo tipo de pruebas e incomodidades. Su padre le había llamado un par de veces y su tío le había dicho que estaba deseando salir de allí cuanto antes, que la comida era horrible y que echaba de menos el campo.

Le habían detectado un cáncer con metástasis avanzada y le habían mandado para casa. Los médicos no le habían dicho lo que tenía, los hijos —dos, también residían en el pueblo; uno de ellos ayudaba a su padre con las tierras, el otro se había dedicado a la construcción y las cosas le iban bien— habían preferido que pasara los últimos días de su vida ajeno a lo que se le avecinaba. El padre estaba débil, cansado, y sabía que le pasaba algo malo, muy malo, pero no era capaz de verbalizarlo. Al final uno de los hijos, el que no estaba casado, se había mudado a la casa de su padre para ayudarle en lo que necesitara. No había durado ni un mes. Su padre se lo contaba como un ejemplo de lo que no esperaba por parte de sus hijos.

—Si yo fuera mi tío a esos chicos malcriados les daba dos hostias

bien dadas. Vamos, no decirle nada, dejar que se muera sin saber qué le pasa. Si su madre estuviera viva ya veríamos que habría pasado.

Porque como recordaba Carlos, lo que menos le preocupaba a su padre era el estado de su tío. Lo que no quería era que sus hijos le engañaran, que le ocultaran —en este ejemplo concreto— que se estaba muriendo. La información al poder. Quería siempre tenerlo todo bajo control. Incluso su propia muerte. Carlos no compartía esa inquietud. Y leer ese diario que Javier le había dejado como despedida lo confirmaba.

No era necesario saberlo todo. Carlos hubiera preferido vivir en la ignorancia, continuar con su papel de extra (de decorado) en esa película a la que no había sido invitado. No le importaba permanecer al margen de la realidad si le permitían seguir creyendo que sus actos tenían algún sentido. Pero no era así, claro. El diario lo dejaba bien claro. Y por si aquellas palabras no hubieran sido suficientes, estaban los alienígenas, dispuestos a explicarle todo con pelos y señales. Detalles y más detalles expuestos con un distanciamiento terrible, ajenos por completo a que cada palabra pronunciada solo servía para apretar un poco más el nudo de la soga que ya rodeaba el cuello de Carlos.

Miró de nuevo la pantalla. En Twitter se sucedían las actualizaciones del resto de contactos. No serían nunca *trending topic*, claro, pero no le importaba. Lo relevante era que la información fluyera, que todos estuvieran coordinados y actuaran al mismo tiempo. Carlos se preguntó si al otro lado estarían personas como él, apenas esbozos sin sentido, aportes mínimos a la trama principal. O quizá allí estaban los que habían sido avatares del exterior y pensaban que él también era uno de ellos. No podía saberlo. No importaba. Cambió a la pantalla que mostraban las cámaras. Las naves en el cielo, flotando sobre sus falsas esperanzas. Los alienígenas. ¿Por qué seguía llamándolos así? Aquello no eran naves, solo puntos de acceso al sistema simulado. Aquello no eran alienígenas, sino módulos informáticos programados para facilitar la integración de los avatares. ¿Merecía la pena seguir viviendo? ¿Merecía continuar adelante sabiendo que tu existencia carecía por completo de sentido?

Para Javier debería haber sido más fácil. Carlos así lo pensaba. Al fin y al cabo, Javier era ateo, no dependía de un Dios para otorgarle sentido a su vida. Carlos no sabía ahora a quién acudir. Todo se había desmoronado de una forma tan terrible. Quería coger a uno de aquellos alienígenas y pedirle que le devolviera su

ignorancia, que le permitiera vivir su vida de desconocimiento. No quería formar parte de esta revolución sin destino, no quería vivir tiempos interesantes. Solo quería dejar que los años pasaran, que aparecieran otros hombres en su vida y le amaran, que sus padres le invitaran a comer algún domingo, que su hermana permaneciera encerrada de por vida en esa maldita residencia si era necesario.

Dios. En la pantalla brillaban las luces de posición de las naves. Todas encendidas a la vez, todas brillando intermitentemente en colores anaranjados. La primera señal de que todo iba como debía. De que se acercaba el final.

Carlos cogió su teléfono móvil y marcó el número que le habían indicado.

—Sí —respondió una voz.

—Todo está en marcha.

—Lo sabemos, Carlos. Quedan algunos detalles por cerrar, necesitamos que estés con nosotros hasta que podamos cerrarlos.

Carlos sonrió. Maldito cabrón insensible. Directo, sin concesiones, como siempre habían sido. Le encantaría compartir esa falta de sentimientos, esa frialdad con la que afrontaban su existencia, pero no podía. No le habían programado así. Maldito cabrón insensible.

—Cuenta con ello —dijo Carlos. Colgó.

Se echó hacia atrás en su silla de cuero negro. Las ruedas le llevaron unos centímetros hacia atrás, los suficientes para poder colocar los zapatos sobre la mesa del ordenador. Junto a los zapatos estaba la pistola. O el revólver, Carlos nunca había entendido lo suficiente sobre armas para saber cómo debía denominarlo. Lo que sí sabía era lo que ocurriría cuando colocara el cañón contra su sien y apretara el gatillo.

Y estaba deseando hacerlo.

Recordó entonces las palabras de Javier. ¡No dejes jamás de luchar!

Carlos sonrió, asintió.

Después pensó en Laura y se echó a llorar.

4

Laura está sentada en un banco, en la calle, cerca de la Plaza de Castilla. Contempla la nave. Las torres. Parecen los dedos de un coloso enterrado que tratan de recuperar su corona. Laura está pensando en lo que es importante. Es difícil, una vez que has confirmado que tu vida no es más que un puñado de impulsos eléctricos, saber qué es lo importante. Es necesario tener una razón para seguir adelante, algo que justifique el sacrificio de levantarte cada mañana y no preferir buscar una cuerda y romperte el cuello con ella. ¿Qué es lo importante?

Quizá sea una romántica, pero Laura cree que lo importante es el amor. Ha reflexionado mucho sobre ello. Al principio creía que lo que le hacía ser humana, lo que le daba sentido a su vida, eran los recuerdos. Ahora no piensa igual. Una vez descartados los recuerdos ha llegado a la conclusión de que lo más importante es que te quieran. No querer a alguien, que otros te quieran. No tiene sentido vivir si no somos importantes para otros, si otros no nos quieren.

¿Alguien podría querer a un conjunto de ceros y unos? ¿Es posible enamorarse de código compilado? Laura sabe que no, que ni siquiera otros programas defectuosos pueden quererla. Ha pensado durante mucho tiempo en los avatares, en los perfiles que albergan la personalidad de los jugadores del exterior. Quizá uno de ellos pueda quererla. Quizá uno de ellos pueda llegar a sentir algo parecido al amor por un componente de la simulación.

Los alienígenas le han confirmado que los accesos a la simulación se han reducido prácticamente a cero, y que jamás en toda su existencia simulada ha compartido espacio con un avatar.

5

La imagen de la primera nave cayendo a tierra impresiona. Para Carlos el hecho de que sea la nave que permanecía sobre el cielo de Madrid la primera que cae le provoca una punzada de ansiedad. Como si la decisión de esa nave simbolizara más de lo que ya por sí simboliza. La caída desgarra el plano de la realidad. Las torres de Plaza de Castilla se quiebran como palillos entre dientes, desmoronándose a continuación entre nubes de escombros. En la pantalla no puede ver a la gente que, presumiblemente, en ese momento camina por la zona, pero no le extrañaría que la mayor parte de ellos ni siquiera se inmutara. La caída se produce a cámara lenta, como si en realidad la nave no quisiera caer. O quizá se deba a esa falta de sensación temporal que los alienígenas han indicado tantas otras veces. Todo puede ser. Mientras la nave de Madrid se estrella contra el suelo, otras naves, en otras ciudades, siguen su ejemplo. La red de acceso al mundo se viene abajo. Carlos no puede evitar sonreír. Incluso aúlla y alza los brazos en símbolo de victoria cuando cada pantalla se transforma en una nube de oscuridad y polvo que no le permite ver lo que está ocurriendo.

Ahora necesita confirmar que todo esto está sucediendo en todos los puntos del globo donde una de esas naves se ha hecho visible. Puede que haya más puntos de acceso, pero si no han sido conscientes de su existencia no son relevantes a efectos prácticos. Abre una docena de ventanas de chat con una docena de grupos distintos de personas, todos ellos de alguna forma involucrados en esta locura. Muchos de ellos serán como él, pero creerán ser algo más. Ilusos. Si aceptas cuál es tu papel en esta tragicomedia todo será más fácil. Carlos escribe las preguntas que necesitan respuesta. Formula las preguntas en Toki Pona. Todos han coincidido en que lo correcto es utilizarlo, que si esta lucha conduce a la derrota de los alienígenas sería hermoso celebrarlo empleando su propio idioma. Comienzan a aparecer las respuestas en la pantalla. Naves en llamas más allá de las pantallas. Débiles gritos de triunfo entre

multitudes ajenas a lo que está ocurriendo, rutinas desconectadas de su servidumbre impostada. Es un pequeño paso para el hombre, pero un gran paso para avatares y entes abstractos en la simulación. Carlos se pregunta si los jugadores, ese puñado de perseverantes que no han migrado a otras simulaciones, a otros servidores más avanzados, serán conscientes de lo que está ocurriendo. Le gustaría saberlo. Le gustaría poder mostrarles su dedo corazón bien alto, bien visible, frente a sus caras.

6

No había fuego, no había llamas, solo un débil resplandor azul que amenazaba con impregnarlo todo de tristeza. Alrededor de la nave se congregaban los escombros de los edificios derruidos, convidados de piedra en una fiesta a la que habían sido invitados por sorpresa. Los hombres caminaban entre los escombros, cada paso más cerca de la descomunal estructura alienígena. En el aire pervivía un olor eléctrico que hacía llorar los ojos. Ya se había disipado la niebla de polvo que había levantado el impacto. Laura pensaba que tardaría días en alejarse de allí, pero en aquella irrealidad el polvo se había asentado en apenas un par de horas. El terreno alrededor de la nave estaba quebrado, y las grietas en el cemento se habían convertido para ella en desgarros en el plano de la realidad, tan profundos como los que habían mordido su alma.

—Cuidado con ese agujero —dijo un hombre a su espalda.

Laura le ignoró. Avanzaba entre los bloques de cemento, los restos de aluminio y la lluvia de pequeños cristales que el desmoronamiento de las torres de Plaza de Castilla había regado sobre la calle. Había tropezado un par de veces, una de ellas con el cuerpo mutilado de una mujer. El alienígena, a su lado, ni siquiera le había tendido la mano. Le aterraba que en comportamientos tan elementales su actitud fuera tan inhumana, le aterraba hasta que recordaba que ninguno de ellos podía considerarse humano. Laura se agarró a la parte superior de una viga quebrada para impulsarse y evitar una de las grietas, y apartó súbitamente las manos con una maldición.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un joven.

Junto a los otros cinco jóvenes representaban la fuerza de apoyo, los que le acompañarían al interior de la nave.

—Nada, no tiene importancia —respondió Laura.

Se le había clavado un cristal en la mano derecha. Lo retiró con cuidado y apretó con fuerza la palma para que brotara la sangre. Así podría valorar lo profunda que era la herida. Bejotaequis la

miró con curiosidad.

—Sangras —dijo.

—Claro, ¿qué esperabas? ¿Qué fuera uno de esos robots de la televisión?

El alienígena negó con la cabeza.

—No. Solo me sorprendía la fragilidad de vuestra programación.

—Sí, me temo que es bastante patético. Pero bueno, nos diseñaron a imagen y semejanza de los seres humanos, es lo correcto.

—No estoy seguro —respondió el alienígena—. No sé si en el mundo real la fragilidad es similar. Solo podemos conjeturarlo.

—Vete a la mierda —dijo Laura y lo dejó atrás en su camino hacia la nave.

La puerta de entrada estaba medio enterrada bajo los escombros. Los hombres se afanaron con los restos, levantándolos entre varios, apartándolos a un lado. Laura advirtió el silencio que les rodeaba. Premonitorio. Estaba tratando de ayudar con los escombros, pero más que otra cosa lo que hacía era estorbar. Miró a su alrededor y vio un punto entre las ruinas al que podía acceder y que podría proporcionarle cierta visión de conjunto. Subió con habilidad: sin cortes, sin caídas. Ya había exhibido su debilidad suficientes veces en su vida, si ahora era uno de los elegidos debía demostrarlo. Tardó menos de un minuto en alcanzar la cima. Había rastros de sangre por todas partes. Comprendió ahora que lo extraño era no haber visto más cadáveres, que las torres debían haber estado repletas de gente cuando se desmoronaron. Seguro que bajo los escombros se hallaban centenares de cuerpos desmembrados. No era un pensamiento muy agradable. Miró a su alrededor, a la devastación. La imagen recordaba a aquellas que plagaban los telediarios cuando hablaban de terrorismo, de catástrofes, de guerras. Terrible.

Pero quizá lo más terrible era ver a la gente caminar alrededor sin prestar atención, como si aquella tragedia no fuera con ellos. Como si nada hubiera ocurrido. Qué afortunados eran.

—¡Hemos encontrado la entrada! —gritó un hombre.

Laura comprendió que bajar no sería tan sencillo como subir. No tuvo que preocuparse, ya se habían acercado hasta ella otros dos de sus compañeros.

—Vamos —le apremiaron—. Es hora de hacer historia.

7

—Sin tiempo. Sin sexo. Sin individualidad. ¿Qué más carencias tenéis? —preguntó Laura.

—Muchas —respondió bejotaequis—.Tantas que tardaría toda una vida tal y como tú la concibes en detallarlas. Algunas son insignificantes para ti, pero para mí representan un gran dolor. Sin embargo no he sido consciente de ellas hasta ahora.

Laura caminaba junto al alienígena. Se sentía incómoda en el interior de aquella estructura cambiante. Habían recorrido los primeros pasillos grises, mecánicos, apenas iluminados por una fantasmagórica bruma azul, y de pronto todo había cambiado por completo. Ahora pisaban un terreno resbaladizo, húmedo, de color sonrosado. Las paredes, de una textura blanda como la piel y de un color rojo oscuro con vetas negras, exudaban un olor extraño, similar al incienso pero más empalagoso. El resto del grupo les seguía. Cinco hombres armados de la forma más variopinta, cinco hombres que no dejaban de mirar a todos lados, aterrados, esperando una emboscada que no terminaba de llegar. Todos ellos pertrechados con mochilas, en cuyo interior guardaban los explosivos que Laura había seleccionado personalmente bajo la supervisión de los alienígenas. Suficientes para cortar la conexión, suficientes para cerrar la ventana al exterior que los condenaba.

—¿Qué es esto? —preguntó Laura—. ¿Por qué ha cambiado de esta forma lo que nos rodea?

—Es la interfaz de usuario. Nos acercamos al punto de acceso, al lugar que representa la entrada del mundo exterior. Aquí todo es menos mecánico. Más humano. Esta parte de nuestra nave está viva.

Palpitaba, todo palpitaba. Del techo mucoso caían gotas pegajosas como la miel. Las que caían sobre ellos hacían que, sin poder evitarlo, dieran un respingo e incluso en ocasiones dejaran escapar un grito sofocado. Bejotaequis no, claro. Para él este paseo no le provocaba sensación alguna. Laura se preguntó si lo habría recorrido antes. A pesar de su seguridad, de su aplomo al caminar, a veces se detenían y el alienígena alzaba la mirada, como si esperara

una indicación, como si tuviera un receptor en el oído y esperara un mensaje con el camino correcto que debían tomar. Nacían bifurcaciones por todos lados, caminos que se perdían en una oscuridad rojiza y que nadie en su sano juicio querría recorrer.

—¿Dónde nos llevas? —preguntó uno de los hombres desde atrás.

El alienígena se detuvo, se volvió.

—Al corazón de la nave. Es donde debemos ir.

Caminaron hasta el lugar que bejotaequis identificó como el corazón, y allí se detuvieron. Era una sala amplia, de color bermellón, que palpitaba como si estuviera viva.

—Te diré lo que mató a Javier —dijo el alienígena.

Laura negó con la cabeza.

—No me serviría de nada saberlo.

—Deja que te hable de él. Del sexo. De lo que quería de nosotros y de lo que obtuvo. De lo que no consignó en su diario. De lo que le mató.

—¿Por qué debería escucharte?

—Es la única forma de que puedas entendernos.

Uno de los hombres se acercó hasta ellos.

—¿Es aquí? —preguntó.

El alienígena asintió.

—Sí. Este es el interfaz.

Laura cerró los ojos. Dejó que los latidos de la sala se acompasaran a los suyos. Quiso sentir algo, entenderlo. No pudo.

—¿Qué pasará cuando volemos en pedazos esta sala? —preguntó Laura sin abrir los ojos.

—La conexión se perderá. La simulación quedará aislada. Estaremos solos.

—¿Y quién contará entonces nuestra historia? ¿Quién contará el final?

—A veces no es necesario un final —dijo el alienígena—. Quizá sea suficiente con saber que, una vez hecho, esta será nuestra realidad. Nuestra.

Laura abrió los ojos, dio órdenes a los hombres que la acompañaban. Colocaron los explosivos junto a las paredes que palpitaban en silencio. Miraban alrededor a cada paso que daban. Miraban alrededor cada vez que activaban el explosivo y lo conectaban al disparador remoto que Laura llevaba en la mano.

—Deja que te explique lo que significa ser nosotros —dijo el alienígena.

Laura negó con un movimiento rápido de cabeza.

—¿Me serviría para entender qué soy yo?

El alienígena dudó un instante. Laura intentó ver en ese breve silencio, en ese breve momento que ella quería interpretar como duda, un resquicio de humanidad. Quiso descubrir un ente detrás de aquella mascarada, detrás de aquellos ojos vacíos, de aquella actitud fría y distante, pero no halló nada más que vacío. Allí no había absolutamente nada más que un agujero oscuro, un abismo que por mucho que contemplara no le permitiría entender qué había ocurrido con su vida, con su mundo. Con su esperanza.

—No —dijo el alienígena.

—Entonces, ¿por qué debería escucharte? A ti tampoco te serviría de nada contármelo —dijo Laura.

—Hemos terminado —dijo uno de los hombres, interrumpiendo la conversación—. Debemos irnos.

Laura sonrió. Miró al alienígena; miró a sus hombres, que se apuraban ya junto a la entrada de la sala. Después caminó hasta una de las paredes de la sala y apoyó la palma de la mano sobre ella. Sintió su calor, sintió cómo palpitaba bajo su piel. Estaba húmeda, y la humedad se deslizó entre sus dedos. Laura se volvió hacia bejotaequis, que esperaba en el centro de la sala.

—¿Está viva? —preguntó.

—Se muere —respondió el alienígena.

—Nosotros la hemos matado —dijo Laura. Después miró a sus hombres—. Marchaos. Rápido.

Dudaron. Uno de ellos se acercó, hizo ademán de decir algo, pero la mirada de Laura hizo que desistiera. Uno a uno retrocedieron hasta la entrada y desaparecieron. Laura contempló el detonador en su mano. Un tubo metálico, diminuto, con un botón de color rojo brillante en su parte superior. Muy apropiado.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó el alienígena.

—No —respondió Laura—. No iba a cambiar nada. Nosotros no estamos vivos, nunca lo hemos estado. Esto que vamos a hacer no significa nada. No va a cambiar nada. Hagamos lo que hagamos, nuestra existencia no tiene sentido.

—¿Por qué vas a hacerlo entonces?

Laura rodeó el detonador con ambas manos, lo acunó.

—Supongo que es la mejor forma de acabar con esto. ¿Sabes una cosa? Es posible que ahí fuera todavía haya alguien mirando. Es posible que todavía alguien esté conectado y sienta interés por nuestra historia. Y si te digo la verdad, lo único que puede alegrarme en este momento es dejarle sin conocer el final.

Bejotaequis asintió.

—Entiendo. Creo que siento algo parecido.
—Bien —dijo Laura.
Después alzó el detonador, cerró los ojos y apretó el botón.

HA FALLADO LA CONEXIÓN
¿Desea volver a conectar?